

EL JUDÍO AMATEUR

Juan Pablo Gómez

El judío amateur



 Santiago Arcos editor

PARABELLUM / FICCIONES

Dirección Editorial

MIGUEL A. VILLAFañE

Diseño

Cubierta: ANA ARMENDARIZ

Interiores: GUSTAVO BIZE (gustavo.bize@gmail.com)

© Juan Pablo Gómez, 2019.

© Santiago Arcos editor, 2019. Puan 467 (1406) Buenos Aires

e-mail: santiagarcoseditor2@gmail.com

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

Impreso en la Argentina – Printed in Argentina

ISBN: 978-987-

La reproducción total o parcial de este libro, no autorizada por los editores, viola derechos reservados. Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

Para Adriana, Demián y las mellizas

*“Entonces dijo Moisés a Dios: ¡Ay, Señor!
Nunca he sido hombre de palabras, ni antes
ni desde que tú hablas a tu siervo; porque soy
tardo en el habla y torpe de lengua.”*

ÉXODO 4:10

Alef

—¿Por qué no volvemos a lo de los abuelos? —le dije a mamá con la taza de chocolatada en la mano.

—¿Y cómo vamos a pagar tu tratamiento? —contestó y me limpió el bigote de leche con la servilleta.

Treinta años habrán pasado de aquella conversación con mamá y, según recuerdo, nuestra relación no atravesaba por su mejor momento. Unos meses antes nos habíamos mudado a lo del ingeniero, un departamento en Caballito, amplio, bien amoblado, con piso de parquet, araña de bronce y televisor a color en el living. El ingeniero, además, tenía un Taunus rojo y, según él, una lancha que ni mamá ni yo conocíamos. El sueldo del ingeniero había pagado todo eso y, desde la mudanza, también pagaba mi comida y mi ropa. Era ingeniero especializado en sistemas de refrigeración, y yo lo imaginaba rodeado de heladeras descompuestas, poniendo y sacando tornillos, cortando y empalmando cables, por eso me parecía absurdo que viajara tanto al extranjero sólo para arreglar heladeras. Un día le pregunté al abuelo cuánto podía ganar un ingeniero, me respondió que le preguntara directamente a él. El abuelo no sabía que el ingeniero detestaba mi tartamudeo.

Después de la larga enfermedad de papá, mamá se había enfocado en mí. Había pasado muchos meses cuidándolo, primero tratando de curarlo, después tratando de que tuviera una muerte digna. Terminado ese calvario, supuso que dispondría de más tiempo para ocuparse de mí sin contemplar que en casa teníamos los mismos gastos y un suel-

do menos. Trajinó todas las oficinas de la Seguridad Social y presentó todos los papeles que le habían pedido, pero la pensión de papá no salía y parecía cada vez más lejana. Era profesora de música y tuvo que tomar más horas, el doble de horas. Viajaba en colectivo de una escuela a otra y volvía agotada a casa.

En aquel tiempo, el abuelo me pasaba a buscar en su taxi por la escuela y me llevaba a tomar un helado antes de dejarme con la abuela. Era un hombre de pocas palabras, pero afectuoso. *Cuanto menos se habla menos se tartamudea*, fue una lección que aprendí de chico y me la enseñó él. Había nacido en España, en un pueblito rural de un centenar de habitantes llamado Refojos o algo por el estilo, a pocos kilómetros de otro pueblo donde había nacido la abuela, y los horrores de la Guerra Civil los habían obligado a emigrar.

El fin de semana era el único momento en que mamá podía dedicarse a mi problema.

—Intentá hablar lento, lo más lento posible —me decía y, aunque hacía mi mayor esfuerzo, en algún momento volvía a tropezar con el arranque fallido, la repetición maldita, la desilusión. Ponía lo mejor de mí porque me angustiaba ver en sus ojos castaños la tristeza por la falta de progreso. Un día se le ocurrió enseñarme a tocar la flauta dulce. La música, creía ella, me iba a contagiar su fluidez. Esos fines de semana terminábamos agotados, muchas veces enojados, peleados. En aquella época, aprendí el verdadero significado de la palabra frustración.

Mamá tenía razón: desde la mudanza al departamento de Caballito, el ingeniero se había convertido en el único fi-

nancista de mi tratamiento. La fonoaudióloga, según mamá una de las mejores especialistas en tartamudez infantil, había sido recomendada por una compañera de trabajo que tenía un hijo con mi problema. Hasta ese entonces no conocía a nadie así, y saber que existía al menos otro como yo me produjo una inmensa alegría y le dije a mamá que quería conocer al hijo de su compañera de trabajo, tenía muchas ganas de hablar con él y mi cabeza se llenó de ideas fantásticas acerca de aquel encuentro. Cuando finalmente se concretó, mientras pensaba en que algo fascinante iba a ocurrir entre nosotros al empezar a hablar, él me llevó al patio y me obligó a patear una pelota durante las dos horas que estuvimos en su casa.

Como el consultorio de la fonoaudióloga quedaba a cinco cuadras del departamento del ingeniero, íbamos caminando. Las primeras veces mamá me acompañaba y le relataba a la fonoaudióloga mis dificultades de adaptación en la escuela, mi incapacidad para hacer amigos, mi tendencia al aislamiento. No había antecedentes en la familia y no existían motivos razonables, según mamá, que explicaran mi problema, o problemita, como decía a veces. La larga agonía de papá en el hospital hubiera sido un buen indicio, pero mi tara había comenzado antes de que papá enfermara, cuando aún vivíamos en la casa en Barracas.

Las sesiones eran casi exclusivamente una conversación entre mamá y la fonoaudióloga, mamá daba vueltas alrededor de las causas pretendiendo ocultar su angustia, y yo era testigo de esa charla anodina que parecía no conducir a nada. A veces me involucraban y me preguntaban algo, a veces me la pasaba bostezando y ni siquiera se daban cuenta. A la tercera sesión, la fonoaudióloga le pidió a mamá que

esperara afuera, en la sala, y me quedé solo frente a la puerta del consultorio, aterrado por el desamparo, sin escapatoria. Miré a mamá y sus ojos me rogaron que confiara, que me entregara a la cura.

—No te voy a comer —dijo la fonoaudióloga y me agarró de la mano y me hizo entrar.

Las paredes eran blancas, había una ventana que daba al pulmón de manzana, una pequeña biblioteca y un baúl. Me senté y el sofá me quedaba demasiado grande sin mamá al lado; la fonoaudióloga se sentó en un sillón de cuero ajado, con las manos apoyadas sobre las rodillas y la mirada escrutadora atravesándome. Aparentaba cincuenta años, era alta y consideraba que la coquetería se resolvía con un baño de perfume. Recuerdo el ruido de las pulseras y las uñas largas, tan largas que yo no dejaba de preguntarme cómo hacía para cocinar o bañarse sin rompérselas.

Me explicó que todas las personas eran diferentes, algunos chicos eran buenos en los deportes, otros en matemática, algunos hacían esto bien y aquello mal, y mi punto débil era el habla (tampoco era bueno en deportes ni en matemática, pero evité aclarárselo). La coordinación entre labios, lengua, garganta y respiración, que para la mayoría se daba de manera natural, en mi caso implicaba una gran dificultad, un gran esfuerzo. Me hizo reflexionar sobre lo complicado que era producir sonidos, sobre el largo camino, desde el cerebro hasta la boca, que debía recorrer una palabra antes de convertirse en algo entendible.

—¿Sabías que Einstein y Darwin eran tartamudos? —lanzó y, al ver mi cara de desconcierto, me explicó quiénes eran Einstein y Darwin (a los once años, el único tartamudo notable que conocía era el chanchito Porky).

La fonoaudióloga, como un hada madrina, me había convertido en un ser único, especial. En su opinión, mi trastorno era una señal de inteligencia, un don. Nunca lo había pensado así y enseguida quedé fascinado por semejante revelación, tan fascinado que asumí que ya no tenía nada más que hacer en el consultorio. ¡Inteligencia y tartamudez eran un matrimonio indisoluble!

Naturalmente, no fue mi última visita al consultorio. Iba dos veces por semana a la tarde, después de la escuela. Mamá aprovechaba el tiempo en la sala de espera para preparar clases o corregir la tarea de sus alumnos. Estaba sorprendida de verme tan entusiasmado. Ya no me angustiaba al entrar al consultorio sin mamá, había decidido entregarme por completo a la persona que me había abierto los ojos, que me había ayudado a descubrir la verdad sobre mi trastorno. Nadie podía quitarme lo que ella me había dado, y me aferré a la idea del genio tartamudo, a ese salvavidas que me mantenía a flote durante el infierno diario de las burlas y los golpes en la escuela.

Tiempo después pasamos a los ejercicios de cuello, de boca y de respiración, la visualización de las palabras, la búsqueda de la relajación y el control. La fonoaudióloga me hacía hablar acostado boca abajo sobre una colchoneta que sacaba del baúl, me hacía repetir trabalenguas hasta el agotamiento. Los tres tristes tigres y el clavito de Pablito pronto se convirtieron en mis peores enemigos, se mezclaban en mi boca hasta provocar un desastre, me obligaban a detenerme y volver al principio. Rara vez lograba repetir alguno de los trabalenguas dignamente.

Su insistencia en suprimir mi particularidad empezó a desconcertarme porque, según había entendido, ella valoraba mi tartamudez. Unas semanas después, empecé a dudar si la cura era lo mejor que podía pasarme: iba a perder eso que me hacía especial, a convertirme en uno más del montón. Sin embargo, lo más importante era que las visitas al consultorio habían mejorado el humor de mamá y ella ya no se ponía tan ansiosa conmigo aunque, que yo recuerde, el tartamudeo no había mermado en absoluto.

Su ansiedad, pienso hoy como pensaba entonces, estaba directamente relacionada con el ingeniero. El ingeniero se exasperaba al escucharme hablar, durante la cena siempre me pedía que hablara más fuerte y, cuando contaba algo de la escuela y me bloqueaba, él completaba la palabra que yo intentaba pronunciar. También mamá empezó a hacer eso, y uno u otro completaban las palabras atascadas en mi boca, lo que me daba mucha rabia porque, antes de mudarnos al departamento del ingeniero, mamá no tenía esa costumbre.

—¿Tiene idea de cuánta pla-plata puede ganar un ingeniero? —le pregunté a la fonoaudióloga una tarde calurosa y soporífera.

La fonoaudióloga me contestó que no era tema para un chico de mi edad y, encima, me regañó por la distracción. Estábamos en medio de un ejercicio de respiración y varias veces me recalcó que lo fundamental era fortalecer el diafragma, el músculo donde se originaban todos los sonidos. Ya no me entusiasmaba si después de un ejercicio ella me felicitaba, sabía que al siguiente tropezaría con la misma piedra y volvería a fallar.

Mamá se engripó y me dijo que iba a cancelar el turno. “Tengo once años, mamá, puedo caminar cinco cuadras”, la desafié. De ahí en adelante, empecé a ir solo al consultorio. Me gustaba el paseo, detenerme frente a la vidriera de la panadería a desear los irresistibles merengues con crema que un vidrio cruel me impedía tocar, hacer garabatos sobre las baldosas con una piedra, usar alguna rama de bastón... “Aunque veas que la gente cruza en rojo, vos te quedás quietito hasta que se ponga en verde”, se cansó de repetirme. Parado en la esquina, al ver la gente cruzar en rojo desoyendo el consejo de mamá, intuía que tarde o temprano alguno volaría por el aire y ése sería mi primer muerto. No había visto el cadáver de papá, no me habían permitido ir al velorio, sí al entierro donde todos estaban vestidos de negro y mamá iba adelante del cortejo agarrándome fuerte de la mano y secándose las lágrimas con un pañuelo amarillo. No recuerdo las palabras del cura, o si acaso hubo algún cura, en cambio puedo recordar claramente los puñados de tierra lanzados por mamá y otros parientes, el sonido hueco de los terrones contra la tapa de madera del ataúd.

Fui especialmente convincente cuando le comuniqué a la fonoaudióloga que mamá estaba internada y que no iba a poder ir al consultorio hasta que le dieran el alta en el hospital. Sabía engañar a la gente y, excepto mamá, nadie descubriría mis mentiras.

Con más tiempo libre para callejear, descubrí el mercado. Quedaba a mitad de camino entre la casa del ingeniero y el consultorio. El verdulero, el panadero, el zapatero, el carnicero... un puesto junto al otro, amontonados en un galpón de pocos metros cuadrados. Era un festival de ruidos y olores, de gritos y bromas, de billetes pasando de mano en mano.

Todos parecían conocerse, clientes y vendedores charlaban sobre cualquier cosa y se saludaban con aparatosas demostraciones de afecto. Recorría los pasillos estrechos y me dejaba cautivar por el olor a pan, a pescado, a cuero de zapato, o me paraba delante de los puestos que me fascinaban y me quedaba mirando y escuchando a los vendedores. Algunos eran parcos y otros charlatanes, unos estaban siempre de buen humor y otros atendían a cara de perro. Cuando escuchaba el torno, corría hasta el puesto del cerrajero y lo veía hacer copias de llaves a una velocidad asombrosa. Manejaba el torno sin mirarlo, ajustaba y aflojaba la morsa sin esfuerzo, y mientras yo admiraba aquel arte maravilloso también esperaba la equivocación, el error de cálculo que le rebanaría un dedo. Siempre, en algún momento, me detectaba entre la masa de gente y me clavaba una mirada vengativa, como si hubiera leído mi mente y quisiera probar la resistencia de mi carne en el torno.

Me impresionaba la limpieza y prolijidad de la verdulería, los cajones perfectamente encimados unos sobre otros, las peras y las manzanas brillantes, inmaculadas. El verdulero, un gordo simpático y con un dedo mocho, me decía que si adivinaba cuántas manzanas había en un cajón me regalaba una, y siempre me daba una aunque dudo que alguna vez hubiera acertado. Al percibir mi interés por el negocio, me ofreció ser su asistente y acepté sin pensarlo dos veces. “Siempre hay que seleccionar la mejor mercadería para que la gente vuelva”, era su máxima, y a veces me demoraba más de lo conveniente para elegir los mejores duraznos o las mejores papas mientras la clientela se impacientaba.

La hora robada a la fonoaudióloga empecé a usarla para trabajar en la verdulería llenando bolsas de fruta y verdura,

leyendo la balanza, barriendo el piso. El gordo me enseñó a hacer un hueco en la naranja y a chupar el jugo apretando con las manos, a pelar la manzana haciendo una espiral con la cáscara. Hasta ese momento, nunca le había prestado atención a la técnica de mamá, cortar la manzana en cuatro y pelar cada cuarto, pero la técnica del gordo era mucho mejor porque no se necesitaba extraer el cabo.

Envalentonado por las monedas que iba ahorrando, le consulté al gordo cuánto podía llegar a ganar un ingeniero. Lo pensó unos segundos y, al final, me dio un número. ¡Por primera vez alguien me respondía la pregunta! Sin embargo, no tenía la menor idea del significado de aquel número y, buscando correspondencia con algo más familiar, le pregunté cuántas propinas necesitaba para juntar esa plata. “Menos pregunta Dios y más perdona”, lanzó enigmático y me hundió otra vez en el más absoluto desconcierto.

El ruido y el murmullo continuo me ayudaban a no tartamudear o, al menos, a no escucharme tartamudear. También era cierto que cruzaba muy pocas palabras con los clientes (*¿Qué necesita?, ¿Cuánto va a llevar?, Gracias*) y, si alguien se daba cuenta de mi tara, aumentaba la propina. Así comencé a estimular la generosidad de la gente, a tartamudear a propósito. Quería ganar plata de la manera más rápida posible y no me importaba cómo. El consultorio ya formaba parte del pasado, no pensaba volver a pisarlo. Cada hora en el consultorio me lastimaba, cada indicación de la fonoaudióloga me aplastaba. No éramos dos, sino cuatro en cada sesión: mamá se metía para ver mi evolución, el ingeniero para comprobar si la inversión que hacía en mí era plata tirada. Sin duda, el

mercado me resultaba el mejor consultorio y el gordo, aunque no tuviera ningún título, el mejor doctor.

Después de una hora en el mercado, terminaba con las manos roñosas y los bolsillos hinchados de monedas. Me lavaba con esmero en el minúsculo y cloacal baño del fondo antes de regresar a casa ya que mamá solía revisarme las manos. Como un cencerro, llevaba las llaves del departamento colgadas de un cordón en el cuello, idea del ingeniero para evitar que las perdiera.

Una tarde, abrí la puerta como siempre y, del otro lado, vi la cara desencajada de mamá.

—¿Dónde estabas? Decime ya mismo dónde estabas o cobrás —dijo aumentado exponencialmente el volumen.

El ingeniero apareció en el living y se ubicó detrás de ella, con los brazos cruzados sobre su panza. Se desvelaba por ser testigo de mi ejecución, por presenciarla en primera fila. Yo estaba aterrado, no lograba emitir sonido. Mentirle a mamá no era una opción, me iba a descubrir antes de terminar la primera frase, pero la verdad me parecía igual de terrible. Tardé varios minutos en contarle todo, cada palabra era una agonía. Nunca tartamudeé tanto y, en algún momento de mi patética exposición, mamá me trajo un vaso de agua y me pidió que me tranquilizara porque creyó que estaba convulsionando. El ingeniero puso las manos sobre los hombros de ella y, al bajar la mirada, noté que tenía la bragueta abierta.

Como me había demorado más de lo habitual en volver a casa, mamá había llamado a la fonoaudióloga y la fonoaudióloga la había felicitado por su milagrosa recuperación. De inmediato, la milagrosa recuperación de mamá se volvió contra mí y me sentenció. Después, según el nervioso relato de mamá, vino la desesperación por saber dónde y, sobre

todo, con quién estaba. Iban a llamar a la policía justo cuando abrí la puerta y eso, sin duda, hubiera agravado las cosas.

Parado detrás de mamá, haciéndole un leve masaje en el cuello, el ingeniero actuaba como su guardián, la protegía de mí y de lo que yo le había hecho. Algo más calmo, intenté defenderme y esbocé una desesperada justificación de mi comportamiento afirmando que en el consultorio no había tenido ningún progreso, no era culpa de nadie, simplemente era así. En cambio, en el mercado había mejorado muchísimo hablando con los clientes. A mamá casi le agarra otro ataque al enterarse de que su hijo trabajaba de ayudante en una verdulería del mercado, que aceptaba plata de extraños y consideraba a un verdulero como su mejor amigo. No me había educado para ser ayudante de verdulero, dijo indignada, y me hizo entregar la lata donde guardaba los ahorros. El ingeniero emitió un mugido aprobatorio al ver cómo me confiscaban las monedas y temblé de rabia pensando en lo difícil que había sido ganármelas, en lo difícil que sería igualar el sueldo de un ingeniero.

La confiscación de la lata fue sólo una parte del castigo, la menos terrible tal vez. A la mañana siguiente, antes de ir a la escuela, mamá especificó la pena que había consensuado con el ingeniero: todos los días debía volver a casa a las doce y media, hacer la cama y lavar los platos.

—Ni un minuto más tarde de las doce y media, ¿entendiste? Y no se te ocurra hacerte el piola porque el portero me va a contar todo —me dijo con una severidad inédita en ella.

Aquel show, tan ajeno al estilo conciliador de mamá, estaba armado a la medida del ingeniero que, entre sábanas,

seguramente le había pedido una pena mayor, aunque esa pena ya me parecía la peor de todas. Durante aquella semana, al volver del colegio, pasaba por el mercado y me quedaba unos minutos parado en la entrada, dejándome atropellar por la gente y los changuitos colmados de mercadería. Lo que más extrañaba era el olor a pan, a pescado, a queso, el chirrido del torno y, sobre todo, al verdulero y su verdulería. Era todo tan único y tan lleno de vida ahí adentro, había reglas tan diferentes a las de la escuela y del departamento, que me invadía una profunda tristeza y un abatimiento letal cuando me alejaba del mercado sin haber entrado.

Habitualmente el portero se dejaba ver poco, pero durante aquella semana me lo crucé todos los días al volver de la escuela y me saludaba con insólito entusiasmo. El portero tenía un bigote tupido y, sobre la mejilla, un gran lunar que ni siquiera el contraste con el bigote lograba disminuir. Apenas lo veía, mis ojos indefectiblemente terminaban apuntando hacia el lunar, esa uva fermentada y podrida que daban ganas de arrancársela de la cara. Cumplía a rajatabla la tarea de vigilarme y, supuse, habría recibido una buena recompensa por parte del ingeniero. No descartaba la humillante posibilidad de que usaran las monedas de mi lata para financiar el castigo.

En cuanto a las tareas domésticas, hacía la cama y lavaba los platos como podía, mamá siempre había hecho la cama y lavado los platos y, recién al tomar su lugar, me di cuenta de lo difícil que era hacer ambas cosas. La cama quedaba llena de jorobas y con las sábanas torcidas y, en la pileta de la cocina, no me iba mucho mejor. Al tercer día de castigo, mamá cambió el lavado por el barrido del piso después de contabilizar dos vasos rotos y tres platos cachados. Si el eno-

jo había empezado a ceder, esos vasos y esos platos lo renovaron.

Al séptimo día, mientras disfrutaba la conclusión de la pena, mamá me asestó el golpe mortal:

—Mañana volvés al consultorio.

Estaba convencida de que, a pesar de todo, yo había mejorado y tartamudeaba menos gracias a la fonoaudióloga. Traté por todos los medios de hacerle entender que mi progreso, si acaso había alguno, no era mérito de la fonoaudióloga sino de mis visitas al mercado y del contacto con la gente del mercado. Ella insistía en su postura, yo en la mía, y al final me zamarreó y estuvo a punto de darme un bife aunque ella nunca me pegaba. Terminado el castigo de siete días, empezaba otro mucho peor, un castigo ya conocido y, a diferencia del otro, sin fecha de vencimiento.

Mamá me acompañó y entró conmigo al consultorio pero, a diferencia de la primera vez, la fonoaudióloga no se mostró ni dulce ni comprensiva y, sin preámbulos, empezó a sermonearme sobre lo que había hecho. “Ahora vas a tener que ganarte de nuevo mi confianza”, dijo y, dándole un tono más severo a sus palabras, agregó: “Me sentí muy defraudada y tenía muchas dudas sobre la continuidad del tratamiento, pero tu mamá y tu papá me insistieron tanto que no pude decirles que no”. Mis ojos, normalmente inexpresivos, se convirtieron en dos dagas letales en aquel instante: ¡Ese tipo no es mi papá ni nada mío!, estuve a punto de gritarle.

Arrellanada en el sillón de cuero viejo y acompañada por el cascabeleo incesante de las pulseras, ni siquiera advirtió mis ganas de acogotarla. Su inmerecida fama de curadora de tartamudos me había condenado al consultorio otra vez y me había alejado de mi querido mercado, de la verdule-

ría donde, durante un tiempo, había sido realmente feliz. Aquella visita era la confirmación de que nunca más me dejarían volver, de que mamá no había creído en mi teoría de la cura en el mercado y seguía creyendo en su teoría de la cura en el consultorio.

Así volví a quedar cara a cara con la fonoaudióloga. Ella me decía *hacé esto* y yo lo hacía, *hacé aquello* y yo lo hacía, pero ya no me alentaba ni me corregía los ejercicios porque, en el fondo, no le interesaba ayudar a un mentiroso que había sido capaz de poner a su madre en coma para evitar la terapia. Eran cuarenta minutos de total aburrimiento, de hacer todo a desgano y, como los ejercicios eran siempre los mismos y me los sabía de memoria, podía anticipar cuándo iba a fallar y lo que diría la fonoaudióloga después de cada falla.

Ella creía que me había atrapado de manera definitiva esta vez, pero siempre en algún instante, en algún descuido, mi mente lograba escabullirse de su calabozo y volvía al mercado, a sentir la rugosidad del coliflor y la piel aterciopelada del durazno, la roña de la papa y el perfume del melón, el sabor dulce de esa fruta rarísima llamada kaki que el gordo consideraba uno de sus mayores tesoros porque, según él, nadie más la conseguía. La fonoaudióloga no se daba cuenta de mis ausencias o no le importaba, le bastaba con repetir la misma coreografía para cobrar los mismos honorarios.

Por aquel entonces, escuché en la escuela al que apodábamos Diente jactarse de cómo les robaba a sus padres. El secreto, según Diente, consistía en robar de a poco para que no se dieran cuenta. Aunque no participaba de la charla,

sin dudas fui el que más provecho sacó de las artimañas de Diente.

Cuando no estaba de viaje, el ingeniero solía regresar a las siete o siete y media a más tardar, colgaba el saco en el perchero del dormitorio, se servía un dedo de whisky con hielo, se sacaba los zapatos y se tiraba en el sofá a ver el noticiero de las ocho. A esa hora mamá ya estaba bañada y se instalaba en la cocina a preparar la cena. Bastaba hacerles creer que estaba en el cuarto haciendo los deberes, cruzar el pasillo descalzo, pescar del bolsillo interno del saco del ingeniero el fajo de billetes y elegir uno.

No usaba billetera, llevaba la plata suelta y eso facilitaba la maniobra. En los restaurantes, a la hora de pagar, sacaba el fajo, se mojaba el índice y contaba obscenamente delante del mozo. Al parecer, le gustaba tener el fajo ordenado de menor a mayor, los más chicos afuera, los más grandes adentro. Eso lo descubrí un día en que mamá y él bajaron a una reunión de consorcio y, sin apuro, pude prender la luz del dormitorio y revisar todos los bolsillos. Las monedas las llevaba en el bolsillo derecho y en el superior llevaba un pañuelo y una tableta de aspirinas. Solía quejarse de fuertes dolores de cabeza.

—De papá heredé la enfermedad y también la cura —le decía a mamá con una aspirina en la mano y un vaso de whisky en la otra.

El ingeniero tenía cachetes rosados, mentón diminuto y mirada inocentona. Tal vez mamá se había dejado endulzar por aquella cobertura seráfica. A mí no me engañaba, era un hombre completamente distinto a lo que proponían sus rasgos faciales. En aquella casa, yo debía andar con cuidado, hablar con cuidado, dormir con cuidado. “Esto no lo voy

a permitir en mi casa”, recalca y nos hacía sentir más extranjeros de lo que ya éramos. Se enorgullecía de su implacable puntualidad y, a las ocho y media, lloviera o tronara, se cenaba. Cuando me demoraba en la ducha y mamá me golpeaba la puerta anunciando que la cena iba a estar servida en cinco minutos, ya sólo un milagro podía salvarme. Llegaba a la mesa con el pijama mojado y el pelo mal enjuagado. El ingeniero me miraba, después miraba a mamá con su mirada angelical y mamá me retaba. Masticaba rápido, con la boca abierta, y aquel espectáculo me resultaba tan asqueroso que trataba de no girar la cabeza hacia su lado, de no ver la comida triturada por los dientes oxidados por el tabaco.

Su servilleta siempre debía estar enrollada dentro de un aro de plata grabado con la imagen de un castillo medieval y el nombre de su abuelo. Sacaba la servilleta de un tirón, se limpiaba la boca de un tirón y manoteaba el vaso de vino. Los restos de comida quedaban pegados en los dientes, en el borde del vaso, en la servilleta y, de a poco, todo en la mesa quedaba contaminado de su asquerosidad. Más tarde supe que el secreto de mamá para tener la servilleta del puerco siempre impoluta era que no tenía una sino varias servilletas y, noche tras noche, enrollaba e insertaba una limpia y perfumada en el aro de plata.

Al ingeniero le fascinaba hablar de su trabajo, de las licitaciones que ganaba, de la idiotez de alguien llamado Varela, del inminente ascenso prometido por su jefe. Viajaba una vez por mes a alguna ciudad del interior o a algún país limítrofe, permanecía dos o tres días y volvía. Cuando él estaba de viaje y sonaba el teléfono, yo esperaba el llanto de mamá al enterarse de la tragedia aérea, un llanto que no duraría mucho

porque, pensaba, no sería difícil olvidarnos de él. Pero indefectiblemente el avión no se caía y el ingeniero regresaba con una caja de alfajores o alguna pavada para mamá.

De vez en cuando, mamá metía un bocadillo durante la cena y contaba alguna salida divertida de un nene (daba clases en preescolar y primer grado) o algún planteo desubicado de una madre, pero pronto el ingeniero la tapaba con la perorata ingenieril, con los aburridos y repetitivos monólogos sobre fluidos y gases refrigerantes, bombas de succión y tuberías de acero.

Llegando al postre hacía silencio y mamá aprovechaba el hueco para hacerme las preguntas de rigor sobre la escuela y la fonoaudióloga. A más tardar, a las nueve terminaba la cena. Una noche le pregunté si el servilletero era realmente de plata.

—Por supuesto —me contestó el ingeniero como si lo hubiera ofendido y, durante la siguiente media hora, nos contó la historia de su abuelo piamontés.

Había nacido en Novara, un pueblito del norte de Italia donde casi nunca se veía el sol, se había recibido de Ingeniero Aeronáutico (¡qué desquiciada manía por la ingeniería en esa familia!, pensé con la mirada fija en el flan) y, en Roma, había trabajado en la compañía ferroviaria hasta la ley racial de Mussolini. Mamá me explicó lo de la ley racial, ningún judío podía trabajar en el Estado, pero cuando le pregunté qué era un judío, el ingeniero se levantó de la mesa y se fue al living a ver la tele. “No le hagas caso, no dijiste nada malo”, me tranquilizó mamá y me explicó que los judíos creían en un Dios no muy diferente al de los católicos. Recién entonces supe que el ingeniero era judío aunque, según ella, no le daba mucha importancia a la religión.

La misteriosa reacción del ingeniero me llenó de curiosidad.

—¿Viste alguna vez a un ju-judío? —le consulté a mi compañero de banco.

—¿Por qué preguntás? ¿No me digas que sos judío?

Ni siquiera mi más rotundo *no* evitó que comenzara a correr el rumor de que yo era judío. A los pocos días, las cargadas por ser judío se sumaron a las cargadas por ser tartamudo. Chicles pegados en la silla, bollitos de papel lanzados con la birome-cerbatana, sobrenombres de todo tipo y color, eran el saldo de un día normal en la escuela. En los casos de enfrentamiento físico, llevaba la peor parte, pero como era huesudo el que me pegaba siempre encontraba algo duro en el camino. A veces volvía a casa con el ojo hinchado o el labio abierto y mamá, aunque se quejaba con la directora, sabía por experiencia propia que los chicos eran crueles y la única defensa contra esa crueldad era un coraje del que yo carecía.

La imaginación de mis compañeros pronto se alimentó de mitos sobre los judíos y empezaron a preguntarme si era verdad que los judíos no se bañaban, si era verdad que eran ricos, si era verdad que tenían el pito recortado... Los contadores de chistes me contaban chistes sobre judíos que yo no entendía, como el del hombre que se cortó la mano mientras se lavaba con jabón y dijo: "Otro judío con anteojos". A partir de entonces, cada vez que íbamos a mear, los más curiosos se agolpaban alrededor de mi pito y, delante de ellos, yo lo estiraba como un chicle para demostrarles que estaba intacto. Si convencía a Diente, iba a convencer a todos. Diente había repetido y era el mayor del grado, por lo cual, su opinión era considerada palabra santa. Me sometí a la humillante propuesta y dejé que Diente me examinara. Al terminar, en-

tre risotadas, vociferó que era la primera vez que veía “un asqueroso pito judío”.

En los recreos, se excitaban al grito de *¡agarren al judío!* y se me tiraban encima entre insultos, escupitajos y patadas. Varios compañeros que nunca me habían cargado por tartamudo comenzaron a cargarme por judío, con lo cual el número de cargadores y cargadas aumentaba mientras mi resistencia se debilitaba. Volví a casa deprimido, me encerraba en el cuarto hasta la hora de la merienda o de ir a la fonaudióloga. En silencio, tirado en la cama, esperaba que se apagara la ensordecedora impotencia.

Bet

Inesperadamente la solución a todos mis problemas llegó desde un lugar remoto e increíble, desde un país que ni siquiera sabía con exactitud dónde quedaba. Había explotado un reactor nuclear en Rusia y el mundo estaba a punto de colapsar.

—La turbina de vapor tardó en arrancar y por eso explotó el reactor—dijo el ingeniero a pocos días de la catástrofe de Chernobyl.

Sentí fascinación por el poder de destrucción de la explosión nuclear, por la posibilidad de que hubiese comenzado el fin del mundo a partir de eso que llamaban reacción en cadena. Pero los días pasaban y el mundo seguía intacto, sólido, soportando el peso de mi cuerpo y el de todos los demás.

El ingeniero se puso fastidioso con el tema del plutonio, los isótopos, los fotones y perdí todo interés. A juzgar por su cara de desconcierto, creo que mamá entendía menos que yo. Disimulábamos los bostezos, incluso había miradas cómplices que nos daban ánimo para soportar aquel pavoroso aburrimiento que se prolongaba más allá de las nueve. Al verlo tan compenetrado con el tema, lanzando palabras y partículas de comida sobre la mesa, no parecía un impostor sino un tonto. A veces me quedaba un rato mirándolo y esa mirada él la confundía con un supuesto interés de mi parte. No hacía foco en él, era una mirada al vacío, soñadora, un viaje por adelantado al cuarto donde me esperaban los billetes que, todas las noches, me gustaba contar.

Había escuchado a una maestra decir que los billetes estaban llenos de microbios y bacterias y había que lavarse las manos después de tocarlos, pero yo no me los lavaba porque me fascinaba el olor de esa mugre. Antes de acostarme, los desplegaba sobre la cama y calculaba cuántos me faltaban para cubrir el colchón. Sentado en el piso y con la puerta del cuarto cerrada con llave, los contemplaba imaginando cuántas manos los habrían tocado, cuántas cosas habrían pagado antes de llegar a mí. Había billetes arrugados y rotos, otros que estaban escritos con birome y, de esos, uno con un número de teléfono anotado en el dorso. Llamé a ese número y corté apenas me atendió la voz congestionada de un viejo. Los días siguientes viví mortificado por la idea de que había llamado al auténtico dueño del billete y, de alguna manera, iba a rastrear la llamada hasta llegar a mí. Y nadie podría evitar lo peor: el arresto, la cárcel, la vergüenza de mamá de haber criado a un ladrón.

A veces, intentaba consolarme pensando que lo del anti-semitismo de mis compañeros, lo de ser nuevamente el chivo expiatorio del grado, tarde o temprano iba a pasar como antes había pasado lo de ser tartamudo. Era una mala racha, sólo quedaba poner el cuerpo hasta que se disipara la tormenta. La mala racha en la escuela, llegué a creer, explicaba mi buena racha fuera de la escuela: semana tras semana crecía mi fortuna, la relación con mamá y el ingeniero estaba en su mejor momento, la fonoaudióloga había vuelto a encariñarse conmigo y el panorama parecía bastante alentador.

El ingeniero seguía hablando de los rusos, pero había abandonado el vocabulario técnico.

—Los rusos se merecen lo de Chernobyl, el comunismo es una catástrofe mucho peor que la radioactividad —lanzó una noche irritado.

Incluso, tenía la esperanza de que la explosión del reactor nuclear fuera terminal para la Unión Soviética y el comunismo. A veces los llamaba *cochinos bolcheviques ignorantes* y los acusaba de seguir viviendo en la época de las cavernas, de matar de hambre a su gente haciéndoles creer que la miseria comunista era edificante para el alma. Se le enrojecían los cachetes lechosos y la mirada se le trastornaba hasta que mamá consideraba que aquel espectáculo era suficiente y, mientras anunciaba el postre, le sacaba la botella de vino.

Mamá ya no hacía el postre de vainillas, como si hubiera olvidado la receta, como si hubiera olvidado que era el favorito de papá.

Durante la internación de papá, solíamos ir a misa a una iglesia que estaba a tres cuadras de casa. Domingo tras domingo, el cura mencionaba a papá junto a otros enfermos y fallecidos y rezaba por ellos encaramado en el altar. Mamá trataba de no llorar, pero a veces la vencía la tristeza y me abrazaba. En esa época, tenía cinco años y me causó mucha impresión el hombre clavado en la cruz y le pregunté a mamá por qué no lo llevaban al hospital donde estaba papá. Mamá sonrió y me explicó que no era un hombre de carne y hueso, era una escultura de madera.

—Y la madera no sufre —me tranquilizó acariciándome la cabeza.

Papá fue desapareciendo hasta convertirse en una especie de constelación, una presencia que, de tan tenue, era difícil de discernir. Mi vida continuaba con bastante normali-

dad a excepción de la mayor presencia de los abuelos, que me habían preparado un cuarto en el pequeño departamento de Constitución, donde dormía varios días por semana. Aunque eran un poco aburridos, me encantaba quedarme con ellos porque me daban todos los gustos y me hacían las comidas más ricas. “Lo único que me traje de España son estas ollas, ese es mi secreto”, declaraba la abuela con falsa modestia cuando el abuelo y yo le elogiábamos el puchero o la sopa.

Mientras papá seguía muriendo en la cama de un hospital, yo la pasaba de lo más bien en lo de los abuelos y en la escuela me trataban mucho mejor, incluso las maestras me defendían cuando alguno se burlaba de mi tartamudez. Naturalmente, no fui capaz de relacionar aquel mágico cambio de actitud con la lástima porque, a los cinco años, ni siquiera debía saber qué era la lástima.

Al volver de la misa, cenábamos y, al final, mamá servía el postre de vainillas. La misa del domingo a la noche significaba postre de vainillas, y sólo podía soportar la lectura de la Biblia y el aburridísimo sermón del cura por el postre de vainillas que me esperaba en la heladera.

Como al pasar, un fin de semana le recordé a mamá que hacía mucho que no preparaba el postre de vainillas y, sin inmutarse, me contestó que iba a hacerlo si tanto me gustaba. Pasaron dos semanas y no había hecho el postre, volví a insistir, respondió que no había conseguido vainillas. Diariamente debía pasar delante de media docena de negocios que vendían vainillas y la excusa confirmó mis peores previsiones.

Poco después, ocurrió lo de la desaparición de la foto de papá. El dinero me había convertido en un chico mucho más atento. Antes podrían haberme pintado las paredes del dormitorio de rosa y no me hubiera dado cuenta, pero a partir de mi experiencia criminal me hice más calculador y empecé a ver las cosas de otra manera. Por ejemplo, la desaparición de la foto de papá que estaba en un portarretratos sobre el segundo estante de la biblioteca.

Nunca me había fijado demasiado en aquella foto, pero ahora que no estaba la recordaba perfectamente: papá sentado sobre una piedra enorme, a orillas de un arroyo, y yo sentado sobre él. Mamá, detrás de la cámara, seguramente intentaba llamar mi atención hablándome dulcemente y haciendo morisquetas. Algo, la caída de una hoja o el zumbido de un insecto, me hizo girar la cabeza a último momento y salí torcido. En aquella foto, que recién recuperé después de la muerte de mamá, yo tendría dos o tres años y me habían vestido con un jardinerito color musgo y un sombrero marino. Aunque papá era muy blanco, estaba en malla mientras el sol seguía haciendo estragos sobre la piel ya roja y descamada. Imaginaba el dolor que le provocaba el rozamiento de la tela de la camisa o de la sábana, imaginaba a mamá retándolo por no cuidarse y untándolo con crema por las noches. Papá era alto, tenía nariz angosta y una mirada rara, como de cierta malicia. Papá había nacido con cara de villano y no lo era, el ingeniero con cara de santo y evidentemente no era ningún santo. Ya entonces comprendí que no podía fiarme de nadie y que las primeras impresiones siempre son las más engañosas.

La foto de papá, la única foto que tenía con papá, había desaparecido del estante. Primero pensé en la mucama,

pero la mucama sólo habría actuado por orden expresa de mamá. Otra vez mamá era el foco de mis sospechas. Un domingo, mientras ella se dedicaba a la costura en el living, la encaré.

—¿Qué foto? —dijo sin sacar la vista de la media zurcida.

Confundido, dudé por un instante de la existencia de la foto. Un minuto después, al recordar el antecedente de las vainillas, llegué a la conclusión de que ya era imposible confiar en ella. Había incautado la foto de papá y yo no tenía ninguna prueba de que alguna vez hubiera existido aquella foto. Preguntarle a la mucama era trabajo inútil, se habrían puesto de acuerdo para negarlo. Alentado por mi conocimiento del territorio, registré su habitación, revisé cajones, placares y cajas de zapatos, pero no la encontré.

¿Por qué lo había hecho? Mamá siempre me había hablado maravillas de papá, me repetía sus anécdotas, como la de la sombrilla que se nos había volado mar adentro y al día siguiente papá había encontrado en la orilla, o la de la servilleta que había usado para cambiarme porque no quedaban pañales limpios. También era cierto que, a partir de la mudanza a lo del ingeniero, mamá había dejado de hablar de papá y, en la mesa, cuando yo siquiera insinuaba algo sobre él, rápidamente desviaba el tema.

El hijo que yo había sido para mamá no le bastaba al ingeniero, demasiado incompleto e imperfecto y, por lo visto, mamá estaba empeñada en convertirme en un hijo potable para el ingeniero. Así se explicaba su empecinamiento con la fonaudióloga y la corrección de ciertos defectos que antes merecían un comentario al pasar y ahora eran castigados instantáneamente, con más energía si el ingeniero estaba presente.

Al encoger los hombros o comer con la boca abierta, el reto caía como un rayo sobre mí y, cuando eso ocurría, en vez de girar hacia mamá, la ejecutora del castigo, me concentraba en el ingeniero, la causa del castigo, y notaba su mueca mínima, casi imperceptible, de satisfacción. Más injusto me parecía al comprobar noche tras noche que el ingeniero también hablaba con la boca llena, lanzaba sus peroratas sobre Chernobyl masticando raviolos y yo esperaba ansiosamente alguna observación de mamá que, por supuesto, nunca llegaba.

En esos momentos de silenciosa exasperación, recordaba lo que una vez había dicho Diente sobre sus padres:

—Cuando me canse de esos dos mogólicos, una cucharadita de veneno para ratas en la comida y a otra cosa mariposa.

La solución era pavorosamente simple y, a diferencia de Diente, yo tenía la plata para comprar el veneno.

Gímel

Ese año, lo recuerdo bien, pasamos Nochebuena en lo de los abuelos. La abuela preparó vitel toné, tortilla española, pionono, ensalada rusa, y en la mesa casi no quedaba lugar para apoyar los codos de tan colmada que estaba. Mamá me había aconsejado saltarme la merienda y, por lo tanto, tenía un hambre voraz y todo me parecía riquísimo. Mientras mamá y la abuela charlaban sobre vajillas y muebles heredados, el ingeniero entretenía al abuelo con su repertorio habitual y el abuelo, ingenuamente, se dejaba deslumbrar por aquel lenguaje técnico sin darse cuenta de que estaba delante de un farsante.

—¿Mami, los ju-judíos festejan Navidad? —arrojé al aire antes de pedirle a la abuela otra rodaja de pionono.

Lo dije lo suficientemente alto como para que el ingeniero, ubicado en diagonal a mí, me oyera. Mamá se puso pálida y, cuando al fin logró reaccionar, en vez de responderme me retó por haber llenado el piso de migas y me ordenó barrer. Como no tuve las agallas para desenmascarar al ingeniero y acusarlo delante de todos, me levanté de la mesa y fui a la cocina a buscar el escobillón y la palita. Con gran pompa, el ingeniero exhibió su botella de champán.

—No hacía falta que trajera un champán tan bueno —dijo el abuelo leyendo con esfuerzo de miope la letra de la etiqueta.

—El único champán que conozco es el buen champán —se jactó el ingeniero mientras le sacaba el alambre al corcho.

Unos días antes de Navidad, la abuela me había consultado por teléfono si quería alguna comida especial, sin titubear le pedí el postre de vainillas. Cuando me sirvió la primera porción empecé a comer sin dejar de mirar a mamá.

—Nunca comí un po-postre tan rico, abuela —declaré públicamente y le pedí otra porción.

Ya estaba empachado de tanto comer, pero hacía el mayor esfuerzo para repetir una y otra vez el postre que en casa me habían negado, y seguí comiendo hasta que mamá me sacó el plato.

Tres días después de la cena de Nochebuena, cargamos las valijas en el Taunus y partimos rumbo a Pinamar, donde los padres del ingeniero tenían una casa de veraneo a dos cuadras de la playa. Durante el viaje, mamá y yo jugamos a adivinar el último número de la patente de los autos. El ingeniero no quiso participar a pesar de la insistencia de mamá, lo consideraba un entretenimiento estúpido.

La casa de veraneo tenía dos plantas, tres baños, seis dormitorios y un balcón que daba a un parque con pinos, eucaliptos y canteros llenos de flores. Los padres del ingeniero eran dos viejos simpáticos y cariñosos, me abrazaron como si fuera su nieto y, después de llevarme al dormitorio asignado, el dormitorio más lindo que tuve en mi vida, me sirvieron gaseosa y papas fritas mientras me indicaban en qué dirección quedaba la playa, el centro y el muelle de pescadores. Me costaba creer que esos dos viejos tan agradables fueran los padres de un ser tan desagradable, pero aquel era un asunto insignificante comparado con el paraíso marítimo que me rodeaba.

Mamá prefería desempacar y darse una ducha, pero la disuadí y pospuso su plan. Me calcé las ojotas y la malla y la esperé en el dormitorio, sentado en la cama enorme donde esa misma noche iba a dormir como un rey. A los diez minutos, apareció con un sombrero de paja que le daba un ligero aire juvenil. Detrás de mamá, con malla clara y ojotas de cuero, asomó el ingeniero.

El único recuerdo que tenía de la playa era aquella historia de papá recuperando la sombrilla que se nos había volado. Estaba tan excitado por aquel nuevo mundo que se abría ante mí que los dejé atrás, corrí por la arena y llegué jadeando al mar. El agua me tocó los dedos del pie y, de tan helada, me hizo retroceder. Después de aclimatarme, de que el sol calentara la piel erizada por el viento, avancé hasta que el mar me llegó hasta las rodillas y mamá me gritó algo incomprendible.

Había poca gente en la playa y nos quedamos una hora, ellos vigilándome a veinte metros de la orilla, yo metido en el agua, luchando contra las olas que me volteaban, sin poder internarme demasiado porque no sabía nadar. Poco antes de irnos, el ingeniero se sacó la remera y, exhibiendo su pecho y su panza peluda, se zambulló y nadó durante cinco minutos, cinco minutos en los cuales me di cuenta de que era un excelente nadador. Mamá nos esperó con las toallas extendidas, primero me envolvió a mí, después a él.

Al día siguiente, llegó la hermana del ingeniero con su familia. Estábamos almorzando cuando los vimos entrar cargados de bolsos y valijas, lo que me llevó a pensar que ellos se iban a quedar muchos días y nosotros sólo hasta Año Nuevo. Una cabellera roja, aplastada por la horquilla de unos auriculares, apareció detrás de la hermana del ingenie-

ro. Entre los rulos, alguien había clavado un pedazo de papel que decía *Nido de carancho*. Cuando los abuelos empezaron a reírse y le mostraron el cartelito, ella se arrancó los auriculares, se dio media vuelta y le dedicó una ráfaga de insultos al hermano que, ajeno a todo, hacía jueguito con una pelota de fútbol.

Después de almorzar, fuimos en manada a la playa. Me resultaba extraño formar parte de aquel grupo tan numeroso, siempre habíamos sido mamá y yo, después se sumó el ingeniero, ahora éramos nueve almas caminando como si fuéramos una auténtica familia de veraneo en Pinamar. La arena quemaba y todos nos pusimos las ojotas excepto el hermano de Ana, que se sacó la remera negra de *Star Wars* y corrió hacia el mar mientras Ana, así se llamaba la dueña de los rulos y del walkman, rezongaba por haber recibido la orden de levantar la remera de su hermano.

El ingeniero clavó una sombrilla y, al lado, el padre del ingeniero clavó la otra. Los adultos se sentaron y empezaron a hablar de política, Ana se sentó en una silla de lona y se puso a leer un libro sin sacarse el walkman, el hermano de Ana se deslizaba entre las olas con su barrenador de telgopor... Yo no había llevado un libro, no era capaz de nadar y, como no sabía qué hacer en medio de aquella gente que sí sabía qué hacer en la playa, me quedé sentado entre el mar y las sombrillas, en ese desierto que se abría a mitad de camino, haciendo pozos en la arena y volviéndolos a tapar. El sol aparecía y desaparecía entre grandes masas de nubes que se movían perezosamente hacia el norte. En la ciudad, me resultaba difícil calcular hacia dónde quedaba el norte y el sur, pero ahí, con el mar tan a mano, era imposible equivocarse.

—¿No venís al agua? —escuché y un segundo después vi a Ana cruzando mi desierto rumbo al mar.

Usaba malla enteriza y se había atado el pelo. Era baja, algo rellenita y, según mamá, tenía mi edad. En la escala de belleza que usábamos en la escuela, no hubiera superado el cinco. Fui a dejarle la remera a mamá y seguí el camino que había hecho Ana hacia el mar, con la misma parsimonia hasta que la arena empezó a calcinarme los pies. Ana, su hermano y su papá nadaban libremente a veinte metros de donde yo chapoteaba con el agua hasta la cintura, no estaba autorizado a dar un paso más y, aún cumpliendo esa orden, mamá me vigilaba desde la costa como si tuviera cinco años.

Un cuarto de hora después, Ana abandonó a los suyos, se puso al lado mío y, sin decir palabra, comenzó a hacer lo mismo que yo. Nos habíamos tirado de cabeza sobre una docena de olas cuando ella, arqueando las cejas rojas, me preguntó si quería aprender a nadar. Me di cuenta de que mamá sería el primer escollo, le pedí a Ana que me esperara un minuto, fui hasta la sombrilla, mamá aceptó aunque no parecía del todo convencida, y volví junto a Ana. No duró mucho la clase porque al rato nos llamaron desde la sombrilla, pero ya había aprendido las nociones básicas del braceo.

Aún mojado, el pelo de Ana se expandía radialmente sobre su cabeza, el agua sólo resbalaba dentro del laberinto de rulos sin achatarlo. Esos rulos podrían reconocerse a cien metros de distancia, pensé mientras se adelantaba y hacía un caminito de gotas delante de mí. Era imposible que Ana se perdiera en la playa, a simple golpe de vista los padres la ubicarían en medio de cualquier multitud, un alivio para ellos y, seguramente, una condena para ella. Ana agarró un

toallón y se fue detrás de un médano malhumorada por la lucha cotidiana con su pelo. Mientras yo me secaba al sol, vi sus gestos de dolor al pasarse el peine, el forcejeo rabioso para desenredar los rulos. Cerca del mediodía, levantamos campamento y recorrimos las dos cuadras hasta la casa de los abuelos de Ana agrupados en esa multitud familiar tan ajena a mí.

Si el ingeniero es judío, reflexioné, toda su familia debe ser judía porque, según había aprendido a los golpes en la escuela, lo de ser judío era cuestión hereditaria. Hasta el último día del ciclo lectivo yo había sido el único judío del grado, el centro de la saña y la crueldad de mis compañeros, y ahora, como si les estuviera dando la razón, veraneaba en Pinamar con siete judíos. Cuando volviera a la escuela, tenía la esperanza de que mi judaísmo hubiera caducado, de que ninguno de mis verdugos recordara el malentendido.

En Pinamar, un asunto empezó a obsesionarme: a los hombres se les rebanaba la punta del pito, ¿y a las mujeres? Busqué algún detalle a la vista en Ana, en la mamá de Ana, en la abuela de Ana, pero debía ser algo más íntimo, como en el caso del hombre. La única parte femenina íntima y rebanable que se me ocurría eran los pezones y, cuando nos sentábamos a comer, intentaba verificar mi teoría en el relieve de las bikinis y enterizas.

Mi experiencia en pezones se reducía a algunas páginas de la revista Playboy que me había mostrado un compañero que se jactaba de masturbarse en el baño fantaseando con la maestra de Ciencias Naturales. Los pezones muti-

lados debían ser planos, pensé, y traté de detectar el patrón en las mujeres sentadas frente a mí sin llegar a nada concluyente más allá de alguna erección. Sin embargo, esa dificultad para corroborar el judaísmo tanto en las mujeres como en los hombres me dio cierta tranquilidad: podía pasearme con aquella familia por la playa y las calles del centro de Pinamar sin temer que un compañero de escuela me viera junto a ellos y, si la mala suerte se ensañaba conmigo y alguno se sentaba cerca nuestro en un restorán, a simple vista era imposible que los detectara. Además, tenían un apellido cortísimo e inofensivo que no terminaba en *isky* ni en *ovich*, sílabas que Diente solía adosar a mi apellido antes de largar la carcajada durante las sesiones de tortura.

Al ir y volver de la playa, no dejaba de toparme con casas con grandes piletas y chimeneas, ligustros prolijamente podados, autos carísimos, canchas de tenis y de golf. La casa del abuelo de Ana formaba parte de un barrio exclusivo de Pinamar, de una zona donde vivía gente tanto o más rica que el abuelo de Ana, y al pasear por aquellas calles ostentosas no dejaba de preguntarme cómo había hecho esa gente para comprar semejantes mansiones, qué trabajo les había permitido alcanzar aquel lujo. Sólo fue necesario parar un poco la oreja para enterarme de que el abuelo de Ana era directivo de un laboratorio y el papá de Ana se dedicaba a los negocios inmobiliarios, una actividad que no comprendía en aquel entonces pero que enseguida me interesó porque, saltaba a la vista, el papá de Ana era el hombre más rico de la mesa. Habían llegado en un BMW negro con techo corredizo y, según escuché, tenían dos autos más y un garaje con espacio para los tres.

Una noche el papá de Ana habló de un terreno en Coghlan, lo había comprado en un remate judicial y estaba buscando inversores para construir un edificio de oficinas.

—Poner la plata en ladrillos siempre es lo más seguro y rentable —dijo frotándose las manos.

Como el abuelo de Ana se mostró muy interesado en el proyecto, se pasaron toda la cena conversando entre ellos. Como todas las cifras las traducían a dólares, rápidamente perdí las pocas referencias que tenía en cuestiones de dinero y, a pesar de mi fascinación con el tema, me resultó imposible seguir el hilo. Cuánto ganaba un empresario inmobiliario y cómo se llegaba a ser un empresario inmobiliario era lo único que quería saber.

Más allá de algún comentario esporádico, el ingeniero no participaba activamente de la charla, su padre y su cuñado lo habían marginado. Y no lo tenían en cuenta, comprendí más tarde, porque sus ahorros no alcanzaban el monto mínimo como para entrar en el negocio. El ingeniero consultaba los detalles del terreno y de la construcción, a toda costa quería involucrarse en el proyecto desde el punto de vista técnico sacando a relucir sus conocimientos ingenieriles e, incluso, se puso a teorizar sobre los sistemas de calefacción más eficientes, pero su cuñado y su papá no se dejaron impresionar y le dieron la espalda, sólo estaban interesados en los dólares, las tasas de interés y los plazos del negocio.

Al mudarnos a Caballito, la diferencia entre el departamento de los abuelos y el departamento del ingeniero me había parecido abismal en cuanto a comodidades, mobiliario y equipamiento, en ese momento el ingeniero era para mí el hombre más rico del mundo. Ahora, frente a la riqueza de su cuñado y de su padre, la riqueza del ingeniero queda-

ba ridiculizada y, con ella, quedaba ridiculizado el ingeniero, que una y otra vez fracasaba en ser tomado en cuenta por los hombres verdaderamente ricos. En un último y desesperado intento, dijo que tenía algunos ahorros en el banco y quería participar del negocio. No pude evitar sentir un poco de lástima: era el hombre más pobre de la mesa y yo, con mi rapiña, lo había hecho todavía más pobre.

Mamá estaba demasiado pendiente de la abuela de Ana, la veía estirar el brazo hacia la botella y se adelantaba para servirle agua, la veía apoyar los cubiertos sobre el plato y empezaba a levantar la mesa, la veía arrimarse a la pileta y se ofrecía a lavar. *Tiene una hermosa casa, tiene una hermosa familia*, le decía a la vieja y me perforaba los tímpanos con sus adulaciones. En cada gesto y en cada palabra, reaparecía la actitud servil de la cenicienta hacia el hada madrina, el ruego para que extienda el hechizo.

Aún hoy, treinta años después, recuerdo cómo detestaba aquella predisposición de mamá porque, en el fondo, estaba convencido de que nos merecíamos dormir en esas camas enormes, despertarnos con el canto de los zorzales, tener la playa a dos cuadras. A diferencia de mamá, yo andaba por la casa con la cabeza en alto sin crearme menos que nadie, el camino hacia el dinero que el papá y el abuelo de Ana habían recorrido con tanto éxito me parecía mera cuestión de tiempo, tarde o temprano sería tan rico como ellos y me haría construir una magnífica casa de veraneo en aquel barrio exclusivo de Pinamar.

El treinta y uno de diciembre, el abuelo de Ana hizo fuego con leña y llenó la parrilla de varios kilos de carne y prolijas

espirales de chorizos y morcillas. Después de bañarme y ponerme la camisa que mamá me obligó a llevar, me quedé un rato junto al viejo oyendo el chasquido de la carne y sintiendo el calor de las brasas en la cara. La comida de los judíos es vomitiva, había afirmado uno de mis habituales verdugos, y el recuerdo de aquel comentario me había hecho temer lo peor. La cena de fin de año me iba a enfrentar cara a cara con esa comida repugnante que mamá, con tal de seguir congraciándose con la abuela, me obligaría a tragar.

Sin embargo, ahí estábamos en medio de aquel hermoso jardín arbolado, en una noche calurosa y nublada, delante de un asado con todas las letras y de un asador experto, porque era evidente que el viejo había hecho muchos asados a lo largo de su vida y, muy probablemente, fuera su comida favorita. Ser judío no era tan diferente a ser católico o ateo, pensé mientras Ana aparecía en el jardín con un vestido azul de lunares y el pelo suelto, exuberante, inmanejable.

Detrás de una hilera de limoneros, el papá y el hermano de Ana jugaban a la pelota quejándose mutuamente por los pases fallidos. En alguna grosera imprecisión, perdieron la pelota en una zona oscura del jardín. Con Ana armamos un equipo de búsqueda y no tardamos en encontrarla, pero en vez de devolverla Ana la encajó entre las ramas de un árbol y me pidió que fuera su cómplice, propuesta que acepté encantado.

—Frío frío —dijo Ana.

—¿Y acá? —dijo el hermano.

—Frío frío —se rió ella.

Un rato después, el hermano de Ana se hartó de ser el títere de ella y le dobló un dedo hasta hacerla llorar. A pesar del dolor, Ana no confesó dónde estaba la pelota. Yo estu-

ve a punto de hacer algo cuando intervino el papá, averiguó qué pasaba y le aplicó al hermano de Ana la misma tortura que él había usado con ella. Ana se fue corriendo a la casa y yo, sin mi compañera, retomé la contemplación de la parrilla desde un lugar lo suficientemente oscuro y alejado como para eludir cualquier tipo de conversación. El viejo se había sacado la chomba y la luz del reflector le hacía brillar la piel bronceada y los pelos blancos de la cabeza y el pecho. Las gotas de grasa chorreaban por las canaletas de la parrilla y las gotas de sudor por su panza y su cara, tan parecidas a las del ingeniero.

Pasadas las diez, nos sentamos a la mesa. Al echar un vistazo y comprobar que todo lo que estaba servido me resultaba familiar, desde la picada de queso y salami hasta las ensaladas, asumí que mi aprensión gastronómica no se justificaba y que, en definitiva, mis compañeros no sabían nada sobre los judíos. Antes de servir el asado, el abuelo se fue a dar una ducha y reapareció en menos de cinco minutos con camisa y pantalón de gabardina, peinado y perfumado, lo que consideré una proeza teniendo en cuenta mis interminables sesiones en el baño. Supuse que los judíos, al igual que los católicos, pronunciaban algún tipo de bendición antes de comer, pero nadie dijo nada y todos se abalanzaron vorazmente sobre sus platos.

Ana se había atado el pelo durante su exilio y aún tenía los ojos vidriosos e hinchados. Cuando el abuelo pasó con la tabla, ella tardó un momento en elegir un pedazo, al final pinchó el más cocido y, ya en el plato, observó minuciosamente la carne, la cortó en pequeñas tiras e hizo una montañita con la grasa diseccionada. *Me olvidé el salero en la cocina*, anunció la abuela y mamá enseguida se levantó y fue

a buscarlo, *No saqué el helado del freezer*, y mamá regresó a la cocina mientras la mamá de Ana era testigo de aquel despliegue sin mover un dedo. Casualmente o no, se había sentado en la silla más lejana de la cocina. En contrapartida, la abuela parecía tener más interés en mamá que en su propia hija y, aunque hablaba bajito y sólo me llegaban fragmentos de la charla, me enteré que habían comprado aquel terreno en Pinamar cuando el barrio aún no existía y que, durante los primeros dos años, el tiempo que duró la construcción, viajaban dos veces por mes para seguir de cerca los avances de la obra y “detectar las innumerables cagadas de los albañiles, como la pared torcida y la ventana colocada al revés”.

El hermano de Ana molestaba a Ana y, con la parodia de la imitación, la sacó de quicio. Ella decía algo y él lo repetía, ella cortaba la carne chiquita y él cortaba la carne chiquita, ella se quejaba con su mamá y él se quejaba con su mamá repitiendo las palabras de ella. Yo estaba sentado junto a él y, cuando llegaron los chorizos, se giró hacia mí.

—¿Me-me-me alcanzás la pa-pa-panera —dijo tocándome el hombro.

Se produjo un silencio absoluto, impensado un segundo antes, que fue roto por la voz firme del papá de Ana:

— Primero pedile perdón y después te vas a tu pieza, ¿entendiste, pelotudo?

El hermano de Ana me pidió perdón sin mucho convencimiento, se levantó de la mesa y desapareció por el pasillo rumbo a la celda, después de lo cual todo volvió a una relativa normalidad, aunque una normalidad distinta a la anterior: se hablaba menos y se comía más. Por dentro, rogaba para que nadie me preguntara cómo me sentía, para que no me hicieran hablar en ese ambiente lleno de tensión, en es-

pecial la abuela, la única en manifestar abiertamente interés en mi problema.

Hasta aquel incidente, todo había transcurrido de manera muy fluida en la casa de Pinamar, como si aquella familia hubiera recibido instrucciones de cómo tratarme, de qué hacer y no hacer cuando se me trababa alguna palabra y, era justo admitir, lo habían hecho muy bien, a tal punto que varias veces me descubrí hablando más de lo que solía hablar con extraños. Pero el interés de la abuela iba todavía más allá. Cuando me preguntaba cosas sobre mi vida y yo respondía de corrido, ella parecía decepcionarse y seguía haciéndome preguntas hasta que me trababa y, recién en ese instante, sus ojos resplandecían como los de una niña ante un truco de magia.

Estuve un rato con la cabeza gacha, enfocado en la comida. No dejé de servirme carne en cada nueva ronda del abuelo, de llenarme la boca y masticar, de encorvarme sobre el plato para no afrontar las miradas que me estarían esperando alrededor de la mesa inspiradas en el más repulsivo sentimiento de compasión. Siempre me dio más rabia la actitud de los que creían entender mi padecimiento que la burla. Nadie podía saber lo que pasaba por mi cabeza en esos momentos, ni siquiera yo, sólo notaba que el corazón empezaba a acelerarse y la cara se me prendía fuego y luego, de golpe, me invadía un frío cadavérico.

Evité la mirada de Ana, no quería que se diera cuenta de la magnitud de mi infierno. Después de todo, era un camino conocido y siempre lo había atravesado solo. El hermano de Ana podía estar orgulloso de su venganza, me había

desollado vivo y ahora mi piel colgaba delante de todos y ya no tenía lugar donde esconderme. Su castigo había sido irse de la mesa y mi castigo había sido quedarme. Hubiera dado cualquier cosa por irme al jardín, por mecarme en la hamaca del fondo hasta olvidarme del mundo, por caminar dos cuadras hasta la playa y quedarme sentado en la arena oyendo el rumor de las olas, detectando a lo lejos las lucecitas de los barcos pesqueros que desafiaban al mar nocturno. En el dormitorio carcelario, el hermano de Ana debía estar organizando batallas intergalácticas con las naves y los ejércitos de *Star Wars*, haciendo jueguito con la pelota, viendo en su tele cómo recibían el Año Nuevo en Madrid o Roma.

Cerca de medianoche, cuando empezamos a levantar la mesa, me crucé con Ana en el pasillo de la cocina.

—No le des bolilla, mi hermano es un tarado —me dijo esbozando una sonrisita con la que, sin darse cuenta, completó el sentido de la frase: *Él es un tarado y no tiene remedio, en cambio nosotros estamos salvados, nunca seremos tarados como él.*

Salimos en manada al jardín, incluso el hermano de Ana, beneficiado por una suspensión temporaria del castigo para ver el show de fuegos artificiales. El papá de Ana se había encargado de comprar pirotecnia suficiente como para entretenernos durante un buen rato y se divertía a la par nuestra. Nos maravillábamos con las luces y las explosiones de las cañitas voladoras sobre el cielo nocturno mientras el ingeniero, apoyado contra un pino y fumando un cigarrillo tras otro, parecía calcular cuántos sueldos suyos serían necesarios para comprar semejante arsenal de pólvora.

Los vecinos se acercaron a contemplar nuestro espectáculo. No eran cualquier tipo de vecinos, los chicos estaban vestidos con ropa de marca (la mayoría tenía el cocodrilo de Lacoste estampado en la chomba), bermudas y mocasines sin medias, las chicas eran rubiecitas en su mayoría y usaban cadenitas de oro. En ese barrio, las personas y las cosas olían a plata, una cantidad de plata que yo no era capaz de concebir.

Mamá ayudó a la abuela de Ana a sacar los parlantes al jardín y la vieja puso sus discos. Bailaban los abuelos, los padres de Ana, mamá y el ingeniero, bailaban todos los adultos mientras los niños observábamos aquella escena avergonzados de los viejos. Decidí seguir el show sentado en el pasto, pero mamá se me acercó y empezó a tironearme y a reírse como loca. Era la primera vez que la veía borracha. Aunque me negué, ella insistió hasta levantarme y arrastrarme en medio de las otras parejas. Mamá me hablaba y yo olía su aliento alcohólico, la acusé de estar borracha, me dio un beso en la frente.

De repente, había pasado de los brazos de mamá a los brazos de Ana mientras sonaba *I love to love*. Ana no olía a alcohol sino a Fanta y eso, sin dudas, me resultó mucho más agradable. Yo era un pésimo bailarín y Ana, pronto lo supe, tampoco se destacaba. Recuerdo haber puesto la mano tan suavemente sobre su cintura que enseguida me pidió que la agarrara más fuerte porque le hacía cosquillas; recuerdo, sobre todo, que me confesó que una de sus mejores amigas era tartamuda.

—Tartamudear es hablar con suspenso —me susurró al oído con *Abba* de fondo y, aunque no se lo dije, me pareció una definición encantadora.

Estaba de tan buen humor que intenté moverme más de la cuenta y tropecé y nos caímos, pero ninguno se lastimó porque el pasto era mullido como un colchón.

El abuelo propuso ir a la playa y, excepto el hermano de Ana que se quedó jugando a ser Han-Solo y salvar a la princesa Leia, caminamos las dos cuadras hasta la playa. Los adultos, entonados por el vino bebido durante la cena, nos permitieron sacarnos los zapatos, correr por los médanos y mojarnos los pies. Las nubes bajas hacían la noche más clara y, de cuando en cuando, se oían las explosiones de cañitas voladoras y los ladridos de los perros torturados por el estruendo del año nuevo.

El dos de enero emprendimos el regreso. El ingeniero adujo que estaba preparando una licitación grande, la más grande de las que había participado hasta ahora, y todavía tenía mucho trabajo por hacer. La fantasía de vivir y pertenecer a aquella casa con jardín y balcón con vista al mar, en medio de aquel barrio de ricos donde todas las casas competían por el lujo, se había acabado. También estaba Ana. No me había enamorado de Ana ni mucho menos, pero sospechaba que compartíamos una misma decepción por el mundo, una misma desconfianza por las personas y, con más tiempo, podríamos haber sido buenos amigos.

Creo que a mamá también le hubiera gustado prolongar la estadía. Había logrado dormir más de cinco horas seguidas, todo un récord para su habitual insomnio, y después de esos pocos días de descanso ya no lucía tan demacrada como en noviembre. Cada final de ciclo lectivo, los cientos de informes que debía completar y los actos que

debía musicalizar la terminaban consumiendo y, a veces, enfermando. Era habitual verla ansiosa y agotada, con las ojeras tatuadas en la cara y las uñas comidas. Le propuse quedarnos más tiempo, en todo caso el ingeniero podía irse solo y nosotros volver en micro o en el BMW del papá de Ana, pero mamá, sin ningún motivo razonable, dijo que era imposible. Una cucharadita de veneno para ratas pondría fin a este contratiempo, pensé con los labios tensos de rabia.

Durante la primera hora en el auto, no pude dejar de mirar y odiar la cabeza del hombre de la licitación, del hombre que nos había impedido permanecer más días en el paraíso. Del televisor a control remoto y el duchador con forma de teléfono, para mí símbolos de la mayor opulencia a esa edad, pasamos en apenas unos minutos a las vacas rumiando en los pastizales, a los ranchos y los pueblos rurales de mala muerte desperdigados sobre la llanura. Justamente en uno de esos puebluchos cargamos nafta y entramos a una parrilla donde las moscas duplicaban a los clientes.

El ingeniero se quejaba por el estado de la ruta, le parecía vergonzosa la cantidad de baches, la ausencia de una banquina asfaltada, las líneas despintadas, mamá lo escuchaba sin prestarle demasiada atención y yo tiraba manotazos al escuadrón de moscas que sobrevolaba la panera. En algún momento, se puso a hablar sobre el proyecto inmobiliario, de cómo su cuñado lo había convencido a su papá para invertir y de cómo él convencería a su papá de que no lo hiciera. Le pidió a mamá que le hiciera acordar de llamar sin falta a su papá porque, durante nuestra estadía en Pinamar, no había tenido ocasión de quedar a solas con él para advertirle del enorme riesgo de aquella inversión.

—Es un vende humo, un estafador que busca víctimas dentro de su propia familia —dijo mientras yo me acercaba al hueco entre los dos asientos delanteros para escuchar mejor.

Inmediatamente recordé que el papá de Ana tenía un flamante BMW y él un Taunus viejo, que el papá de Ana vivía en San Isidro y él en Caballito, que el papá de Ana le regalaba naves de *Star Wars* al hijo y él a mí no me compraba nada.

Aburrido de la conversación, me entretuve sacando la mano por la ventanilla y haciendo olitas contra el viento, mareándome con la velocidad de las líneas punteadas de la ruta, contando vacas, árboles, pájaros... Mientras me comía un par de bizcochos que me había dado la abuela de Ana, sentí un bulto en el pantalón. Deslicé la mano dentro del bolsillo y saqué el androide dorado (nunca me molesté en averiguar el nombre de aquel robot afeminado) imaginando el momento en que el hermano de Ana, a quien no pensaba volver a ver en mi vida, se diera cuenta del robo. Aquella sustracción podía tomarse como un ajuste de cuentas por lo de la panera, y lo era en cierta forma, aunque a esa altura ya empezaba a ser consciente del placer que me producía robar.

Tal vez el hermano de Ana no se percataba del muñeco desaparecido entre tantos que tenía, tal vez le pedía a su papá que le comprara otro para Reyes. Mientras hacía caminar al androide sobre el asiento de cuero del Taunus, mientras recordaba las clases de nado con Ana y sus danzarinas cejas rojas, me quedé dormido.

Dálet

¿Siempre había sido así? En aquella época, mamá creía que mi tartamudez había empezado cuando papá enfermó, a los cuatro años, pero yo rechazaba aquella teoría. Había sido uno de esos niños que comienzan a registrar el mundo desde los primeros años de vida y estaba seguro de que el problema siempre había estado ahí, en mi boca, en mi respiración, en mi cerebro... No sabía dónde se alojaba, dónde empezaba la falla y cómo se propagaba a través de mi cuerpo, lo que sí sabía era que había nacido conmigo y moriría conmigo.

Como durante enero y febrero no paró de caer agua, el verano más lluvioso de los últimos veinte años repetían los noticieros, me la pasé encerrado en el departamento. El régimen normal me habilitaba a ver una hora de tele por día, pero el descalabro climático hizo que mamá aumentara la cuota a dos horas y, dentro de esas dos horas, no podían faltar *Meteoro*, *MacGyver* y *Kung Fu*. Las circunstancias me habían obligado a leer más de lo habitual y, después de abandonar un par de libros en las primeras páginas, quedé impresionado con una novela que me prestó mamá, *El talento de Mr Ripley*. Me estremeció la imagen de Mr. Ripley consolando con ternura a la viuda del hombre que dos días antes había liquidado a mazazos y enterrado a unos metros de su casa. Probablemente Mr. Ripley había iniciado su carrera criminal robándole a sus padres, dedicándose al menudeo, y la ambición lo había llevado a cruzar el límite. Me asusté de mi futuro, de mi metamorfosis de ladronzuelo doméstico en

asesino a sangre fría. Dentro de mí ardía la misma ambición por el dinero y el lujo, pero en el fondo no me creía capaz de matar y, menos aún, de manipular un cadáver y limpiar la sangre: de sólo imaginarlo, me descomponía.

Cuando el clima nos daba un respiro, con mamá íbamos al cine, a tomar un helado o al supermercado. Por las tardes, merendábamos juntos, yo chocolatada, ella su infaltable té de hebras preparado con la boyita metálica que sumergía y retiraba con la cadena, herencia de su bisabuela a quien tuvo la suerte de conocer. Después de servirse, echaba el agua sobrante por el desagüe de la pileta para, según ella, destapar los caños.

Supongo que la ponía de buen humor pensar que, después de merendar con su hijo, aún le quedaba una hora para *estudiar* flauta, nunca decía *tocar*, siempre decía *estudiar* como si todavía fuera una estudiante. Armaba el atril delante de la pared para mantenerse enfocada y no distraerse con el paisaje de la ventana, y llenaba el departamento de música, desde María Elena Walsh hasta Bach. Eran ya famosas sus interpretaciones en flauta travesa del himno y, en las fechas patrias, la directora de la escuela le pedía que tocara el himno en todos los actos y ella accedía aunque, al final del día, quedaba exhausta. No sé por qué motivo una vez estuve en uno de esos actos y, cuando terminó de tocar, los padres la aplaudieron durante un minuto seguido. Ni antes ni después de ese acto vi que se aplaudiera tanto a una maestra.

El piano, al igual que el resto de los muebles, los había vendido cuando nos mudamos de la casa de Barracas al departamento de los abuelos. Se lo había regalado el padre de uno de mis compañeros de jardín, que lo tenía arrumbado en el garaje y mamá, con sus ahorros, lo hizo afinar. Aún per-

manecen indelebles aquellos fines de semana en los que mamá se sentaba en el banquito, enderezaba la espalda y hacía bailar las manos sobre las teclas como si fueran más livianas que el aire. ¡Parecía una diosa olímpica! Después de la muerte de papá, dejó de tocar, yo le rogaba pero ella se negaba una y otra vez. Cuando se descuidaba, yo me trepaba al banquito y, con las teclas a la altura del mentón, empezaba a hacer ruido hasta que me retaba.

El ingeniero, que siempre se había mostrado reacio al sonido de la flauta dentro del departamento, aparecía a eso de las ocho, nervioso, malhumorado, consumido por la licitación que, para él, era cuestión de vida o muerte. Abría el maletín, sacaba rollos de papel y los desplegaba sobre la mesa, por eso mamá me pedía, me exigía, que despejara la mesa antes de que él llegara. Mientras hacía garabatos sobre los planos, fumaba como una chimenea, uno tras otro, y aprovechaba la brasa del cigarrillo fumado para encender el siguiente hasta la hora de la cena. Él podía llenar libremente la casa de humo y mamá no podía tocar libremente la flauta, él podía tirar libremente la ceniza al piso y yo no podía dejar libremente el piso del baño mojado.

Un día en que mamá se estaba haciendo las uñas en el living, envuelta por el olor a quitaesmalte, con todos sus frascos de vidrio acomodados sobre una bandeja para prevenir una catástrofe, le pregunté si sentía por el ingeniero lo mismo que había sentido por papá. Durante unos segundos se quedó callada, pensativa, después desvió la conversación.

Las vacaciones se terminaban y la perspectiva de otro año de fonaudióloga y de infierno escolar me agobiaba. No de-

jaba de pensar en si podía hacer algo para evitarlo y siempre llegaba a la conclusión de que mis males desaparecerían junto conmigo. Mis males existían porque yo existía, era el pensamiento habitual en aquel entonces. A pesar de la recomposición de la relación, con mamá sólo hablaba de temas superficiales, de los nuevos maestros, de los nuevos compañeros, de las materias más odiadas, pero ni se me cruzaba por la cabeza ir más allá, no quería compartir mis oscuros secretos ni con ella ni con nadie. En el fondo, sabía que no podía hacer nada, no podía cambiar nada, sus buenas intenciones no eran más que otro obstáculo en el camino. Desde hacía meses me perseguía el atroz presentimiento de que nada iba a mejorar y que mi vida iba a consistir en la condena más simple y más difícil: aguantar, aguantar y aguantar.

En marzo empezaron las clases, en abril no fui a la fonoaudióloga, en mayo tampoco. El ingeniero ya no podía afrontar los honorarios de la fonoaudióloga, fue lo primero que pensé, la plata de la fonoaudióloga estaba bien guardada en mi dormitorio y nunca saldría de ahí. De hecho, había acumulado tantos billetes que tuve que desarmar la casetera y extirparle los parlantes y las plaquetas para usarla de caja fuerte. Sin preverlo, había boicoteado el tratamiento y estaba feliz por la batalla ganada, de hecho, mi primera batalla ganada en aquella casa. El ingeniero había perdido su licitación y yo había ganado la mía, era un momento de gloria. ¡No más trabalenguas ni ejercicios de respiración, no más conejillo de indias de la fonoaudióloga!

Estaba tan elevado por el triunfo que la caída fue estrepitosa. Mis cálculos habían sido completamente equivocados y, de un momento a otro, mi felicidad se fue al tacho. No volvería a ver a la fonoaudióloga, en eso tenía razón, pero el

tratamiento continuaría. Esta vez el especialista provenía de una madre de un alumno de mamá y enseguida odié a esa madre y a su hijo tartamudo. No tiene nada que ver con el tratamiento anterior, me quiso tranquilizar mamá y agregó que el chico también había fracasado con una fonoaudióloga antes de hacer este tratamiento. El nuevo consultorio no quedaba en dirección al mercado, sino en la dirección opuesta. Había que tomarse un colectivo, bajarse en la parada de la concesionaria de autos (desde el colectivo mamá me marcó todas las referencias durante el primer viaje) y caminar dos cuadras.

Detrás de la puerta del tercero “E”, apareció un hombre de la altura de mamá, pelirrojo. De inmediato consideré un buen augurio que el color de su barba y su raleada cabellera me hiciera acordar al color de los rulos y las cejas de Ana. Debe ser judío, pensé mientras nos invitaba a sentarnos. Por el plato con restos de comida sobre el escritorio, deduje que el consultorio era también su casa. Esa primera charla me aburrió tanto como la primera charla con la fonoaudióloga, entre el pelirrojo y mamá hablaron de mi caso delante de mí y dijeron las mismas cosas que ya había escuchado miles de veces. El *deja vu* me deprimió un poco, lo único que parecía haber cambiado era el sexo del especialista y la distancia al consultorio.

El día fijado fue el martes, y el martes siguiente fui solo y llegué quince minutos tarde. El terapeuta, así se refería mamá al pelirrojo, no me retó, me hizo pasar como si hubiera llegado en horario, se sentó y cruzó las piernas.

—Ya escuché a tu mamá, ahora quiero escucharte a vos.

Sólo atiné a sujetarme fuerte de la silla de plástico, no sabía qué decirle sobre mi vida, él me miraba sonriendo con la

cabeza levemente ladeada, con un cuaderno y una lapicera en la mano.

—No te preocupes, no hace falta anotar nada, lo uso de ayuda memoria —y se deshizo del cuaderno y la lapicera.

Todos los temas que se me pasaban por la cabeza eran demasiado inconfesables, no quería compartirlos con un extraño y me quedé callado mientras él empezaba a hablarme de su vida, de su familia, de sus gustos, y hablaba de una manera tan rara y planteaba cosas tan absurdas que me fui animando. Cuando se inclinó hacia adelante y me alentó a abrirme con él porque nada de lo que revelara en el consultorio iba a salir de ahí, le pregunté si era judío. Arrugó la frente como si no me hubiera comprendido, después sonrió:

—¿Te agradan los judíos?

Sin titubear, le contesté que sí.

Una y otra vez insistía sobre mi vida, sobre la relación con mamá y el ingeniero, y mis respuestas eran binarias, sí o no en todos los casos, y aunque esperaba que en algún momento se le acabaran las preguntas, siempre inventaba una nueva. Yo seguía el consejo del abuelo, hablar lo menos posible, sin dudas el mejor consejo que he recibido en mi vida. En una de las sesiones, así llamaba el terapeuta a los cuarenta minutos que compartíamos en el consultorio, me dijo que, para cambiar, había girado mi silla y quedé ubicado frente a una pared blanca.

—Hoy no voy a hablar. Si no querés contarme nada, está bien, nos quedamos callados —decretó y permanecimos en silencio hasta que sonó la alarma del reloj.

Había sido la mejor sesión de todas: la pared blanca me puso la mente en blanco, no percibí la mirada examinadora del terapeuta y hasta me di el lujo de bostezar tranquilo y cerrar los ojos de a ratos. No tenía la más remota idea de cómo aquel tratamiento iba a curarme. Si mamá y el ingeniero querían tirar su plata a la basura, allá ellos.

De lo que sí me hubiera gustado hablar era de cómo había llegado a ser judío, de qué diferencias tenían con los católicos, de por qué eran tan odiados. En definitiva, teníamos eso en común: el ser judío y el ser tartamudo generaba el mismo rechazo. Poco tiempo después, el pelirrojo me mostró unas manchas, las ahora famosas manchas de Rorschach que volví a enfrentar en alguna entrevista laboral, y aunque no recuerdo la mayoría de las respuestas que di, sí recuerdo que en una de las manchas vi la nave de *Darth Vader* y el pelirrojo se detuvo en esa imagen. De la nada, me preguntó si a veces pensaba en papá. Nunca le había hablado de papá, seguramente mamá le había contado cosas sobre él. Abrirle mi corazón a un desconocido, por más que fuera judío y me agradara su barba roja, era impensable. Por otra parte, no tenía recuerdos de papá sano, de su presencia física en la casa de Barracas, yendo o volviendo del trabajo, abrazándome o besando a mamá, ningún trazo de él aparecía en mi retina, sólo quedaban retazos brumosos de un par de visitas al hospital, del olor nauseabundo del hospital, de mamá insistiéndome para que le dijera algo lindo a un hombre moribundo.

De pronto, sin dejar de observar la blancura de la pared, algo se abrió dentro de mí y vi un poco más allá en las aguas profundas de la memoria. No siempre papá había sido un hombre horizontal, echado en una cama y conectado a una sonda, al menos una vez me sentó sobre sus piernas, me

miró fijo y empezó a mover las orejas. ¡Papá sabía mover las orejas!, recordé como si eso lo convirtiera en una especie de superhéroe. Ahora sólo quería terminar la sesión para ir a casa, colocarme frente al espejo del baño y comprobar si yo también podía mover las orejas, si había heredado su don. Papá no siempre había estado enfermo, antes de ser un moribundo postrado en un hospital maloliente fue un hombre que movía las orejas y, hasta donde yo sabía, no existían muchas personas que pudieran hacer eso. De hecho, no conocía a nadie. Había un chico en la escuela que eructaba durante diez segundos, otro que se metía medio lápiz en la nariz y una chica que se tocaba el mentón con la lengua, pero nadie hacía nada con las orejas.

Miré el reloj y aún faltaba la mitad de la sesión. Demasiado tiempo, pensé, y como la ansiedad me devoraba empecé a concentrarme en mis orejas, a exigirles que me obedecieran. Deformada por el esfuerzo, mi cara debía parecer la de un retrasado mental cuando el terapeuta me preguntó si me sentía bien. Me avergoncé tanto que quise cambiar de tema y comencé a hablar del último verano con papá, en la casa que habíamos alquilado en una zona exclusiva de Pinamar a dos cuadras del mar, de las tardes en la playa y los fuegos artificiales de Año Nuevo. Con tanta convicción lo relaté que, por un momento, se me hizo real. De pronto, había llenado el consultorio de recuerdos de papá, había dejado de ser huérfano. El terapeuta ahora sabía que el lugar de papá no estaba vacante, que papá vivía dentro de mí y que mi vida hubiera sido infinitamente más feliz si no se hubiera muerto tan joven: seguiríamos viviendo en la casa de Barracas, mamá no habría vendido el piano, yo no hubiera cambiado de escuela...

Con casi nada, me había fabricado un padre insustituible. Todo esto lo pienso ahora, en aquel entonces no dije tanto, pero estoy seguro de que fue suficiente como para dejar en claro que el ingeniero no ocupaba el lugar de papá ni jamás lo ocuparía. Tal vez aquel padre cariñoso y divertido que me hacía reír moviendo las orejas lo había concebido en contra del ingeniero aunque, debo ser justo, el ingeniero nunca se había mostrado interesado en el disfraz paternal. Más bien lo opuesto: se rehusaba a adoptarme y sólo me toleraba como el lastre de mamá, un lastre del que pensaba librarse cuando fuera mayor y me consiguiera un trabajo.

El pelirrojo anotó algo en su cuaderno y volvió a levantar la cabeza. Parecía satisfecho y, antes de terminar, dijo que habíamos hecho un gran progreso en aquella sesión y esperaba que ese progreso continuara en las sesiones siguientes, porque el tratamiento sólo podía funcionar si yo confiaba en él, si yo bajaba la guardia y me entregaba. Abandoné el consultorio pensando en eso de *bajar la guardia*. Al salir del ascensor, ya tenía la certeza de que bajar la guardia en el consultorio y la escuela iba a implicar mi inmediata aniquilación. El mundo estaba contra mí y, si bajaba la guardia, me aplastaría con la suela del zapato hasta reventarme las tripas como a una cucaracha. Tal vez había una manera de bajar la guardia selectivamente, por ejemplo, bajarla en el consultorio y no en la escuela ni en casa, pero me parecía algo tan complicado de hacer que traté de olvidarme pronto de aquel asunto.

Lo que sí me quedó claro es que no habíamos encarado mi problema en ninguna de las cinco sesiones, ni la más mínima mención, ni un ejercicio, ni una corrección cuando me trababa. ¿El pelirrojo era tan estafador como la fonaudiólogo-

ga? Le gustaba hablar y que yo hablara, nos sentábamos cada uno en su silla al comenzar la sesión y nos levantábamos al terminarla, el único contacto físico era el saludo, la mano tibia y blanda la primera vez, el beso sobre su barba acolchada y calurosa las siguientes. Se me vino a la mente la imagen de un mecánico que intenta arreglar un motor sin siquiera tocarlo. En definitiva, era judío y pelirrojo como Ana y, por ahora, eso me bastaba.

En vez de tomar el colectivo, caminé por Avellaneda hacia Plaza Irlanda tratando de recordar algo más de papá más allá de la cama en el hospital y la habilidad para mover las orejas. A pesar de mi tenacidad, no apareció nada más de esos cuatro años que habíamos compartido en la casa de Barracas. Se me ocurrió estimular la memoria yendo a la casa de Barracas, visitando los lugares donde él había estado, pero eso recién lo hice muchos años después. Al tocar el timbre y contarle a la propietaria quién era yo y cuáles eran mis intenciones, recibí un antipático no como respuesta. Era un PH al que se accedía por una escalera ubicada al fondo de un largo pasillo. Aquella vez sólo pude comprobar el deterioro de la fachada, la puerta de entrada podrida, las grietas, las cáscaras de pintura, el portero sin botones... Mientras me alejaba, mientras pisaba por última vez esa cuadra, comprendí que peor hubiera sido toparme con una propietaria amable y charlatana que me invitara a entrar al PH, a tomar un té y comer unos bizcochos, que me obligara a contar mi vida o a escuchar la suya, porque era evidente que nada en aquella tapera me iba a devolver algún recuerdo potable de papá.

Llegué a Plaza Irlanda alrededor de las cinco, el cielo estaba encapotado y hacía frío. Había poca gente, me subí a una hamaca y contemplé las imponentes torres del Colegio Santa Brígida. Ana me había dicho que su abuela paterna (“La abuela que más quiero”, aclaró enseguida poniendo una mueca de desprecio en dirección a la otra) vivía cerca de esa plaza y que a veces iba a patinar a la explanada. Aunque no estaba enamorado de Ana, como ya dije, me había quedado la sensación de que podía llegar a ser mi amiga. Había algo en sus ojos verdes, un brillo opaco, una especie de permanente decepción por el mundo, que me hacía sentir cómodo cuando estábamos juntos. Veía en ella la misma oscuridad que veía en mí, la misma impotencia y necesidad de desahogo, el mismo veneno que intoxicaba la sangre. Con ella, sin dudas, iba a poder bajar la guardia, abrirme, contarle lo de los robos al ingeniero, lo de Diente, lo de mi judaísmo accidental...

La probabilidad de que nos cruzáramos en la plaza era mínima, pero ahí estaba yo con la cara helada, balanceándome en la hamaca, sobresaltándome cuando creía avistarla en alguna esquina. Si tenía mucha suerte y la encontraba, un nuevo obstáculo se iba a interponer entre nosotros: mi reputación. El hermano de Ana debió tomarse revancha acusándome de ladrón de androides. La compasión familiar por el tartamudo seguramente se convirtió en bronca, la censurada imitación, en risas y pedido de besos. Ana no, Ana se habría mantenido al margen de aquella burda parodia.

Un viejo estaba armando con esmero un círculo de migas para las palomas, un nene pasó a toda velocidad con la bici y las espantó, el viejo agitó la mano en el aire como jurando venganza. También había dos chicas con uniforme escolar

que hacían piruetas en la trepadora. Cuando se engancharon con las piernas y quedaban boca abajo, la pollera se les daba vuelta y se les transparentaba la bombacha debajo de las medias canacán. Una nena de no más de cinco años atravesó el arenero, se paró firme delante de mí y me reclamó la hamaca. Hay otras hamacas libres, le dije amablemente e, imperturbable, me contestó que la única que le gustaba era la mía y siempre usaba esa hamaca cuando iba a la plaza. Era tarde y no andaba con ánimos para pelearme con una nena caprichosa.

—Mami, ¿por qué ese nene habla tan raro? —le preguntó a su mamá mientras yo me alejaba de la hamaca.

La mamá se agachó junto a la nena y murmuró algo que no pude oír. Al darse cuenta de que la estaba mirando, la mujer hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza, sentó a la nena en la hamaca y comenzó a empujarla. Era la única hamaca ocupada en toda la plaza.

¿Qué día cumplía años papá? ¿Qué día había muerto? Caminaba por Gaona pensando que ni siquiera sabía eso y, si no lo sabía, era por culpa de mamá. No sólo me había robado su foto y negado su existencia, también me había robado el día de su cumpleaños y el de su muerte. Dos veces por año, yo pisoteaba esos días viviéndolos como si fueran dos días normales, iba a la escuela, veía la tele y cenaba sin pensar un segundo en papá. Junto con papá, ella había decidido sepultar esa parte de nuestra vida, seguir adelante olvidando. Tal vez fue su manera de sobrevivir, pienso hoy, de poder formar una nueva pareja. Mantener vivo a papá la hubiera obligado a comparar al ingeniero con papá, a verlo perder todos los

días contra papá. Tal vez atravesaba el día de su cumpleaños y el de su muerte sola y triste, con una máscara para disimular su dolor frente a mí.

A un par de cuadras de Plaza Irlanda, empecé a correr y corrí sin parar hasta abrir la puerta del departamento. Adelantándome a su enojo, le dije que no me había dejado la plata del colectivo sobre la mesa, que lo de ayer me había alcanzado para la ida pero no para la vuelta. Su expresión cambió de golpe, parecía estar repasando mentalmente si aquella mañana había dejado las monedas sobre la mesa y, al final, cambió de tema y me mandó a la ducha.

Mientras me desvestía, algo me hizo sentir que ese día era el cumpleaños de papá. Tenía ganas de confirmarlo con mamá, saber cuántos años hubiera cumplido, pero la conexión con ella se había roto desde mi llegada y esa noche no había chances de reconciliación. Mamá puso mi ropa transpirada en el lavarropas y yo me quedé bajo el agua caliente hasta que las yemas de los dedos se me arrugaron como a un viejo.

Hei

En la semana previa al comienzo de las clases, le había rezado al dios católico y al dios judío para que hicieran repetir a Diente, de lo contrario, les había planteado con tono extorsivo, reviviría el calvario del año anterior y nadie en el mundo sería más infeliz que yo. Ninguno de los dos escuchó mis plegarias: cuando entré en la escuela y atravesé el patio donde debíamos formar, vi a Diente revoleando la mochila de un chico de sexto. El estómago se me endureció como una piedra no por lo que me haría ese día en particular, sino porque eso que me haría se repetiría durante todo el año. Sólo deseaba huir, correr lejos de la escuela, ser olvidado.

Después del discurso de bienvenida de la directora y del himno, avanzamos en fila hacia el aula, hacia la celda de tortura, y tuvimos dos horas de Sociales. La maestra se puso a hablar de hidrografía, de la formación de las lagunas y los lagos, pero yo miraba la cabeza rapada de Diente a dos bancos de distancia temiendo el momento en que se diera vuelta y apuntara los cañones hacia mí. Milagrosamente pasé desapercibido y salí ileso de la clase de Sociales, pero en el recreo Diente se me acercó y me llevó lejos del resto, lo cual me pareció rarísimo de su parte porque le gustaba tener público durante sus ejecuciones. Me miró con serenidad y apoyó una de sus manazas sobre mi hombro huesudo, no en señal de amenaza, sino de intimidad: nunca había sido tan cuidadoso al tocarme.

—Si me das cinco australes por semana, nadie más te llama judío —me dijo yendo directamente al grano.

El pavor de tenerlo tan cerca me nubló la mente y debió repetir los términos del trato. Cinco australes por dejar de ser judío, por dejar de padecer como judío, me pareció una ganga, un trato irrechazable, yo recaudaba mucho más de los bolsillos del ingeniero y esos cinco australes apenas iban a afectar mis ahorros.

Cerramos el trato con un apretón de manos y me conmi-
nó a mantener el asunto en secreto. Diente no podía estar preocupado por su reputación, recibir plata de una de sus víctimas no lo hubiera dejado mal parado. Probablemente no quería correr el riesgo de que otros empezaran a extorsionarme y ya no me alcanzara la plata para pagarle sus cinco australes semanales. Mis ingresos tampoco daban para sobornar al núcleo duro del grado, unos cinco o seis vándalos, o sea, de veinticinco a treinta australes por semana, a ese ritmo mis ahorros se iban a evaporar en menos de dos meses. En realidad, todo el asunto fue extremadamente sencillo porque Diente no me dio opción.

Al día siguiente, nos volvimos a reunir en el rincón y le di los primeros cinco australes. Esa semana nadie me llamó *judío* excepto un desprevenido que, al instante, recibió una trompada en el estómago y una amenaza que hizo efecto en todo el grado. De pronto, todos comprendieron que acusarme de judío implicaba recibir una trompada de Diente y, aunque les costaba entender el rotundo cambio de actitud de Diente hacia mí, no estaban dispuestos a jugarse el pellejo en averiguaciones. ¡Diente me había desjudeizado y por sólo cinco australes semanales!

Sin embargo, algunos buscarroñas seguían burlándose de mi tartamudez, la cual había quedado fuera del trato. Riguroso con la letra chica, Diente no movía un dedo

cuando me verdugueaban con eso. No podía desaprovechar la oportunidad, pensé, y a la otra semana, en el rincón de pagos, le ofrecí ampliar el alcance de nuestro trato: diez australes semanales si también erradicaba mi tartamudez del aula. Me miró fijo con sus ojos chiquitos y rapaces, después me sonrió y me dio unas palmaditas en el cachete. “Mañana traeme los otros cinco y yo me ocupo del resto”, dispuso con apabullante seguridad antes de ser reclamado a gritos por su equipo y volver a la cancha a patear la media rellena que usaban de pelota. El día exacto en que completé el pago, Diente agarró del pescuezo a uno de mis habituales imitadores, lo estampó contra el pizarrón y le hizo tragar una tiza.

Diente no era un bruto improvisado, elegía el mejor momento para dar la paliza, siempre se aseguraba la participación de una numerosa cantidad de testigos que distribuyeran la noticia a todo el grado, a toda la escuela, y siempre dejaba en claro el mensaje, el motivo de la paliza. La primera vez había dicho *no le vuelvas a decir judío*, la segunda *no le vuelvas a decir tartamudo*, y así todos quedaron advertidos del riesgo que corrían si desobedecían su ley.

Al que cargaban por las orejas y llamaban alternativamente *Dumbo* y *Martínez de Hoz*, un día se me arrimó en el recreo y me preguntó cómo había hecho para hacerme amigo de Diente. Qué sé yo, se dio así, le respondí sin abundar y se fue desilusionado. Venía a buscar la receta mágica para que Diente dejara de molestarlo y, desde luego, no estaba dispuesto a dársela. De hecho, como yo había salido de escena y dejé de ser uno de los títeres del grado, al orejudo lo tomaron de punto y nadie lo dejaba en paz. Antes éramos dos títeres y la crueldad se repartía entre dos, ahora él solo

debía soportar todos los escupitajos, las zancadillas, las cachetadas, lo cual me produjo cierta lástima y más de una vez estuve a punto de revelarles mi receta mágica e, incluso, de prestarle plata para financiar su protección, pero calculé que esa caridad podía volverse en mi contra y deshacer la muralla que tanto me había costado levantar.

En el aula, las fuerzas del mal permanecían retenidas por los bancos y los pupitres, por el orden impuesto por los maestros, en el recreo esas fuerzas se liberaban de la forma más cruel. La estridencia monótona del timbre era el sonido más temido por mí, señalaba el comienzo del infierno y Diente, con su generosidad pedagógica, les enseñaba al resto del grado la mejor manera de humillar y someter al tartamudo. Luego del trato con Diente, el recreo dejó de ser el peor momento del día, ahora podía sentarme en una grada sin que nadie me molestara, sin tener que defenderme, y hasta empecé a notar que algunos, cuando pasaban cerca de mí, me miraban con cierto respeto. Esa paz resultaba inédita para mí y, dentro de aquel círculo invisible que ya nadie se atrevía a violar, era feliz. Mi rendimiento escolar mejoró notablemente y, cuando le llevé el boletín a mamá y vio las notas, se puso tan contenta que esa noche fuimos a comer afuera.

En las vacaciones de invierno, seis meses después de haber conocido y visto por última vez a Ana, fuimos al cumpleaños de la hermana del ingeniero. Mamá se había puesto un vestido floreado hasta las rodillas, no se había apartado un ápice de esa elegancia sobria que la caracterizaba; el ingeniero eligió uno de sus habituales trajes, imposible distinguir

uno de otro, todos iguales para mí, me bastaban los dedos de una mano para contar la cantidad de veces que lo había visto salir del departamento sin traje, con jean alguna vez, jamás con remera o zapatillas. Aprovechó la hora de viaje para machacar contra su cuñado, contra el estafador de parientes. Nunca supe cómo terminó la historia de la inversión inmobiliaria, si había logrado disuadir a su papá de no invertir en el emprendimiento del estafador, pero tenía la impresión de que no había hecho nada.

Después de cruzar la General Paz, las casas empezaron a hacerse más lujosas y los árboles más grandes, había murallas altísimas y jardines tamaño parque, y todo crecía en aquella avenida a la par de la indignación del ingeniero. “Imposible comprar una de estas casas con un trabajo honrado”, sentenció justo cuando mamá me señaló una casa amurallada que ocupaba una manzana entera, me dijo que era la Quinta de Olivos, la residencia del presidente, y recuerdo haberme alegrado de pasar tan cerca de alguien tan importante.

La casa de Ana ocupaba toda la esquina. Mientras buscábamos el timbre en un pilar cubierto por una enredadera, vi el famoso garaje para tres autos y la puerta automática que se activaba a control remoto, lo cual me pareció de ciencia ficción. Nos recibió la mamá de Ana con un vestido mucho más corto que el de mamá y un escote que dejaba ver el inicio de unas tetas con entidad propia. La casa era de dos plantas, todas las habitaciones tenían balcones con balaustrada que daban a un jardín lleno de plantas y flores, donde además había una escultura de unos querubines y un ligustro almenado. La mamá de Ana era demasiado vaga para mantener aquel lugar tan impecable, pensé, seguro tenía un jardinero exclusivo para cuidarle el jardín.

Nos invitó a un pequeño tour por la casa. En la entrada había dos columnas griegas y, apenas pasando el recibidor, en una especie de escritorio, mamá descubrió un piano Steinway y lo acarició como si fuera un tesoro. La mamá de Ana nos contó que había estudiado con uno de los mejores maestros de piano del país, pero después se dedicó de lleno a la crianza de sus hijos y no pudo seguir tocando a pesar de que, según el maestro, su talento le deparaba una brillante carrera internacional. Quizás adivinando el deseo de mamá de sentarse en la banqueta, la anfitriona aclaró que el piano estaba completamente desafinado y, añadió por las dudas, tenía un par de teclas rotas. Mamá esbozó una sonrisa complaciente, por dentro debía estar devastada, siempre decía que su sueño era tocar un Steinway y que esos pianos valían como un auto. A los cuatro o cinco años, en la casa de Barracas, me subía a una caja de madera junto al piano y le pasaba las hojas de la partitura cuando ella me indicaba con un quiebre de cabeza. Durante aquellos conciertos exclusivos, durante aquellas noches en que nada nos amenazaba y todo se reducía a mamá y su música, nos sentíamos a salvo del mundo.

Avanzamos por un pasillo y llegamos a una sala repleta de adornos, muebles y cuadros. Al pasar junto a uno que no parecía gran cosa, la mamá de Ana nos susurró que era un Chagall original y mamá abrió grande los ojos y se llevó la mano al pecho. A mí, en cambio, me llamó la atención un candelabro extravagante, dorado, simétrico, con tres brazos curvos a cada lado. Debe haber muchos cortes de luz en esta zona, inferí.

En el comedor (el departamento completo del ingeniero cabía sin problemas en aquel salón palaciego) había una

mesa descomunal bordeada por la familia de Ana y una docena de desconocidos. Sobre el mantel blanco con flores bordadas, había un despliegue de botellas de vino, grisesines, anchoas, berenjenas y cubitos de Fontina clavados con espaditas medievales. Me senté junto a mamá, tomé Coca Cola, me zampé tres cubitos de queso ensartados con una espadita, escuché a la mamá de Ana decretar que los chicos tenían prohibido entrar a la casa con comida, al papá de Ana discutir sobre el precio del metro cuadrado en los últimos años y, después, sobre fútbol. El papá de Ana, el abuelo de Ana y el ingeniero coincidían en lo mal que había jugado River contra Independiente, del planteo defensivo del técnico, del penal no cobrado. Se me hizo evidente que los tres eran de River porque se habían pasado media hora hablando sólo de River y, como no creía en casualidades, supuse que la mayoría de los judíos debía ser de River.

—¿Y vos de qué cuadro sos, pibe? —me preguntó imprevisiblemente el abuelo de Ana.

—De Boca —respondí terminando de masticar un quesito.

Al decirlo, recordé que papá había sido de Boca, incluso se me apareció la imagen borrosa de un carnet con su foto en alguna repisa de la casa de Barracas. Me alegré de haber recuperado algo más de papá, de haber heredado su equipo aunque a mí no me interesara el fútbol.

—No hay caso, tenés un *goy* en tu casa —replicó el abuelo de Ana mirando al ingeniero y los tres se rieron como bobos.

La mamá de Ana se había sentado en la cabecera de la mesa y no movía un dedo, como en Pinamar, sólo atinaba a darle indicaciones a la mucama vestida de moza que iba de un lado para el otro tratando de satisfacer sus demandas.

Nunca parecía conforme, constantemente le hacía observaciones delante de todos y, cuando la mucama volvía a la cocina, la incineraba diciendo cosas como “no sabe ni poner los cubiertos” o “me robó unos aritos, a fin de mes la echo”. Llegaron unos sandwiches y unos bollos, mamá me dijo que los sandwiches eran de pastrón y los bollos de papa, empecé por los bollos y seguí por el pastrón sin saber qué era. Tanto los sandwiches como los bollos me resultaron riquísimos aunque no eran sabores de mi repertorio habitual. Nunca antes había probado algo parecido, pensé, debía ser auténtica comida judía y no estaba nada mal.

Aburrido y con la panza llena, me fui al jardín. Los chicos se empujaban y se corrían unos a otros, las chicas charlaban entre ellas, estaba oscuro, hacía frío y no conocía a nadie. Sin chances de participar de nada, caminé hacia el fondo por el sendero de piedras. Camuflada debajo de una lona, había una pileta de unos diez metros de longitud y, en el borde de la pileta, un sapo. El sapo no se inmutó ante mi presencia, pero al rato unos chicos lo descubrieron y comenzaron a pincharlo con una rama. El más temerario lo agarró y se lo tiró al otro en la cara, que se fue puteando. Sin asco, volvió a levantarlo de una pata y me preguntó si me gustaban los sapos mientras amagaba con tragárselo.

Algo detrás de mí crujió y el pánico se propagó por mis órganos con la velocidad de un virus. Era Ana, Ana con una amiga. Retomé el control de mis piernas, de mi cara, de mi boca sin que ellas lo notaran. Ana tenía un peinado estrambótico y un vestido celeste que, según le escuché decir a su mamá, había sido confeccionado por una de las mejores mo-

distas del país. Parecía alegre de verme y, sin perder tiempo, me presentó a su amiga con una frase enigmática: “Estoy segura de que se van a llevar bien, tienen mucho en común”.

Aún con la escasa luz del farol, pude apreciar que la amiga de Ana era hermosísima, rubia, delgada, nariz de muñeca y ojos claros, un ocho o un nueve en la escala de belleza de aquella época. ¿Qué tenía en común con esa chica inalcanzable, con esa Barbie tamaño natural? Estiré la mano y ella me dio un beso en la mejilla. Bastó que pronunciara su nombre, Laura, para que todo cobrara sentido: era la amiga tartamuda de Ana. Siempre había dudado de la existencia de la amiga tartamuda, me sonaba a invento, una táctica de acercamiento. Ahora, de pronto, ese invento se había materializado frente a mí en aquella hermosa chica que estaba esperando oír mi nombre.

Alguien llamó a Ana y Ana nos dejó solos, junto a la pileta. Se suponía que teníamos mucho en común, pero no era capaz de pronunciar una palabra. *¿A qué edad empezaste a tartamudear? ¿Tartamudeás más a la mañana o la tarde, delante de conocidos o extraños?*

—¿Le tenés miedo a los sa-sapos? —fue lo primero que se me ocurrió.

Ella miró el pasto aterrada y me rogó que nos alejáramos de la pileta. Había conocido a Ana en la escuela, era su mejor amiga, la única amiga de verdad, dijo Laura con una seriedad inquietante, lo cual me hizo pensar que yo no tenía amigos de verdad, ni siquiera amigos de segunda clase.

Nos detuvimos cerca de un olmo del que colgaba una jaula con una pareja de canarios, uno amarillo y otro naranja. Trató de silbarles y de su boca salió un sonido irregular más parecido a un soplido que a un silbido. Le gustaban las aves

y se refirió a los canarios como *esos dos animalitos inocentes*. Consideraba una crueldad que estuvieran encerrados en una jaula, incluso me confesó que cada vez que pasaba cerca de la jaula le daban ganas de abrirla y liberar a los canarios, pero no quería poner en riesgo su amistad con Ana. Yo no era un mata-pajaritos como la mayoría de mis compañeros, tampoco un defensor de la vida silvestre, y la dejé hablando sola hasta que se dio cuenta de mi falta de compromiso con su causa.

Me costaba no sonreír y poner caras cuando la escuchaba hablar, las mismas caras que ponía la gente cuando me escuchaba hablar a mí, esas caras llenas de comprensión que tanto detestaba. Ahí estaba yo, bajo un olmo, con una preciosa rubia interesada en mí. Nunca en la vida se me iba a presentar una oportunidad así y, sin embargo, algo me detenía. Ella llevaba las riendas de la conversación y saltaba de un tema a otro, de las vacaciones en Río de Janeiro a su grupo de música favorito, de su vegetarianismo a sus hobbies. Asistía a un taller de arte dos veces por semana donde había pintado media docena de naturalezas muertas y, algún día, dijo, quería mostrármelas para conocer mi opinión. No le pregunté qué era una naturaleza muerta, preferí disimular mi ignorancia y, en todo caso, averiguar más tarde con mamá.

Cuando Laura se trababa, automáticamente salía de mi cara una mirada y una sonrisa piadosa, cuando yo me trababa, su cara lanzaba la misma mirada y sonrisa. De pronto, todo entre nosotros se había convertido en esas sonrisas de labios apretados y esas miradas de ojos entrecerrados que decían *yo sé qué se siente no poder hablar de corrido* y viajaban de mi cara hacia su cara y viceversa.

Poco a poco, ese tráfico comenzó a asfixiarme. Ambos estábamos acostumbrados a recibir esos gestos, a procesarlos y seguir adelante, no a fabricarlos y, sin duda, éramos pésimos en eso. Tratábamos de seguir hablando como si el hecho de ser tartamudos nos permitiera una mejor comunicación, una mayor desinhibición, pero ocurría exactamente lo contrario, nuestro problema común nos alejaba, generaba el rechazo de los polos iguales.

Musicalizado por el canto de los canarios enjaulados, nuestro encuentro debajo del olmo se volvió incómodo. Éramos dos conejillos de indias de Ana condenados a reflejar la defectuosidad del otro y, mientras nos demorábamos en aceptar la verdad, nuestra charla se hacía cada vez más artificial. Lo más temido finalmente ocurrió: Laura se puso a hablar de nuestro problema, contó que le gustaba grabarse leyendo *Mi planta de naranja lima*, su libro favorito y, cuando se trababa, retrocedía la cinta del pasacasete y repetía la oración hasta que le salía de corrido. Me resultó tan patético que ni siquiera pude sentir lástima por ella. Por suerte, la llegada de Ana puso fin a aquel estúpido teatro porque, de haber continuado, hubiéramos terminado odiándonos.

—¿Me extrañaron? No creo, los veo muy entretenidos —dijo Ana sin entender hasta qué punto su regreso había sido la mejor noticia desde su partida.

Las pizzas llegaron y los chicos se abalanzaron por una porción. La mayoría no lograba dominar la masa caliente en el aire y el queso derretido chorreaba sobre la ropa y el piso, enchastre que iba a sacar de quicio a la mamá de Ana. Ana y Laura se sirvieron gaseosa y, haciendo equilibrio sobre el

césped, se fueron a un banco de plaza que había junto al ligustro. Yo me quedé cerca de la mesa esperando poder pescar una porción en el siguiente turno.

Aproveché el tiempo muerto para observarlas. Temía que estuvieran hablando de mí, del desastroso encuentro bajo el olmo, de mi falta de tacto para tratar a una chica. Se reían de algo, se reían de mí. En todo caso el fracaso había sido mutuo, traté de convencerme, Laura era tan responsable como yo, y Ana, la casamentera, era la mayor responsable de aquella farsa. “¿Le darías a la *shikse*?”, dijo una voz aflautada a mis espaldas y, por un instante, pensé que la pregunta iba dirigida a mí. “Con esas tetas, obvio chabón”, contestó el verdadero destinatario.

Las tetas mencionadas pertenecían a la mucama que la mamá de Ana iba a echar a fin de mes y, sin pretenderlo, los dos pajeros me habían servido en bandeja el significado de mi primera palabra judía: *shikse* era mucama tetona! Ahora me quedaba pendiente *goy* y, aunque los pajeros me hubieran despejado la duda, la consulta los habría alertado de que yo no era judío. ¿Ana le había dicho a Laura que yo no era judío? Supuse que los judíos tenían un olfato fino para detectar a los no judíos, la población judía era ínfima en comparación con la población no judía y esa desproporción demográfica debía haberlos dotado de un agudo poder de detección. Si Ana no le había revelado a Laura mi condición, seguramente se había dado cuenta sola.

La mente se me nubló al quedar frente a frente con el hermano de Ana y su remera negra de *Darth Vader*. Nuestras miradas se cruzaron, había repulsión en la suya, pavor en la mía. Si él sabía lo del androide, yo era hombre muerto. El miedo no me permitió recordar que, antes de salir del de-

partamento, me había metido el androide en el bolsillo para entregarlo en caso de ser necesario. Bajé la cabeza y lo esperé con la mano apoyada sobre el bulto del pantalón, listo para sacar al androide antes del primer golpe, pero unos segundos después, cuando volví a levantar la mirada, él ya no estaba y justo la *shikse* dejaba una pizza humeante al alcance de mi mano.

La porción de pizza se me presentó como la primera buena noticia de la noche. De angurriente, me quemé el labio con un pedazo de queso que aterrizó en el piso. A esa altura el piso de cerámica estaba lleno de pedazos de queso, aceitunas, chizitos, palitos, y toda la comida caída era aplastada una y otra vez por zapatillas, zapatos y sandalias. Me paré junto a una de las columnas esperando que apareciera la mamá de Ana y pusiera el grito en el cielo, después pasaría a la parte práctica del asunto y le ordenaría a su futura ex *shikse* barrer y limpiar el desastre sin dignarse a mover un dedo, sólo supervisando el operativo desde la altura de sus tacos.

Estaba solo, perfectamente solo. Me escabullí hacia el vestíbulo donde había visto un gran perchero repleto de sacos y tapados. Los de piel eran muy suaves al tacto, los de lana me hacían picar la nariz. Metí la mano en uno, dos, tres bolsillos y saqué los billetes sueltos, también había monedas aunque las monedas ya no me interesaban. Aquello me pareció tan fácil que estuve tentado a seguir revisando bolsillos, pero no quise abusar de mi suerte y volví al jardín. Estuve un rato esperando a Ana, pero como no se apartaba de Laura me metí de nuevo en la casa y, resignado, regresé a la sala donde los dueños de los abrigos saqueados seguían comiendo y be-

biendo bajo la gran araña adornada con caireles de cristal. Me quedé parado al lado de mamá, tratando de adivinar a quiénes pertenecían los billetes que abultaban mis bolsillos.

El simposio masculino debatía sobre accidentes laborales e indemnizaciones y, aunque no entendía nada, me fascinaba escucharlos hablar de dinero, sobre todo al papá de Ana que tiraba al aire cifras asombrosas sin inmutarse. Cuando hicieron una pausa para reaprovisionarse de vino, el ingeniero aprovechó el resquicio para desplegar sus temas favoritos: la catástrofe nuclear de Chernobyl, el error humano, la nube radioactiva que amenazaba a Europa... Los otros dos lo escuchaban con atención y asentían con la cabeza cada una de sus afirmaciones mientras el rey de la termodinámica se pavoneaba tras haberse convertido en el orador principal, pero cuando lo de Chernobyl declinó y surgió lo del golf, el ingeniero otra vez retrocedió a su condición de paria entre aquellos dos magnates. Descasado, sólo volvió a abrir la boca para tragar las anchoítas ahogadas en aceite y ensuciar la copa con sus labios grasientos.

Si fuera treinta años mayor, me dije, podría ocupar el lugar del ingeniero, completar el trío de millonarios, porque estaba seguro de que en treinta años sería tan rico como ellos, hablaría de las mismas cosas e invertiría en los mismos proyectos inmobiliarios. Iba a aprender a ser un buen rico, a tener buen gusto por los muebles, los cuadros y los jarrones ya que era evidente que la gente rica se destacaba por sus muebles, sus cuadros y sus jarrones. En treinta años, mi cuenta bancaria explotaría de dólares y podría viajar a Estados Unidos y a Europa cuando quisiera y con quien quisiera. De repente, me sentí importante y poderoso como si ya lo hubiera logrado y sólo estuviera esperando que alguien

me arrimara una silla para sentarme junto a ellos. Giré la cabeza en dirección a mamá, a ella le compraría su Steinway y nunca más tendría que mendigarle el piano a la mamá de Ana. Era gratificante imaginar su felicidad al decirle “mamá, acá tenés tu Steinway”, y yo iba a pasarle las hojas de la partitura como hacía en la casa de Barracas.

Cuando el murmullo masculino se apagó, la abuela de Ana, ubicada a la izquierda de mamá, captó la atención de la mesa con una historia de su infancia en Milán: en una salida con su madre para comprar leche en la despensa, las interceptó una patrulla nazi y les pidió los documentos, tenían documentos falsos y ella le dio un pisotón a su madre y su madre la sacudió de un bife, la patrulla nazi se fastidió con el llanto de la nena y siguió de largo.

—Un pisotón y un bife, así salvamos el pellejo —dijo la abuela pegando una cachetada al aire y casi todos se rieron de la ocurrencia.

Mi conocimiento sobre los nazis era bastante limitado, por no decir nulo, aunque no había olvidado el día en que uno de mis acosadores me reveló durante la clase de gimnasia que Diente era nazi y que los nazis mataban a los judíos. La abuela de Ana había estado al borde de la muerte, el pisotón fue un acto de supervivencia y me resultó chocante que todos se hubieran reído de algo tan serio. Por otra parte, me perturbaba volver a enfrentarme con la posibilidad de que Diente fuera realmente nazi, eso podía afectar, incluso anular, nuestro acuerdo. A mí me daba lo mismo si me protegía un nazi, un duende o un ángel, sólo me aterraba revivir lo del año anterior. Estaba dispuesto a aumentar los diez australes semanales si él me lo pedía, estaba dispuesto a darle todo si seguía manteniendo a los verdugos lejos de mí.

La mucama reponía las bandejas y las botellas vacías, la comida circulaba sin pausa desde la cocina hacia la sala. Como había perdido la silla y no tenía acceso directo a la mesa, mamá me alcanzaba empanadas sobre un platito y, cuando era necesario, el vaso de gaseosa. Mientras masticaba, paré la oreja para tratar de pescar a alguien diciendo *goy*, estaba obsesionado con saber qué había querido decir el abuelo de Ana con eso de “tenés a un *goy* en tu casa”. ¿Un vago, un idiota, un tartamudo? Me horroricé al barajar que un *goy* podía ser un ladrón. En un bolsillo del pantalón llevaba el androide de *Star Wars* robado al hermano de Ana, en el otro los billetes extraídos de los abrigos. Andaba con un bulto en cada pierna y, tarde o temprano, alguien sospecharía y me obligaría a confesar.

Di varios rodeos hasta encontrar el baño. Había un espejo bordeado por una docena de bombitas blancas y una ducha teléfono. La gente rica usa este tipo de duchas, concluí recordando la ducha de la casa de Pinamar. Trabé la puerta, saqué el androide y lo envolví con papel higiénico antes de enterrarlo en el fondo del tacho, después hice un bollo con los billetes y, lamentándome por lo que estaba perdiendo, los dejé caer en el inodoro.

Había borrado las huellas de mis crímenes: me había quedado sin nada. Me lavé las manos y, al salir, empecé a recriminarme por haber actuado de manera tan precipitada. Si el ingeniero hubiera sospechado algo, no habría demorado ni un segundo en escupir uno de sus sermones: los peores pronósticos sobre mí quedaban confirmados, diría, él me daba techo y me pagaba los tratamientos y yo era un mocoso desagradecido. Como punto culminante de su teatro, haciéndose la víctima, hubiera pedido mi reclusión en lo de los abuelos.

La calefacción estaba muy fuerte en la sala y me saqué el pulóver, mamá me lo arrancó de las manos y lo puso al derecho. Enseguida la mamá de Ana se solidarizó, le dijo que su hijo hacía lo mismo y no había forma de que aprendiera. Esa mechita bastó para que se pusieran a hablar de hijos aunque yo estuviera escuchándolas e, impunemente, se intercambiaron información sobre el desorden en los dormitorios, los charcos en el baño, los caprichos con la comida y, al final, los boletines. Supuse que iba a llevarme la peor parte en este ítem, era un alumno apenas mediocre y el único motivo de alegría para mamá cuando le llevaba el boletín era no encontrar un insuficiente, pero al parecer el hermano de Ana era un pésimo alumno, un burro, dijo la mamá de Ana, aunque se destacaba en los deportes, sobre todo en fútbol y tenis.

No mucho después, me enteré de que mamá iba a cambiarme de colegio. Estuve a punto de protestar, pero el hecho de no volver a ver a mis compañeros era una noticia maravillosa y, como cada vez que me cambiaban de escuela, aquel nuevo comienzo me llenaba de esperanza. A Ana la iban a mandar a la misma escuela que a su hermano, dijo la mamá de Ana, a la ORT de Yatay y no a la de Montañeses, porque la de Yatay tenía mejor nivel académico. No me hizo falta ser adivino para saber que se trataba de un colegio judío.

Esa noche me resultó imposible volver a hablar con Ana, Laura la había acaparado y no la soltó ni para ir al baño. Me retiré a un rincón oscuro, junto al ligustro, y me hice invisible otra vez. El olor a tierra húmeda y el perfume de las flores flotaban como queriendo susurrarme algo, algo tan definitivo como indescifrable para mí. Nunca hubiera podido imaginar

que se trataba de una advertencia: la muerte estaba descendiendo sobre aquel hermoso jardín nocturno, sobre nosotros... Y ya había elegido a su víctima.

Vav

Supuse que no podía existir una escuela llamada ORT, que era una bufonada de la mamá de Ana. Pero después de unos días, a falta de otro dato cierto sobre Ana, decidí creer que era verdad.

Empecé preguntando por Yatay, caminé hacia el Cid Campeador y después por Díaz Vélez hasta encontrar la calle capicúa. Era un crudo día invernal y la gente andaba muy abrigada, con guantes, pero después de una hora de caminata entré en calor y guardé la campera en la mochila. ¿Sabe dónde queda la ORT?, le pregunté a un señor con boina en una parada de colectivo y se me rió en la cara, le repetí la pregunta a una vieja con changuito y no entendió. Me dio bronca haber caminado tantas cuadras en vano, haber creído en la infame mamá de Ana.

Estaba a punto de volver cuando vi pasar a unas chicas con mochila y las seguí hasta la puerta de la escuela, a tan sólo una cuadra de la esquina donde casi me rindo. Las chicas entraron y crucé a la vereda de enfrente, desde donde pude leer *Asociación ORT Argentina* calado en la pared de hormigón. Era un edificio de tres plantas, las ventanas de chapa tenían un sistema de parasol regulable y la puerta estaba rigurosamente custodiada por un hombre vestido de negro.

La vereda de Yatay era angosta y los autos pasaban a toda velocidad. Más de uno debió morir atropellado en el momento más feliz del día, al salir de la escuela, pensé desenvolviendo un caramelo de dulce de leche. La inactividad y el

sudor bajaron de golpe la temperatura del cuerpo: saqué la campera de la mochila y me la puse. Oí el ruido amortiguado del timbre y, un minuto después, se abrieron las puertas y salió una estampida de alumnos. Me llamó la atención que no tuvieran guardapolvo ni uniforme y, más aún, que la mitad de las chicas usaran calzas negras que les marcaban cada pliegue del cuerpo, adelante y atrás. Tenía puesto el pantalón de gimnasia y una súbita erección me obligó a permanecer en cuclillas. Cuando distinguí entre la multitud al hermano de Ana, bajé la cabeza, esperé a que se alejara y caminé en la dirección contraria.

Esa misma tarde, mamá volvió y me encontró lavando la taza de la merienda. Camino a su dormitorio, debió sorprenderse al echar un vistazo a mi cuarto (siempre lo hacía) y verlo perfectamente ordenado. Cuando volvió a la cocina después de cambiarse, tenía su té servido y un platito con dos rebanadas de pan tostado junto al frasco de mermelada de naranja. No dijo nada, me dio un beso en la frente y se fue con la bandeja a la mesa del living. Estaba del mejor humor posible cuando me senté al lado de ella y le dije sin mirarla:

—Mami, el año que viene quiero ir a la ORT de Yatay.

La tostada crujió dentro de su boca, la sien latía al ritmo de las mandíbulas como una branquia ciega. No llegaba a leer su pensamiento, su cara no daba ninguna pista. No ingresaba aire a mis pulmones, no circulaba sangre por mis venas, todo en mí se había detenido porque ir a la ORT era en una cuestión de vida o muerte. Pensar en el no de mamá me hundía en la más horrible desesperación, no sabía cómo podría seguir adelante con mi vida después de ese no. Ella, la jueza, se limpió los labios con la servilleta y me preguntó

por qué la ORT, por qué un colegio judío. Diente, mi único amigo en la escuela, iba a ir a la ORT y, según me había comentado, era uno de los mejores colegios y contaba con los mejores profesores. Sí, era un colegio judío, agregué envuelto por mi perfeccionada capacidad para mentir, y no tenía ningún problema con eso. De repente, la postura distante de mamá se transformó en un abrazo afectuoso y una metralla de besos.

Esa tarde hice la tarea sin que mamá me dijera nada, despejé la mesa sin que mamá me dijera nada, me bañé y sequé el piso del baño sin que mamá me dijera nada. Si en ese instante alguien hubiera entrado al departamento, se habría encontrado con un hijo ejemplar y habría felicitado a mamá por su *joyita*. El ingeniero llegó a las siete, pero no desplegó sus planos sobre la mesa despejada, se fue directamente al dormitorio, dejó el portafolio, el saco y la corbata, se cambió los zapatos por las chinelas, volvió al living, se sirvió whisky en su vaso, lanzó una aspirina dentro de su boca y se bajó el whisky en dos tragos. Prendió la tele y puso *Las calles de San Francisco* hasta que mamá llamó a la mesa. Mamá nos había llamado demasiado pronto y temí que la aspirina aún no hubiera aliviado la jaqueca. Sobre la mesa vi una fuente con un pastel de papas humeante, la comida favorita del ingeniero. Miré a mamá, mamá me guiñó el ojo y le sirvió la primera porción al hombre que definiría mi destino. Por dentro, suplicaba que el pastel estuviera rico, que mamá no le hubiera puesto demasiada sal ni demasiada pimienta porque, como no probaba lo que cocinaba, a veces se le iba la mano con algún ingrediente. Quería que el ingeniero se sintiera el hombre más feliz del mundo, que su felicidad favoreciera a la mía.

El ingeniero apagó el fuego del primer bocado con un trago de vino. Después del elogio del pastel, mamá aprovechó para darle la sorpresa, el ingeniero la escuchó atentamente, bebió un sorbo de vino sin limpiarse la boca y jugó con el servilletero hasta que mamá terminó. En ese instante, observé el servilletero de plata, herencia del abuelo judío, y lo consideré un talismán de la suerte, el que me abriría las puertas de la ORT de Yatay.

—¿Estuviste hablando con mi hermana? Seguro que ella te metió todo esto en la cabeza —le dijo el ingeniero a mamá inclinando el torso hacia adelante y muy lejos de la alegría que debía causarle la sorpresa.

Temí que todo se fuera al demonio, pero mamá, conservando la calma, le contó lo de mi amigo Diente y mi deseo de hacer la secundaria juntos. El ingeniero me examinó con su mirada científica, buscaba en mi reacción la mentira que olía detrás del asunto, aunque también debía estar confundido con respecto a los verdaderos motivos de mi repentina obsesión por la ORT y hasta podía llegar a suponer que lo hacía para congraciarme con él.

—Demasiada plata, demasiada plata, no sé si vale la pena sólo para darle el gusto de sentarse al lado de su amiguito —dijo dando el tema por cerrado.

Mi esperanza se redujo tanto que ya ni siquiera podía llamarse esperanza. Dejé la mitad del pastel en el plato y, al terminar la cena, mamá me quiso animar, estaba segura de que lo iba a convencer, había que darle tiempo, pero como yo seguía abatido empezó a hacerme cosquillas y me hizo tirar el vaso de vino de un manotazo. Sin alarmarse, se humedeció un dedo en el charco de vino, lo apoyó en su frente y, después, en la mía.

Me hice la rata un par de veces para volver a la ORT. Fantaseaba con pasar los recreos charlando con Ana, despotricando contra los profesores y la tarea que nos daban, aprendiendo de ella nuevas palabras judías... Algunos chicos usaban la gorrita circular que ya había visto en el cumpleaños de la mamá de Ana. De ser necesario, yo también la iba a usar aunque se me cayera una y otra vez, porque parecía estar suelta, apenas apoyada sobre la cabeza y me preguntaba cómo hacían esos chicos para no perderla. Un día intenté entrar al colegio, ver lo que había adentro de aquel edificio majestuoso, recorrer los pasillos y las aulas que compartiría con Ana, pero el guardia, que debía tenerme fichado, me cruzó el brazo sobre el pecho, me preguntó con rudeza si era alumno y me echó.

Dejé pasar los días y los días pasaron sin novedad. Mamá me pedía paciencia, necesitaba más tiempo para ablandarlo. Me sentaba delante de la tele y mis programas favoritos ya no me interesaban, comía y la comida me resultaba desabrida, todo lo que antes tenía sentido había dejado de tenerlo, sólo quería pararme en el sillón del living y gritar hasta que el ingeniero aprobara mi ingreso a la ORT de Yatay. Cuando la angustia se adueñaba de mí, me encerraba en mi cuarto y lloraba.

Seguramente mamá le recordaba el asunto todas las noches antes de acostarse y él, a los cinco minutos, lo olvidaba y ocupaba el espacio mental liberado con algún cálculo termodinámico. El ingeniero jugaba con mi futuro sin darle la menor importancia. Su maldito problema era la plata, ya lo había dejado en claro. No ganaba licitaciones, no lo habían ascendido, no le habían aumentado el sueldo, todo eso yo lo sabía por las discusiones que tenía cada vez más a menudo

con mamá. En ese momento, un ingeniero pobre no me servía, un ingeniero pobre no podía pagarme la cuota de la ORT. De inmediato, suspendí los robos semanales, quería a toda costa revertir la pobreza con la que yo había contribuido, pero como nada mejoré e, incluso, mamá me informó que la cuota de la ORT era más alta de lo que imaginaban, decidí sacrificarlo todo.

Durante una semana, deposité religiosamente mis australes en el bolsillo de su saco mugroso y, durante una semana, despilfarré mi fortuna sin ningún resultado. Con todas las cartas ya jugadas, una nube negra cubrió mi porvenir y oscureció aún más mis ya sombríos pensamientos. Sólo quería una cosa en ese momento y eso que quería parecía cada vez más lejano. Ni siquiera pensaba en el origen de todo, en Ana, en los días que habíamos compartido en Pinamar: mi obsesión con la ORT era tan absoluta que no quedaba lugar para nada más.

En aquellas fatídicas noches de insomnio, giraba cientos de veces en la cama, me tapaba y destapaba, sudaba y al rato me agarraban chuchos de frío mientras el silencio y la soledad me mortificaban más que la peor de las pesadillas. Mi vida ya no tiene remedio, me repetía como un estribillo con la cara aplastada contra la almohada. En la escuela, sin un peso, tuve que interrumpir los pagos a Diente y, aunque Diente no tomó acciones directas con la esperanza de que pronto recuperaría mi capacidad pagadora, dejó hacer al resto sin mover un dedo.

Entré al consultorio del pelirrojo con la certeza de que todo estaba perdido, mi situación era irreversible: el ingenie-

ro jamás dejaría de ser pobre y tacaño. No me resistí a las preguntas como solía hacer, empecé a contestar porque ya no me importaba nada. De repente, me descubrí hablando sobre Ana, sobre el ingeniero, sobre la ORT, solté la lengua y le conté todos mis problemas sin esperar su ayuda, él no podía hacer nada desde ahí, pero en algún momento se me ocurrió que, al menos, si decidía tirarme por la ventana esa misma tarde, el pelirrojo podría explicarle a mamá por qué lo había hecho. Tal vez me estaba librando de la penosa tarea de escribir una carta, siempre me había costado escribir y tenía muchos errores de ortografía, además él podría detallar las causas de mi muerte dejando en claro que mamá no había tenido nada que ver, que había sido la mejor mamá del mundo.

Notando mi turbación, el pelirrojo me preguntó si yo había hablado de este tema con el ingeniero, le dije que ni siquiera mamá logró convencerlo.

—No tu mamá, vos, ¿hablaste alguna vez con él a solas?
—añadió golpeándome el pecho con su dedo rígido.

Nunca había hecho nada a solas con el ingeniero y nunca lo iba a hacer. El pelirrojo se obstinó en que la única solución era hablar a solas con él. No se trataba de plata, dijo desconcertándome, era cuestión de afecto según él, lo cual me pareció bastante absurdo porque si el ingeniero quería ganarse mi afecto no se habría negado a mi ingreso a la ORT. Empezada a arrepentirme de haberle contado todo, de haber bajado la guardia con él, justo cuando terminó la sesión.

Me quedé unos minutos en el porche, demasiado frágil, demasiado aturdido. Frente a mí, la gente seguía caminando, los autos seguían andando, los semáforos seguían cambiando de color... Todos parecían ir en la dirección correcta,

todos parecían saber lo obvio, pero hasta lo más obvio era un problema para mí. Sólo el terror a que el pelirrojo bajara y me encontrara en el porche temblando como una hoja seca logró ponerme otra vez en camino.

Mamá aún no había vuelto del trabajo, el ingeniero tampoco. Me tiré en la cama, miré el cielorraso hasta que la blanca del cielorraso me asqueó. Me paré, fui hasta la biblioteca, agarré un Playmobil, abrí la ventana, lo paré sobre el alféizar, esperé a que el viento lo tumbara. Como el viento no lo tumbó, lo empujé con la punta del dedo y lo vi caer siete pisos hasta estamparse contra el pavimento, a centímetros de un auto estacionado. Ansiando que algo definitivo pasara en mi vida, me hice un juramento: si lograba mover las orejas como papá, hablaría a solas con el ingeniero, si no lograba mover las orejas, seguiría el camino del Playmobil.

Tenía media hora antes de que llegara mamá. Me encerré en el baño, prendí la luz y, delante del espejo del botiquín, me concentré en las orejas. Primero traté de mover las dos al mismo tiempo, después una a la vez. En cada nuevo intento, buscaba en el espejo alguna variación, algún mínimo temblor, pero sólo encontraba el reflejo de mi cara deformada por el esfuerzo, las muecas ridículas que se burlaban de un nuevo fracaso.

Alguien abrió la puerta, debía ser mamá. Los pasos de mamá eran cortitos y urgentes porque, apenas entraba, siempre iba directo al baño. Estos eran pasos pesados y producían una fricción desagradable contra el parquet, como si tuvieran arena pegada en la suela. Un manojito de llaves golpeó contra el vidrio de la mesa del living y los pasos se prolon-

garon hasta la cocina. ¿Qué hacía el ingeniero en casa a esa hora? Pensé en cruzar el pasillo, meterme en el cuarto y lanzarme por la ventana antes de que se diera cuenta. Apenas puse un pie afuera del baño, me topé con él. Se había sacado los mocasines y caminaba silenciosamente sobre el parquet. Me saludó con un beso y siguió de largo hacia el dormitorio. Ya no podía hacerlo: el encuentro y, sobre todo, el beso me impidieron seguir con el plan. El ingeniero había arruinado mi ingreso a la ORT de Yatay y, ahora, arruinaba mi salto al vacío.

Retrocedí y me atrincheré de nuevo en el baño. Frente al espejo, volví a intentarlo, pero las orejas no se mosquearon, permanecieron rígidas como si fueran dos pedazos de mármol adosados a la cabeza. No podía despabilar al músculo dormido y papá, desde el más allá, no me ayudaba, no me revelaba el secreto de su don. Él también me había abandonado. Me senté sobre la tapa del inodoro y apagué la luz. El ingeniero circulaba nervioso por el departamento, abría y cerraba cajones, andaba y desandaba el mismo trayecto varias veces, refunfuñaba y suspiraba. En un momento, las chinelas se detuvieron justo a la altura del baño y, desde el otro lado de la puerta, el ingeniero me dijo que necesitaba entrar. Tiré de la cadena para disimular, me lavé la cara y salí sin mirarlo.

—¿Querés ir al quiosco a comprarme aspirinas? Podés quedarte con el cambio —y sin esperar la respuesta me dio un billete y, de alguna manera, el contacto con aquel billete me sacó del pozo.

Fui al quiosco que estaba junto a la florería, compré aspirinas y una moneda de chocolate con el cambio. Al entrar, encontré al ingeniero trabajando sobre la mesa del living, echado sobre un plano repleto de correcciones y migas de

pan. Le di el blíster de aspirinas, me dio las gracias. Antes de que volviera a lo suyo, le dije que me haría muy feliz ir a la ORT. Me miró de reojo y sonrió.

—Puedo trabajar en el me-mercado para pagar la cuota, pa-papá —dije con la moneda de chocolate derritiéndose en mi mano sudorosa.

El ingeniero abandonó el plano, se enderezó, me observó durante unos instantes a través de los anteojos y, sin preámbulo, empezó con que la ORT era un colegio muy exigente, se estudiaban materias como Biblia y Hebreo, que ni siquiera él sabía hebreo porque las letras eran completamente diferentes a las nuestras y se leía de derecha a izquierda. No me importaba aprender biblia y hebreo, me iba a esforzar al máximo, le aseguré. Si la ORT era tan importante para mí, reflexionó masajeándose el entrecejo con dos dedos, entonces hablaría con mamá y vería cómo se podía arreglar el asunto.

Mi felicidad fue tan desmesurada que lo abracé como si realmente fuera mi padre, como si realmente lo quisiera. Le ofrecí ir a comprar más aspirinas, cigarrillos, lo que fuera, pero ya no le hacía falta nada del quiosco, sólo quería seguir trabajando en el plano hasta la hora de la cena. Regresé al cuarto donde hacía menos de una hora había tocado fondo, al lugar donde había pensado las cosas más terribles que puede pensar un chico de doce años, y me quedé sentado en el borde de la cama temblando de alegría, imaginando mi primer día en la ORT de Yatay.

Mamá llegó y habló un rato con el ingeniero. Por el volumen casi inaudible supuse que se estaban poniendo de acuerdo en los detalles. Después vino a mi cuarto, anunció que traía buenas noticias y me contó lo que yo ya sabía, pero lo dijo como si yo no lo supiera, como si el mérito fuera de

ella. Estaba tan contento que no me importó, los dos éramos felices y nos abrazamos. Mamá propuso un brindis y, mientras chocábamos las copas, me pareció injusto que el pelirrojo no estuviera celebrando con nosotros.

Zayn

La estrategia de dejar al ingeniero sin un peso cambió a la de ayudarlo a afrontar la cuota de la ORT. Me avergonzaba robarle a mamá, ella había luchado estoicamente por mi causa, pero no veía otra salida: me urgía ponerme al día con los pagos semanales a Diente y detener la escalada de violencia. Juré que cuando fuera rico como el papá de Ana, cuando pudiera regalarle una casa y un piano Steinway, le contaría todo.

El curso de ingreso había comenzado dos meses atrás y era imposible conseguir una vacante. Mamá y el ingeniero tuvieron una charla al respecto y, en un tramo, escuché a mamá levantar la voz, gritarle “¡no me importa, no me importa nada!” y mamá nunca le gritaba. Según pude reconstruir con las oleadas de conversación que me llegaban, mamá quería acudir a la hermana del ingeniero, cuyo marido era íntimo amigo del director de la ORT, y el ingeniero se oponía tajantemente. “No quiero deberle nada a ella ni al estafador de su marido”, fue lo último que le oí decir aunque, de alguna manera, mamá finalmente logró torcer su voluntad.

La intervención del papá de Ana resultó decisiva y, como excepción, me habilitaron para rendir los exámenes de ingreso. El papá de Ana era el hombre que tenía todo lo que yo quería tener, que hablaba como yo quería hablar, que pensaba como yo quería pensar y, sin casi conocerme, había inclinado la balanza hacia mi lado.

Esta vez la alegría resultó más moderada porque el éxito implicaba exámenes de matemática y lengua. Si quería tener

alguna posibilidad de aprobar, necesitaba una maestra particular que me preparara para la proeza. Mamá enseguida se puso a averiguar entre sus conocidos, el ingeniero enseguida se puso a protestar por el nuevo gasto. Tras una nueva pelea, decidieron suspender las visitas al consultorio del pelirrojo, lo que me produjo cierta pena porque lo consideraba el principal artífice de aquel triunfo y, además, le había tomado cariño. Aún después de superar la tormenta, no volví a subir la guardia con él y le conté cosas que nunca antes le había contado a nadie, incluso pensamientos que ni siquiera sabía que estaban en mi cabeza. Le prometí que retomáramos cuando terminaran las clases de apoyo.

La maestra particular no era vieja, pero tenía modales de vieja. Daba clases para pagarse los estudios y ayudar a la mamá, que trabajaba en una farmacia. Yo iba lunes y jueves, una hora y media. Entre ejercicio y ejercicio, ella me convidaba bizcochitos de grasa hasta que un día le comenté que las galletitas Merengadas eran mis favoritas y, en adelante, me recibía con un paquete de Merengadas sobre la mesa. En la primera mitad, estudiábamos lengua, en la segunda, matemática. No tardó en darse cuenta de que era un alumno mediocre en lengua y nulo en matemática, por lo que el tiempo dedicado a lengua se redujo y el tiempo dedicado a matemática se extendió en proporción a mis dificultades.

La construcción de polígonos, el cálculo de la superficie del círculo y la importancia del número pi me armaban una ensalada en la cabeza. *Lo importante es hacer bien el razonamiento, el resto sale solo*, decía ella que sabía razonar, pero para mí cada ejercicio era una pendiente escabrosa, una cima inalcanzable. Los datos del problema ingresaban y se mezclaban en mi mente y no lograba distinguir lo im-

portante de lo desechable. Permanecía con la boca abierta delante de la hoja cuadriculada, con la lapicera suspendida en la mano y, cuando al fin ella se daba por vencida y hacía el razonamiento paso a paso con su voz dulce y su letra regordeta, todo parecía tan fácil y obvio que me lamentaba por no haberlo pensado yo.

La preparación para el examen de la ORT hizo que mejorara las notas en el colegio y los maestros me felicitaron por el progreso. Siempre me habían considerado un caso perdido, un alumno en la cuerda floja que poco le faltaba para repetir de grado. Lunes y jueves, mamá revisaba antes de la cena el cuaderno anillado y los ejercicios que hacía con la maestra particular. Alguna de esas noches, decidió que no era suficiente y, los fines de semana, ella empezó a darme un refuerzo en lengua y el ingeniero en matemática.

Tenía fecha de examen en la ORT, clases de apoyo afuera y dentro de casa, había mejorado el rendimiento escolar y regularizado los pagos a Diente... La máquina estaba en marcha y no disponía de tiempo para pensar en qué pasaría si reprobaba el examen. Adverbios, ángulos complementarios, verbos pasivos y raíces cuadradas se agolpaban en un cerebro cuya capacidad límite había sido varias veces superada. Cuando me dolía la cabeza, le robaba una aspirina al ingeniero y me la tragaba a escondidas, sin que mamá se enterara. “Los chicos no deben tomar remedios de adultos”, repetía siempre como un loro.

En aquella época, la mayoría de mis pesadillas se basaban en siniestras conspiraciones de números y letras, excepto el día que soñé con Ana: estábamos en una playa nocturna,

podría haber sido la de Pinamar, y nos reíamos de algo hasta que ella se paró y caminó por la arena hacia el mar, yo la seguí y, cuando el agua nos llegó a la cintura, nos meamos encima.

Mientras yo me estrujaba los sesos con el estudio, de fondo se oían, cada vez más frecuentes, las agarradas entre mamá y el ingeniero, no ya por mis asuntos escolares sino por cualquier cosa. *Te olvidaste de comprar azúcar*, pelea, *El lavatorio quedó lleno de crema de afeitar*, pelea, *Estamos llegando tarde*, pelea. Pero lo que más humo levantaba eran las inicialmente sutiles, después no tan sutiles, correcciones de mamá a la forma de hablar del ingeniero. Cuando decía *si habría* mamá lo corregía, *vistes*, lo corregía, y ya no le dejaba pasar una.

De pronto, yo no era el único en el departamento que tenía problemas de habla, de hecho mamá estaba tan enfocada en el ingeniero que a mí casi no me corregía. Ella, la amante de la música y el silencio, ahora gritaba a menudo mientras que el ingeniero hacía todo lo contrario. Lo advertí claramente cuando discutieron frente a mí por una boleta de teléfono vencida. El ingeniero pausaba cada vez más las palabras a medida que ella levantaba el tono de voz y, esa calculada lentitud, aumentaba su irritación.

Una semana de octubre el clima en casa se puso tan espeso que mamá me despachó un par de días al departamento de los abuelos, a los que no veía desde hacía meses. La recomendación materna fue mantener en secreto lo de la ORT para darles la sorpresa después del examen de ingreso. No se atrevió a confesarme la verdadera razón: que no sabía cómo explicarles a los abuelos que su nieto quería ir a un colegio judío.

Nunca en mi vida tirité tanto como la mañana del 21 de noviembre de 1987. Era un sábado cálido, casi veraniego, y no podía dejar de tiritar. No fue necesario despertarme porque no había pegado un ojo en toda la noche. El miedo a que me fallara la memoria en el momento crucial me paralizaba. Al hacer una rápida verificación de mis conocimientos y encontrar sólo lagunas y caos, la parálisis se convirtió en pánico.

En el desayuno, a duras penas pude tragar una tostada con ayuda de la chocolatada. Al verme tan lánguido, a mamá se le ocurrió inventar que había soñado que aprobaba el examen, lo cual, desde luego, empeoró las cosas. Después de hojear el diario y tomarse muy tranquilo el café, el ingeniero nos llevó en auto a la ORT y mamá, con una exagerada exhibición de afecto delante de mis rivales, me deseó suerte.

Era como entrar al matadero, como hacer todo por última vez. Y no era sólo yo, podía oler el miedo de los chicos y las chicas en el patio donde nos demoraron antes de distribuirnos en las aulas. Nos dieron las hojas del examen de lengua, nos prohibieron darlas vuelta hasta que no recibiéramos la orden y, después de eso, teníamos una hora y media para entregar. Había un cuento de un escritor judío, había preguntas sobre el cuento, había ejercicios de verbos, sustantivos y voz pasiva. Según las reglas, estaba permitido levantar la mano para hacer consultas, pero yo desistí de toda ayuda para que los profesores no se dieran cuenta de mi problema y me descartaran sin siquiera leer el examen.

Al terminar, salimos en manada al patio y enseguida me aparté de mis rivales, sobre todo de aquellos que se habían puesto a hablar de las respuestas correctas e incorrectas. La mitad del trabajo está hecha, me dije con cierto alivio, bien

o mal pero está hecha, y ya más tranquilo empecé a deambular por las instalaciones, a observar mi futura escuela. El baño era enorme y olía a limón, las aulas tenían pizarrones blancos y armarios con candados, había una sala llena de computadoras y, en el patio, sobresalían gruesos bancos de hormigón que parecían elefantes muertos. Las paredes, las barandas y las ventanas estaban recién pintadas.

No tardé en enamorarme de aquel fasto escolar. Acá empiezo mi camino hacia el dinero, pensé sentado en el piso de la galería, suspendiendo momentáneamente el repaso mental de matemática. El papá de Ana, el hombre más rico que conocía y mi modelo a seguir, debía haber estudiado en la ORT.

Sentí unos suaves golpecitos en el hombro, y aunque me hice el sorprendido, sabía que era Ana. Una fugaz decepción me atravesó al ver también a Laura. Se había hecho una trenza larga con su fino pelo rubio y estaba más hermosa aún que en el cumpleaños de la mamá de Ana. Las dos usaban pollera oscura (la de Ana era más larga como si se avergonzara de mostrar sus piernas regordetas junto a las piernas esbeltas de su amiga) y la misma camisa rayada, chiquilinada habitual entre mis compañeras de grado. A mí, en cambio, la ropa siempre me la elegía mamá y esa vez me tocó una camisa de mangas cortas con bermudas azules y zapatos negros.

Volver a ver los ojos ahuevados de Ana, sus cejas oxidadas y sus rulos rebeldes me alegró, de hecho estaba ahí por ella, pero la presencia de Laura y las circunstancias no ayudaron a reanudar lo que había sentido por ella en Pinamar.

—Tu mejor amigo quiere entrar a la ORT me contó mamá, ¿por dónde anda ese famoso amigo? —dijo Ana levantando el mentón.

—En el baño —repliqué increíblemente rápido de reflejos.

—Es importante estar cerca de los amigos ¿no? —y guiñó el ojo en dirección a Laura.

¡No estaba ahí por Laura, estaba por ella! Maquinaba cómo destruir de raíz aquella estúpida insinuación cuando sonó el timbre y regresamos al patíbulo.

Aún con el examen de matemática ya sobre el pupitre, seguía alterado por el nuevo malentendido. Frente a mí, ecuaciones, reglas de tres simple y compuestas, trigonometría... Me consumía la rabia en vez de los nervios, y empecé a resolver los problemas sin tener mucha conciencia de lo que hacía. Al llegar al ejercicio donde necesitaba echar mano al teorema de Pitágoras, me agarró una duda letal: ¿el cuadrado de la hipotenusa era igual al cuadrado de la suma de los catetos o a la suma del cuadrado de los catetos? Entre tantos aspirantes, supuse, un error así equivalía a quedar afuera.

Levanté la cabeza y detesté a todos mis rivales, ninguno dejaba de escribir sobre la hoja, de perfeccionar su examen, mientras yo estaba a punto de arruinarlo irremediablemente. Si no aprobaba, si no entraba a la ORT de Yatay, iba a continuar en la misma escuela. Por culpa de Pitágoras y su demencial teorema, Ana se alejaba y Diente se acercaba. Después de entregar las hojas, desaparecí sin saludar a nadie.

Dos semanas hasta conocer la nota del examen, dos semanas de ansiedad e incertidumbre, de imaginarme en el patio con Ana o con Diente, en un colegio judío o en un colegio anti-judío, en el camino hacia el dinero o en el camino

hacia la extinción. Mamá trataba de distraerme, de llevarme a tomar helado o a hacer compras al mercado. Al pasar por el puesto donde había sido feliz pesando papas y naranjas, el verdulero me reconoció y le presenté a mamá.

—Señora, su hijo es un ejemplo —le dijo mientras me revolvía el pelo con la mano sucia y mamá miraba horrorizada aquella transmisión de gérmenes.

Nos fuimos con el changuito lleno y sin haber desembolsado un peso. El gordo no nos quiso cobrar a pesar de la insistencia de mamá. Asumí que aquel formidable ahorro me redimía de las extracciones de su cartera. De regreso, mamá repitió lo del sueño en el que me veía ingresando a la ORT y, harto, le prohibí hablar de sus premoniciones.

En el fondo, tenía la esperanza de que, después del examen, las cosas entre mamá y el ingeniero se iban a calmar. El examen había revuelto las aguas, movilizado muchos recursos y esfuerzos detrás de mi objetivo y, una vez desmontada la maquinaria del conocimiento, todo tendería a ser como antes. *Estás comiendo mucho*, pelea, *Te cortaste el pelo muy corto*, pelea, *Cerró la puerta de la cocina que se llena la casa de olor*, pelea, y ya cualquier cosa encendía la mecha entre ellos. Pronto, demasiado pronto, me gané una nueva estadía en lo de los abuelos.

Ellos estaban encantados de recibirme, me llenaban de besos y regalos, me extrañaban. Por algún motivo, el mayor acercamiento a la familia del ingeniero nos había alejado un poco de ellos. El abuelo creía que la mayor diversión del mundo era la perinola y nos pasábamos horas intercambiando nuestro botín de lentejas, dividiéndonos las victorias y las derrotas mientras la abuela nos preparaba la cena en esas ollas más viejas que ella, como solía decir con la contundente-

cia de su orgullo gallego. Aunque el abuelo me había contado la historia mil veces, nunca perdía oportunidad de repetirla: su papá le había regalado la perinola durante la Guerra Civil y, apenas terminaba de alimentar a las gallinas y limpiar el corral, se ponía a jugar con los otros chicos del pueblo y siempre ganaba. Algo de aquello debía ser cierto porque hacía girar la perinola como nadie.

Un jueves, cuando el abuelo aún no había vuelto de trabajar, la abuela se me acercó con una bolsa de caramelos e intentó sobornarme, tirarme de la lengua, saber por qué de repente mamá me entregaba por dos o tres días y después me retiraba sin dar explicaciones. Acepté sin vacilar los caramelos, pero no solté una sola palabra sobre la ORT, el examen, las peleas conyugales previas al examen y luego prolongadas por el mero gusto de pelear. Seguí a rajatabla el consejo del abuelo: hablar lo menos posible. Además, la palabra *judío* sólo iba a traerme más dolores de cabeza en el departamento de los abuelos, cuya antipatía por lo judío era evidente en el caso del abuelo y dudosa en el caso de la abuela. Mientras le pedía otro caramelo de dulce de leche, le pregunté si conocía a algún judío.

—Nunca me gustó esa gente, ¿a quién se le ocurre andar en pleno verano con sombrero? —respondió y su cara se llenó de un asombro repulsivo.

No podía hablarle del examen aunque el examen lo era todo para mí. Pero el examen aún no había terminado, el examen me perseguía y torturaba adonde quiera que fuera. En la cena, sobre el perímetro del plato, se me aparecía el desquiciado número pi; en el baño, sobre los azulejos amarillos, veía infinitos triángulos paridos por el traidor de Pitágoras. La abuela no entendía por qué entraba al baño de buen hu-

mor y salía echando pestes. Me preguntaba si el agua estaba caliente, si la toalla tenía mal olor, como buscando la falta que explicara la transformación. La pobre nada podía hacer contra al vértigo que me provocaban los cientos de azulejos amurados a la pared, contra la orgía de hipotenusas y catetos que vociferaban: ¡Burro, burro, burro!

Pocos días después, me encerré en aquel mismo baño y escupí aquella maldita pared de azulejos. ¡Había aprobado el examen, mi futuro estaba en la ORT de Yatay, junto a Ana! Como era de esperarse, mis notas fueron lastimosas, pero el colegio tenía tantas vacantes que ingresamos casi todos los postulantes, sólo los más burros quedaron afuera: ni su propio nombre debía saber escribir aquella resaca. Estaba tan feliz y agradecido que durante las vacaciones de verano me ofrecí a colaborar en lo que fuera, y a mamá la ayudé en la cocina barriendo, pelando papas, levantando la mesa, y al ingeniero lo asistí con el lavado del auto y los trabajos de carpintería y electricidad, en los que indefectiblemente utilizaba el taladro porque el ingeniero era fanático de aquella máquina escandalosa.

Mi apabullante alegría mejoró el clima en casa. Mamá y el ingeniero, si bien no dejaron de pelearse, al menos lo hacían con menor frecuencia. “Este año no podemos irnos de veraneo, ¿entendés?” me dijo mamá muy apenada en enero y la consolé con un beso lleno de comprensión. La mucama pasó de venir dos veces por semana a una y, a partir de febrero, no vino más. Mamá absorbió las tareas que pudo y exigió colaboración, como hacer la cama y guardar la ropa doblada en vez de dejarla tirada sobre la silla. Eran épocas de vacas

flacas y, consciente de la delicada situación, decidí realizar mi contribución suspendiendo las extracciones hasta tiempos más prósperos.

Jet

Akerman, Berdichevsky, Cabib... pasaba lista el preceptor, un muchacho de veintitantos años con barba candado y pelo largo hasta los omóplatos. *Elman, Fainer, Golde...* y, de pronto, pronunció mi apellido, un apellido gallego que llenaba varias páginas de la guía telefónica, un apellido fácil de leer y pronunciar, un apellido que nunca sobresalió en ninguna lista de la escuela primaria. El murmullo cesó. Cuando levanté tímidamente la mano, sentí la mirada de todo el curso sobre mí. Aunque esa mañana había practicado durante diez minutos el *presente* en el baño de casa, me trabé al decirlo en el aula. El preceptor sonrió y me obligó a repetir, volví a trabarme y volvió a sonreír.

Un grupo del fondo desafió los tres pedidos de silencio del preceptor y se ganó un reto, reto salvador que desvió la atención de mí durante el resto de la hora. Después llegó un hombre bajo y gordo dando pasos cortos y rápidos, despidió al preceptor y apoyó su portafolio marrón sobre la mesa. Era el profesor de Historia Judía, no de historia a secas, sino de la historia de los antepasados de mis compañeros. Me daba igual historia judía o persa, ninguna historia me interesaba en lo más mínimo. El gordo hiperquinético acomodó el saco sobre la silla, ensayó una breve presentación y empezó a dar la clase, a hablar de los orígenes del pueblo judío, a repetir la palabra *Torá* cada cinco minutos y, sobrentendiendo que todos sabíamos el significado de *Torá*, no pude seguirle el hilo.

Sonó el timbre, fui el primero en salir. Me encontré con un patio desierto. En un minuto, los cientos de alumnos que

fluían por los pasillos, las galerías y las escaleras colmaron el cementerio de elefantes. Me pasé el recreo buscándola, hasta me subí a una especie de terraza de baldosas para avistar su melena enrulada. Tal vez fue al baño o se quedó en el aula, barajé desconcertado. Recorrer las aulas de los tres pisos era imposible, debía esperar el próximo recreo.

La espera se había convertido en algo tan detestable como habitual en mi vida. Permanecí sentado en un escalón de la terraza con una mezcla de preocupación por no ver a Ana y de orgullo por estar en el patio de la ORT, por ser uno más de ellos. Desde mi atalaya, podía reconocerlos a todos: los comedores de golosinas, los que usaban el gorrito circular, los futbolistas, los charlatanes... El único no judío de aquel lugar se entretenía observando judíos.

La clase de Matemática la daba una mujer. Empezó a pasar lista, los apellidos impronunciables eran pronunciados con naturalidad, todos respondieron *presente* o *acá* excepto mi antecesor que introdujo una cruel variación: *pre-pre-sente*. Cuando fue mi turno y volví a fallar, la profesora subió la mirada y dijo que no iba a tolerar que le tomáramos el pelo. Me pareció extraño que mamá no se hubiera ocupado de informarles a las autoridades de la escuela y a los profesores de mi problema, y su omisión me costaba cara. “Que se arregle solo, no lo sobreprotejas”, le habría dicho el ingeniero para frenarla.

Antes de empezar con la tortuosa clase de Matemática, la profesora preguntó a uno por uno por qué habíamos elegido la ORT. “Mi hermana hizo la secundaria acá”, “Mi primo está en tercer año”, “Mi tío es profesor de Electrónica”, y después de averiguar el nombre de la hermana, del primo y del tío, la profesora asentía y añadía: “A tu hermana la tuve de alumna”,

“Tu primo hace remo con mi hijo en Hacoaj”, “A tu tío me lo cruzo siempre en las reuniones de profesores”. No me quedaba margen para inventar a un amigo judío, la mentira iba a ser demasiado evidente y rápidamente desenmascarada. “Me contaron que acá tienen a los mejores profesores”, dije de corrido y la profesora inclinó la cabeza agradeciendo el halago mientras desde atrás alguien me susurraba *chupamedias*.

¡La vi, al fin la vi! Estaba apoyada contra la pared, cerca de un cantero. Una vincha blanca le aplastaba los rulos y, por supuesto, junto a ella, Laura usaba una vincha exactamente igual. El juego de vestirse igual debía parecerles divertido, a mí me parecía estúpido. Me saludaron como se saluda a quien interrumpe algo importante y siguieron charlando de los nuevos compañeros, de los ya conocidos, del más lindo, de la más concheta, del más bobo, de la más fea. Apellidos iguales o similares a los de mis nuevos compañeros de clase volaban por el aire, Ana se los tiraba a Laura y viceversa, y siempre terminaban relacionándolos con una amiga, un pariente o, al menos, un conocido, nunca los apellidos quedaban huérfanos. Recorriendo un camino u otro, lograban conectarlos con alguien cercano. Los judíos, pensé, eran como una gran familia, con parientes lejanos que tal vez nunca se veían pero que, indefectiblemente, estaban interconectados a través de una vasta red genealógica. En medio de aquel océano judío, mi apellido era una isla recóndita, inaccesible.

En eso andaba Ana mientras yo, a medio metro, esperaba que dejara de ignorarme. En los bancos de hormigón se apretujaban chicos y chicas, las chicas generalmente abajo y los chicos montados sobre el respaldo. Conté hasta once en

un banco. Los preceptores no les decían nada, como si montar bancos estuviera permitido.

—¿Qué quiere decir *Torá*? —dije para interrumpirlas.

Se miraron entre sí y, al unísono, soltaron la carcajada. No era la reacción más reconfortante, pero al menos había vuelto a existir para ellas. No cedí a la risa fácil, permanecí serio esperando una respuesta. Sin embargo, la risa de Ana había sido una sorpresa desagradable: ella sabía mejor que nadie que yo no era judío, que ignoraba todo lo concerniente a la cultura judía.

Cuando se calmaron, mi orgullo aún luchaba por sobrevivir y algo, por dentro, me decía que deponer aquella actitud arrogante implicaba regresar a la invisibilidad.

—Adivi-vina adivina-nador... —se le ocurrió desafiarme a Laura trabándose espantosamente en ambas palabras.

Como me quedé callado, Ana desplegó con malicia sus opciones: ¿Un superhéroe? ¿Una postre? ¿Una marca de autos? Elegir alguna de aquellas opciones era un suicidio, no responder me exponía al riesgo de sabotear el juego.

—Mayonesa —dije de pronto, pero no se rieron de la broma y la cara me ardió de vergüenza.

Como empezó a llover, el recreo siguiente nos mandaron al patio cubierto donde ellas continuaron hostigándome con la palabra *Torá*. Una inventaba un significado absurdo y la otra se lo festejaba, ya casi prescindían de mí, sólo me usaban de vez en cuando para echarme un vistazo y recordar que yo era el objeto de la burla. Sin dudas, la definición más tonta la dio Ana: *¡La Torá es la esposa del toro!*, y Laura se dobló de risa. A esa altura, empezaba a preguntarme si esa Ana era la misma Ana de Pinamar, la del walkman y del malhumor, la que me había defendido del ataque del hermano

y me había enseñado a nadar, porque en el recreo se comportaba como una chica altiva, caprichosa, presumida, y sus ojos verdes ya no reflejaban el desencanto por el mundo sino la efervescente prepotencia de la inmadurez, de la llamada *edad del pavo*.

Sin decir nada, Laura tomó carrera e hizo una medialuna delante de nosotros. Mientras intentaba entender cómo había pasado de burlarse de mi analfabetismo judaico a la pirueta, Ana la aplaudió y la ayudó a acomodarse la vincha.

De los dos tartamudos que nos disputábamos la atención de Ana, estaba claro quién era la ganadora y quién era el perdedor. Aunque Ana tenía predilección por los tartamudos, en su vida no había lugar para dos, con uno le resultaba suficiente, y el sobrante era yo. Además de la ventaja de la amistad de años, Laura y Ana compartían el código de las chicas de esa edad, el origen judío, hasta la forma de vestirse, lo cual, ahí parado como un tonto, me hizo pensar en mis nulas posibilidades de establecer un vínculo serio con Ana mientras la competencia fuera tan grande. Había luchado contra el ingeniero y mamá por ella, había estudiado lengua y matemática por ella, había ingresado a la ORT por ella y ahora, separados por apenas un metro de aire, la sentía más lejana que nunca.

Llovía a cántaros y pensé en salir al patio y empaparme para que me mandaran de vuelta a casa, para que me expulsaran lo antes posible de aquel lugar. Con suerte, me pescaba una pulmonía y no volvía nunca más.

Mamá me había preparado un tupper con milanesa napolitana y arroz. Al mediodía, me fui a sentar detrás de una

columna pegada al ventanal que daba al cementerio de los elefantes, lo más lejos posible de ellas, de todos. La intensidad de las ráfagas de viento se manifestaba en los cambios bruscos de la trayectoria de las gotas, en la violencia de los estallidos contra el vidrio donde me apoyaba. Los elefantes de hormigón descansaban sobre las baldosas inundadas sin amedrentarse por los fognazos en el cielo ni los truenos sísmicos.

A salvo en mi refugio, invisible otra vez, comprendí el error de haber ingresado a un colegio doble turno donde los padecimientos de la mañana se prolongaban durante la tarde, donde las horas fuera del colegio no alcanzaban para cicatrizar las heridas. Masticaba la milanesa y el arroz sin encontrarle sabor a nada.

—¿Puedo sentarme acá? —consultó una voz gutural y desapareja.

Giré y reconocí enseguida al dueño de aquella voz, estaba en mi clase, se sentaba en la primera fila, junto a la mesa de los profesores. Era uno de los chicos más altos y macizos del curso y el más desproporcionado: tenía la cabeza chica y angosta, la nariz grande y los párpados gruesos, pesados, de hipopótamo. Me ofreció probar su comida, no quise, no quería hablar con nadie, estaba demasiado lastimado, demasiado ocupado en mis heridas. Durante unos minutos, en aquel rincón de la escuela sólo se oyó nuestro sonido rumiante y la lluvia detrás del vidrio.

El escondite había resultado un fiasco. En mi primer día lectivo, ni siquiera fui capaz de hacer lo que mejor sabía hacer: aislarme.

—Fuiste muy valiente al elegir esta escuela, te respeto por eso —dijo con la boca llena de comida.

Levanté la cabeza y lo escudriñé para descubrir las verdaderas intenciones de aquellas palabras. Al percibir mi recelo, aclaró que sólo alguien especial podía entrar a la ORT sin ser judío. No me quedaba claro si lo de ser alguien especial era bueno o malo, en todo caso no quería volver a caer en la trampa de la fonoaudióloga, a endulzarme los oídos recordando que un puñado de genios había sido tartamudo. Lo de *muy valiente* me pareció un elogio incuestionable y, además, no se apreciaba ni un atisbo de maldad en aquel rostro mal diseñado, en aquel gigante de melena castaña. Sus piernas eran delgadas y flexibles y, con ayuda de las manos, logró ensamblarlas como los monjes budistas y eso le permitió acercarse un poco más a mí.

Me convidó Seven-Up y no pude negarme a la única promesa de placer de aquella jornada. Mamá me había dado una botella de agua porque, en la última visita, el dentista me había detectado un par de caries y, mientras maniobraba el torno dentro de mi boca, no tuvo mejor idea que disertar sobre las gaseosas y su acción corrosiva en la dentadura.

Aquella sensibilidad para entender mi suplicio pronto cayó en un lugar común: *No les hagas caso, son unos tarados*. Mi tenaz ensimismamiento lo alentó a hablar de su vida, de su familia, de su intención de ser madrij y, atento a mi ignorancia, me explicó que un madrij era una especie de líder juvenil, como un boy-scout, dijo y en su mirada noté un destello de inocencia. Desde la época en que íbamos a misa con mamá, yo tenía un concepto muy alto de los boy-scouts y, de hecho, siempre se me aparecían como superhéroes que ayudaban a los viejos a cruzar la calle y a los gatos a bajar de los árboles. Que un madrij fuera equivalente a un boy-scout era, sin duda, un dato alentador.

Mientras del otro lado del vidrio la lluvia se debilitaba, ahí durábamos el madrij y yo, sentados en el borde de mi abismo sentimental, mirando el vacío que se abría debajo de nosotros.

—¿Qué significa *Torá*? —le dije con los últimos y escandalosos sorbos de Seven-Up.

Sus ojos de hipopótamo parpadearon tres veces antes de darme la definición. Tan grande eran sus ganas de explicarme, de desasarme, que arqueó la boca hacia abajo cuando se me acabaron las preguntas. De inmediato, tomó la iniciativa y empezó a contarme qué significaba ser judío, qué ley respetaban los judíos, cómo era el Dios judío. Aunque hablaba sobre asuntos que yo nunca me había formulado, aunque a veces me clarificaba y otras me embarullaba, decidí aprovechar su clase magistral y aceptarlo como mi maestro en cuestiones judías, no por el mero de acumular conocimientos, sino para vencer a Ana.

Cada vez que sonaba el timbre del recreo, se renovaba mi esperanza de salir al patio y reencontrarme con la Ana de Pinar, pero una y otra vez me topaba con la Ana pedante de la ORT junto a su incondicional dama de compañía. Llegué a creer que había muchas Anas y la composición química de cada Ana dependía del lugar donde estuviera. Si era un día soleado, se iban a la terraza, si estaba feo se sentaban en la galería, siempre juntas, siempre solas, como dos hermanas siamesas. Apenas detectaban mi aproximación, una u otra indistintamente me recibían con un despectivo *Hola Torá* seguido de una risotada, y ni siquiera suprimieron el saludo de su repertorio después de escucharme recitar la definición de *Torá*.

Ellas seguían hostigándome con el juego de El Buen Judío ignorando que había conseguido a un aliado poderoso, un conocedor de los más profundos secretos del judaísmo. Lo más difícil fue convencerlas de darme tiempo entre recreo y recreo para pensar las respuestas. *Schmuck, mishíguene, rikudim* preguntaban ellas con vileza y yo contestaba correctamente sin que pudieran adivinar el origen de mi repentina sabiduría. No sospechaban nada porque me veían muy retraído, incapaz de forjar una amistad en tan poco tiempo.

Le pedí expresamente al madrij que no diera ninguna señal de nuestra amistad en público, que nuestras reuniones fueran clandestinas para que ellas no descubrieran nuestro secreto. En vez de enojarse, aceptó las condiciones con el entusiasmo de un chico que planea una travesura a espaldas de sus padres. El ingreso con fórceps de tanta información me agobió al principio, pero era tan entretenida y caricaturesca la manera de explicar del madrij que, después de aprender los fundamentos, dejé de padecer las lecciones e, incluso, algunas cosas me hicieron acordar a los cuentos que mamá me leía en la cama.

Recuerdo que, de todos los datos lanzados por el madrij, el que más me impresionó fue una fecha: cinco mil setecientos cuarenta y ocho. Entonces, reflexioné, el pueblo judío nos lleva tres mil ochocientos años de ventaja, han vivido tres veces más que nosotros, han pensado tres veces lo que nosotros apenas hemos pensado una y, por lo tanto, son tres veces más sabios que nosotros. Ahí radicaba el motivo de la magnificencia de la ORT, de la fortuna del papá de Ana: con tantos años de ventaja, los judíos se habían vuelto expertos en el arte de los negocios, en la acumulación de riqueza. Me negaba a aceptar que la única excepción, el ingeniero, anu-

lara la regla y me echara a perder la perspectiva de un futuro de abundancia. Preferí considerarlo una anomalía, un hijo bastardo del pueblo judío.

Una tarde amenazada por lluvias que nunca se concretaron y llenaron de frustración a quienes odiábamos la actividad física, perdí la toalla en el vestuario y, con los pies mojados, patinaba de un lado a otro buscándola. Fainer, uno de los más enanos y revoltosos del curso, se plantó de un salto delante de mí y, usando mi toalla de látigo, empezó a azotarme al grito de *Goy, goy, goy*, cada vez más fuerte, cada vez más rápido. Mientras yo intentaba esquivar los dolorosos toallazos, un coro se le unió y ahora todos vociferaban *Goy, goy, goy*.

Excitado por el desenfreno colectivo, Fainer le ordenó a un par de secuaces que me inmovilizaran y, acuclillado, empezó a abrir y cerrar una tijera de acero a milímetros de mi pito con la confesa intención de circuncidarme. Cuando ya lo peor parecía inevitable y me preparaba para soportar el más terrible dolor, incluso la muerte, apareció el madrij con la cabeza aún cubierta por la espuma del champú, repartió unos cachetazos y me liberó.

Mi primera reacción fue refugiarme detrás del madrij, pero enseguida abandoné la trinchera para no quedar como un maricón. Algo de aquel barullo llegó a oídos del profesor de gimnasia y, cuando finalmente detectó a la víctima y me preguntó qué había pasado y quiénes eran los culpables, tuve la sabiduría de no delatar a nadie.

Tet

En otoño de aquel año, pegué un estirón de diez centímetros y ya rozaba el metro setenta, lo que interpreté como un excelente augurio porque había formulado y verificado empíricamente la teoría de que las personas altas no tartamudeaban. Si heredé los genes de papá, voy a superar el metro ochenta, me decía esperanzado en que la superación de aquella altura garantizara la cura definitiva.

El frío se adelantó al invierno y los alumnos, durante los recreos, migraron del patio descubierta al cubierto. Las remeras de manga corta y las blusas quedaron ocultas debajo de camperas, buzos y pulóveres caros, de las mejores marcas. A pesar de las bajas temperaturas, las chicas no renunciaron a las calzas negras, excepto Ana, a la que nunca vi con calzas. Prefería el jean holgado para ocultar sus piernas macizas.

Chicas con tetas de mujer y caderas de niña, chicos con caras granuladas y voces desafinadas, enanos y gigantes, escuálidos y gordos: el patio era un show de la pubertad donde cada uno buscaba hacerse un lugar, pertenecer a algo, ser alguien entre tantos. Cada banco, cada baldosa, cada rincón tenía dueño y la ley de propiedad no se quebrantaba, ningún grupo disputaba el territorio de otro grupo, aunque había grupos que, por afinidad, se fusionaban con otros para formar grupos más grandes.

En mayo, el juego de “El Buen Judío” caducó y eso me hizo sentir mejor hasta que fue evidente que aquel juego me había abierto un canal de comunicación y ahora, cuando me acercaba a ellas sin nada interesante para ofrecerles, me ig-

noraban. Yo trataba de buscar un hueco, de participar de la conversación, de aportar algo, pero me resultaba imposible subirme al ritmo vertiginoso y caótico de ese parloteo. Al final, me conformé con escuchar y así me enteré de que Laura solía chocar con su madre porque a ella le exigía mucho y a su hermana poco, que a Ana *le había venido* (aunque no tenía la menor idea a qué se referían con eso), y que a las dos les gustaba los caramelos Fizz de uva.

Un viernes nublado, Ana y Laura arreglaron para ir a patinar. De repente, Ana giró y posó sus ojos verdes sobre mí:

—Decime sabelotodo, ¿va a llover a la tarde?

—No —respondí de manera precipitada mientras seguía con la mirada el temblor de su papada.

Por suerte, no llovió y, al día siguiente, Ana me bautizó como *el chico del pronóstico*, apodo que no me ofendió en absoluto. A partir de aquel bautismo, empecé a memorizar el pronóstico, lo cual a menudo me hacía llegar tarde al colegio porque el ingeniero acaparaba el diario a la mañana y recién lo soltaba cuando le venían ganas de ir al baño. Mamá se desesperaba con mis rodeos y me retaba por salir cada vez más tarde sin sospechar el motivo. Nada de eso me importaba ahora que tenía la misión de darle el parte meteorológico a Ana, me lo pidiera o no: “Hoy a la tarde va a refrescar” y refrescaba, “Se viene una tormenta terrible” y llovía a cántaros, “Hoy a la noche hay luna llena” y había.

Aunque era consciente de la fragilidad de la situación, no dejaba de disfrutar aquellos momentos que justificaban, hasta cierto punto, el sacrificio que había realizado para entrar a la ORT. Digo hasta cierto punto porque Laura era el principal foco de atención de Ana. Que se quede dormida, que se enferme, que falte, rogaba para poder comprobar si

su presencia era la causa de la transformación de Ana en una chica común, en una más del montón. Pero Laura nunca faltaba y tuve que conformarme con esa Ana que, devaluada y todo, era capaz de alegrarme el día o hundirme en el pozo más profundo con un tono de voz más o menos sobrador, una ceja ondulada o levantada, una respiración a destiempo. Cuando me preguntó cuál era mi comida favorita y resultó que la mía, la pizza, era también la suya, una felicidad nuclear me hizo latir la cara y estuve el resto del día caminando sobre las nubes, abrazando esa coincidencia como si fuera una declaración de amor.

En los recreos, Laura extendía los brazos alrededor de Ana, armaba un cerco para aislarla de todos y, por supuesto, nunca se olvidaba de escoltarla hasta el baño. Cuando Laura se embalaba con algún tema y trataba de hablar a la velocidad de Ana, el tartamudeo reaparecía en su máximo esplendor y la frenaba y la obligaba a volver a su ritmo, a modular. Laura nos contó que había empezado a tomar clases de canto con una ex cantante lírica del Colón y, en poco tiempo, había notado grandes progresos aunque para mí era evidente que no había hecho ningún progreso, seguía siendo tan tartamuda como antes. Lo único que le falta a este mundo es una cantante tartamuda, me dije con un cinismo impiadoso. A veces se ponía a cantar y se trababa y nos aseguraba que con la profesora de canto le salía perfecto. “Debe ser por el griterío del patio”, se justificaba.

A mí no me cabía ninguna duda de que el mejor remedio para la tartamudez era hablar lo menos posible, gesticular en vez de pronunciar, dar cosas por sobreentendidas en vez de aclarar, pero Laura hacía todo lo contrario, hablaba lo más posible, hablaba hasta por los codos. La hermosa definición

de Ana en Pinamar, *tartamudear es hablar con suspenso*, en Laura se convertía en una condena insufrible. Aún cuando Ana adivinaba lo que iba a decir, ella se emperraba en completar la frase hasta el final como si aquel esfuerzo extra la hiciera menos tartamuda. Al lado de Laura, me sentía un ruiseñor. A veces hasta me descubría ayudándola a terminar una frase y ella, casi siempre, me devolvía una mirada vengativa, rabiosa.

El madrij puede caerle bien a Laura y despejarme el camino hacia Ana, razoné por entonces. Además, el madrij usaba kipá (¡ya sabía cómo se llamaba el bendito gorro!) y eso lo hacía más judío que el resto. Pocos en la escuela usaban kipá, lo cual me llevó a suponer que tenía un status superior.

Era un típico mediodía otoñal, fresco y soleado. Es hoy o nunca, pensé, y les propuse ir a almorzar los cuatro al Parque Centenario con nuestras viandas, les dije que el madrij era mi mejor amigo y que podía acompañarnos. Miré hacia el banco donde estaba sentado, ellas miraron en la misma dirección. Laura, al detectar al madrij, sacudió la cabeza y se opuso rotundamente “a almorzar con ese *potz*”.

Me molestó la hostilidad hacia el madrij y, por un tiempo, decidí mantenerme alejado de ellas. La distancia me permitió captar algo que no había podido percibir estando cerca: la frescura y la complicidad de los primeros tiempos se extinguía. Cada mirada y cada gesto transportaba pequeñas dosis de reproches y resentimientos. Antes era habitual que Ana se entretuviera haciéndole las trenzas a Laura, que Laura le pintara la uñas a Ana, que una se sentara encima de la otra y compartieran el último caramelo, pero ahora toda aquella

ternura parecía formar parte del pasado. Aún así, resultaba imposible prever que, ese mismo año, una de las dos terminaría muerta.

El motivo de la pelea más fuerte, lo recuerdo bien, fue que Ana había invitado a su casa a una chica de otro curso y no le había contado nada a Laura. De alguna manera, Laura se había enterado.

—Podés invitar a quién quieras, es tu casa, pero si no me lo contaste por algo será —le dijo ofendida.

Ana no quería disculparse, Laura no quería perdonarla si no se disculpaba, y yo observaba la riña de gallos ilusionado con la ruptura, con la posibilidad de retener a Ana para mí solo.

Ese mismo día, cuando bajábamos corriendo por la escalera cargados con las mochilas, la chica que Ana había invitado a su casa tropezó, rodó sobre los últimos escalones y se abrió un tajo en la frente del que no dejaba de brotar sangre. En segundos, su cara y su ropa se convirtieron en una gran mancha roja.

Mientras Ana y otras chicas trataban de calmarla y parar la sangre con un pañuelo, no pude dejar de notar la indiferencia de Laura, la frialdad con la que pasó junto a la accidentada y siguió de largo sin detenerse a preguntar qué le había pasado o cómo podía ayudar. Al parecer, yo había sido el único en captar el momento exacto en que Laura, con precisión quirúrgica, había extendido la punta del pie para hacerla tropezar.

Temí que Laura también hubiera marcado al madrij como enemigo y me convertí en su guardaespaldas silencio-

so. Preferí no decirle nada para no preocuparlo, podía ocuparme del asunto solo. Desde ese momento, cada vez que bajábamos por la escalera, yo siempre me ubicaba detrás del madrij y ni por un segundo dejaba de vigilar la posición y los movimientos de Laura.

Perder al madrij hubiera sido una catástrofe escolar. Los exámenes de hebreo directamente me los completaba él, yo era incapaz de dibujar las letras y mucho menos de escribir de derecha a izquierda. Por suerte, la profesora de Hebreo (*morá* le decían ellos) pertenecía a la constelación de profesores que se apiadaban de mí y nunca me tomaba oral. El madrij no sólo me ayudaba con las materias judías, sino también con las materias no judías y, gracias a él, a mi incondicional compañero de banco, aprobé el primer año.

Recuerdo la perplejidad de mamá cuando recibió mi primer boletín y vio una hilera de AMS (Alcanzó Muy Satisfactoriamente) en Biblia, Hebreo e Historia Judía. Hasta el ingeniero me felicitó y, una semana más tarde, me regaló una especie de termo con tres mini-compartimientos “para que no se te enfríe la vianda”. Me retuvo una hora mostrándome los detalles del termo, explicándome por qué era mejor que los termos comunes, abrumándome con el asunto de la conductividad térmica y la estructura molecular de los materiales aislantes.

Los mediodías, el madrij y yo solíamos caminar las tres cuerdas hasta el Parque Centenario, nos sentábamos en un banco libre o en el pasto, frente al agua estancada del lago. Cuando alcanzamos cierta confianza, el madrij me confesó que prefería el banco porque tenía miedo de que algún bicho raro lo picara. No quise contradecirlo pero el bicho más raro que yo había visto ahí era una libélula y, desde luego, no picaba.

Desde el primer instante, el madrij quedó fascinado con mi nuevo termo para la vianda, me preguntó dónde lo había comprado y cuánto me había salido. Le mentí al prometerle que iba a averiguar, por nada del mundo quería transmitirle al ingeniero la idea de que su regalo era tan apreciado, tan especial. Le di de probar mi vianda y él me dio de probar la suya, y así aprendí lo rica y lo asquerosa que puede ser la comida judía. Los varenikes y los knishes figuraban entre mis preferidos, como estaban hechos a base de papa y queso no eran sabores muy ajenos a mi paladar, pero la masa crocante y almibarada de los blitzes era algo sublime y le rogué al madrij que le pidiera más cantidad a su abuela, la especialista en blitzes, y la abuela accedió a mandarlos casi diariamente bajo la promesa de que alguna vez fuera a visitarla. La sopa de remolacha y el guefilte fish eran vomitivos por aspecto y sabor, pero el madrij tragaba con la misma fruición las comidas más ricas y las más repugnantes. También probaba mi comida, al parecer cualquier cosa le venía bien a su insaciable barriga y siempre limpiaba hasta el último grano de arroz del fondo del tupper.

Envidiaba sus remeras coloridas y sus zapatillas de básquet porque mamá me obligaba a usar camisas claras y planchadas y unos zapatos de cuero duro que me lastimaban el pie. Cierta vez, el madrij se sacó la kipá y me la mostró. La tela negra y aterciopelada estaba bordada con un hilo dorado y enseñuida me di cuenta de la buena calidad del producto, parecía confeccionada por un sastre. Se la adosaba sobre la coronilla y no se le despegaba jamás, como si el calce fuera perfecto y la tela hiciera efecto sopapa sobre su cabeza. Técnicamente no era madrij, era un janij, así se llamaban los alumnos del madrij, pero hacía todo lo necesario

para recibirse de madrij cuando tuviera la edad suficiente: era el primero en levantar la mano y ofrecerse como voluntario para guiar a sus compañeros, cocinar en los campamentos o leer la Torá, y su madrij siempre lo felicitaba por su impecable hebreo. La idea era ayudar a los chicos a encontrar el buen camino, me decía cuando hablaba sobre estos temas que a él tanto lo apasionaban y a mí me aburrían soberanamente, a desarrollar su potencial porque él creía que todos éramos seres especiales y cada uno podía aportar algo único a este mundo. Se me retorcían las tripas al escucharlo y me contenía para no decirle qué pensaba de su mundo maravilloso habitado por seres especiales. Nadie mejor que yo conocía la crueldad de este mundo, las infinitas formas de tormento, los incontables verdugos... Jamás en la vida me había cruzado con una sola persona que encajara con su fantasiosa descripción de bondad y altruismo fraternal.

Lo del puente de Pringles surgió la tarde en que la profesora de Inglés faltó porque había fallecido su padre. Después del almuerzo, no sabíamos qué hacer para matar el tiempo hasta la clase de gimnasia y deambulamos por los alrededores del colegio y nos atrajo el ruido de las máquinas de la fábrica que en el techo tenía un enorme cartel que decía IMPA. Nos quedamos un rato sentados en la vereda adivinando qué significaba la sigla IMPA, jugamos a inventar palabras que empezaran con *impa* y, ya agotado el entretenimiento que aquella fábrica tenía para nosotros, nos metimos por el callejón de Pringles y subimos al puente de hierro que colgaba sobre las vías del tren.

A esa edad pocas cosas resultan más fascinantes que ver pasar un tren y escuchar el traqueteo hipnótico de las ruedas sobre las vías. Nos sentamos del lado de Once y, mientras balanceábamos las piernas a cinco metros de altura, observamos cómo el peso de los vagones hundía los durmientes de quebracho. El madrij quiso convencerme de que en la cabina el motorman disponía de un pequeño volante que le permitía elegir la vía correcta y, aunque yo no era experto en temas ferroviarios, me mostré escéptico. Si hasta en las películas de cowboys se ve cómo cambian de vía moviendo la palanca, argumenté y nos pasamos un buen rato debatiendo sobre el tema.

No sé si se le ocurrió a él o a mí, pero ambos bajamos del puente, cargamos los bolsillos con piedras y, retomando nuestras posiciones, empezamos a lanzarlas sobre el techo de los vagones. En realidad no lanzábamos las piedras, sólo estirábamos el brazo y las dejábamos caer sin realizar ningún esfuerzo, todo el trabajo lo hacía la gravedad: arrancaba la piedra de nuestra mano, transformaba la altura en velocidad hasta estrellarla contra el techo del tren y, después de los rebotes, la regresaba a la cama de piedras donde descansaban los durmientes. Difícil de igualar la belleza de aquel momento, la sensación de impunidad que nos invadía cada vez que un guarda o un pasajero asomaba la cabeza por la ventanilla para putearnos. Cuando las vibraciones del puente nos alertaban de la proximidad de un transeúnte, escondíamos las piedras y simulábamos estar conversando de algo importante, aunque apenas pasaron tres personas durante la hora que permanecemos ahí.

En algún momento, el madrij apuntó su mirada vacuna hacia mí para preguntarme si era capaz de guardar un secreto. El madrij no movió los labios, simplemente sacó del

bolsillo de la campera un atado de Parliament, pescó un cigarrillo, lo prendió con un encendedor de plástico escondido dentro del atado y empezó a fumar y a mezclar su humo de tabaco con mi aliento condensado por el frío. El ser fumador era su secreto, y no me pareció nada del otro mundo que un chico de trece años fumara, Diente ya fumaba a los diez. Pero algo estaba fuera de lugar en aquella escena, algo desentonaba, y recién lo comprendí al recordar que el madrij, según sus propias palabras, aspiraba a convertirse en un guía espiritual. Era como ver a un vegetariano comiendo carne, y estuve a punto de planteárselo.

El sol invernal apenas nos hacía cosquillas en la piel desnuda. El madrij fumaba, yo soltaba piedras sobre los vagones.

—¿Alguna vez robaste? —le dije cuando se me terminaron las piedras.

Me miró alarmado, me contestó que jamás, que Dios veía todo y se enteraba de todas las acciones de los hombres, que el no robar era un mandamiento bíblico. Envuelto en la nube de humo, actuaba como si fuera el dueño de la verdad, el representante de Dios sobre la Tierra.

Nunca lo había visto así, tan arrogante, y podría haberle enrostrado que fumar a su edad era tan pecaminoso como robar. Una furia interior me atravesó, me dominó. Por un instante, me vi arrancándole la kipá de la cabeza y tirándosela a las vías, me oí gritándole que era un desagradecido, que sin mi protección Laura lo hubiera matado en las escaleras.

Me di por ofendido hasta el miércoles, cuando el colegio alquiló un micro con todas las comodidades y nos llevó de

excursión. Yo me senté del lado de la ventanilla y el madrij, que venía rezagado, se sentó junto a mí. No había pasado ni un minuto cuando me preguntó por el examen de matemática. El madrij altruista, generoso, interesado en mis asuntos, ese era el madrij que me gustaba y no el otro, el del dedito acusador y la soberbia, al que decidí considerar un antipático accidente de su personalidad.

El micro se detuvo sobre la calle Pasteur, bajamos arriados por el preceptor con barba candado, entramos a un edificio en cuyo pórtico de granito negro decía AMIA. En el hall de la recepción, hicimos una ronda alrededor de la profesora de Historia Judía, escuchamos una breve introducción sobre lo que íbamos a ver e ingresamos, en grupos de cinco, a una sala colmada de fotos y objetos viejos y estropeados. Vías de tren y furgones hacinados, barracas sobre un yermo helado, jirones de tela rayada, niños esqueléticos posando para el fotógrafo, cucharas oxidadas, zapatos agujereados, cadáveres apilados, soldados nazis felices de tener todo bajo control. Nunca había visto algo así, y la introducción de la profesora no me había preparado para aquella atrocidad. Era la primera vez en mi vida que me enfrentaba cara a cara con el holocausto o, como dicen ellos, la *shoá*.

Naturalmente, en mi cabeza proliferaban las preguntas obvias que nunca nadie supo ni sabrá responder. Todos recorríamos la sala bajo un silencio respetuoso e inédito para nuestro revoltoso curso, sólo unos pocos no pudieron reprimir las bromas estúpidas de siempre. Los ojos vidriosos del madrij se detenían largo rato en cada foto y en cada objeto rescatado de los campos de concentración. Lo mío era más que nada una perplejidad repleta de ignorancia, no conocía demasiados detalles de la crueldad nazi hacia los judíos. En

alguna ocasión, había escuchado a mamá y al ingeniero tocar el tema, hablar de los campos de concentración y del holocausto sin que esas palabras significaran algo para mí. Sin embargo, el poder de las imágenes era devastador. Si Diente hubiera nacido en la Alemania de aquella época, me dije, habría sido un condecorado soldado nazi, uno de esos soldados con uniforme impecable y botas lustradas que se veían obesos al lado de los prisioneros raquíticos.

Poco después, subimos unas escaleras y entramos a una sala más pequeña donde nos hicieron sentar sobre el piso de linóleo delante de una vieja y un viejo. La vieja había estado en Auschwitz, el viejo era uno de los setenta y cinco sobrevivientes de la llamada “Marcha de la Muerte”. Hablaron de las duchas, de los hornos, del hambre, del número tatuado en el brazo, de cómo habían dejado de sentirse humanos... La vieja, paqueta y enjoyada, tenía un vestido verde floreado que se acomodaba cada dos minutos mientras narraba su calvario en tono didáctico, sin dramatizar. Los zapatos, dijo en un tramo, eran la diferencia entre la vida y la muerte, podían causar mucho dolor, llagas e infecciones, pero perderlos equivalía a una muerte segura. Al instante, me sentí un miserable, un desagradecido. Dirigiendo una mirada reudentora a los zapatos que me raspaban el talón, prometí no volver a quejarme.

Cuando terminó la charla, les dedicamos un aplauso que resultó atronador en aquella pequeña sala. Mientras formábamos fila para darles un beso, no pude dejar de pensar que gente como esa yo me cruzaba a menudo en la cola de la panadería y en la parada del colectivo, y que más allá del acento extranjero era imposible distinguirlos de los otros viejos, los que jamás pisaron un campo de concentración.

En el micro de vuelta, la profesora ensayó una pormenorizada enumeración de las calamidades que azotaron al pueblo judío (poco tiempo después, hubo que agregar los atentados a la Embajada de Israel y a la AMIA a esa lista). Se me hizo evidente que la habilidad de la mayor parte de los judíos para acumular dinero tenía como contrapartida su incapacidad para evitar las más terribles desgracias. Me entusiasaban los cinco mil setecientos cuarenta y ocho años dedicados al arte de los negocios, no los padecidos en los pogroms y los campos de concentración.

Yod

Mamá y el ingeniero atravesaban un período inestable. Alternaban buenos y malos momentos, pero las peleas eran cada vez más violentas, se decían de todo y ya ni siquiera cerraban la puerta del dormitorio conyugal para evitar la vergüenza de ser oídos.

En junio, tuvieron una racha feroz, sin esos remansos que aquietaban las aguas al menos por unos días. Si mamá salía a tomar un café con una amiga el ingeniero se enojaba, si el ingeniero volvía tarde del trabajo mamá se enojaba, y cada uno se esforzaba por boicotear al otro, por sacarlo de quicio.

La racha fue tan larga y desgastante que me internaron dos semanas en lo de los abuelos. La abuela no me preguntó qué pasaba, lo sabía perfectamente. De hecho, intentó consolarme contándome que ella había echado varias veces al abuelo del departamento cuando se portaba mal (no quiso aclarar qué significaba portarse mal aunque le insistí bastante sobre este punto) y el abuelo tuvo que dormir en un hotel de mala muerte hasta ganarse el perdón. Era algo habitual entre gente grande, me dijo mientras batía huevos con el tenedor deforme que sólo usaba para batir, y todo se iba a terminar arreglando de la mejor manera.

Tampoco le conté sobre el ingreso a la ORT ni de mi afiliación a la colectividad judía. Tal vez la abuela lo descubrió después de revisarme las carpetas y enfrentarse a la exótica tipografía hebrea.

—¿Vas a un colegio judío? —me sondeó una tarde mientras cosía el botón de una de mis camisas.

Con los anteojos apoyados en la punta de la nariz, me lanzó una mirada suspicaz por encima del marco antes de seguir insertando la aguja en los cuatro agujeros del botón. Como el abuelo aún no había llegado, bajé la guardia y le confesé todo. Resultó liberador haberme sacado ese peso de encima y, sobre todo, haberlo hecho con la persona correcta.

—Mirá vos —suspiró la abuela sin sacar la vista del botón y, según recuerdo, esas fueron las únicas dos palabras que emitió aquel año sobre el tema.

Pero no me hacía falsas ilusiones. Por más comprensiva que se hubiera portado la abuela, esa misma noche le contaría mi affaire al abuelo. Me aterraba imaginar lo que él pudiera pensar sobre mí, lo iba a tomar como algo personal, un golpe bajo, una traición de su nieto, y yo esperaba su repudio como el reo espera la guillotina bajo la oscuridad de la capucha.

A la mañana siguiente, casi no desayuné, me subí al taxi del abuelo simulando que estudiaba para una prueba de biología, espí su cara por el espejo retrovisor. A pesar de todo lo que hubiera querido decirme con respecto a mi pérdida simpatía por los judíos, permaneció callado durante todo el viaje. Luego de despedirse, masculló algo así como “esto no está bien, esto no está bien” creyendo que ya no podía oírlo.

En esa época, mamá aparecía los fines de semanas y me llevaba al cine y a comer afuera y la pasábamos genial. El ingeniero nunca venía con nosotros. De hecho, mamá no lo mencionaba cuando estábamos solos, como si hubiera desaparecido de su vida, de nuestras vidas. La ausencia del ingeniero me alegraba y, al mismo tiempo, me inquietaba. Yo era el principal detractor de aquella relación, pero el salario de mamá no iba a alcanzar para cubrir la cuota de la ORT.

Mi formación judía, mi camino hacia la fortuna, iba a llevar años. Demasiado tiempo hasta que el conocimiento rinda en dinero contante y sonante, pensaba evocando la imagen olímpica del papá de Ana, el hombre del cual quería aprenderlo todo. Sus proyectos inmobiliarios, sus autos, su forma de hablar del dinero, yo quería copiar hasta su manera de agarrar el cigarrillo y soltar el humo. Fantaseaba con ser su yerno, con subirme diariamente al Mercedez Benz y acompañarlo a las reuniones de negocios, con ayudarlo a incrementar su imperio que, algún día, también sería mío.

Llegaron las vacaciones de invierno y el cumpleaños de la hermana del ingeniero. Durante el viaje a San Isidro, el ingeniero repitió su invectiva contra los dueños de las mansiones de Libertador, disparó aleatoriamente palabras como latrocinio, corrupción, estafa... Estuve a punto de contestarle que ellos no tenían la culpa de haber hecho buenas inversiones, de haber triunfado en la vida, pero por suerte no dije nada.

En un semáforo con flecha, doblamos y avanzamos por calles internas, desiertas. Sólo el esfuerzo de los faros rompía aquella incómoda oscuridad que no había sentido la primera vez. Recién logré serenarme al ver intacta la mansión de la esquina y el garaje para tres autos, como si temiera no poder llegar o, peor aún, que un rayo la hubiera destruido.

Imaginé la belleza veraniega de aquel lugar, los robles y los tilos cargados de hojas en vez de aquellas copas esqueleticas, las piletas colmadas de chicos ruidosos y padres echados en las reposeras departiendo sobre sus maravillosos hijos... Nos recibió la hermana del ingeniero, otra vez con

un vestido escaso que desviaba la atención hacia sus tetas, lo que contrastaba obscenamente con la sobria chatura de mamá debajo de la blusa. Había llovido hasta el mediodía y la humedad hacía aún más verde al pasto y le daba al jardín una atmósfera irreal.

Mamá y el ingeniero ya estaban pisando el porche cuando me detuve a echar un vistazo. Ana, con sus rulos controlados por hebillas y gomitas, charlaba cerca del ligustro con otras dos chicas y, para mi total asombro, ninguna de esas dos chicas era Laura. Inferí que su inseparable amiga había faltado por enfermedad o por algún compromiso imposter-gable hasta que vi a Laura bajo el olmo donde un año atrás nos habíamos conocido, sentada en una silla de hierro, acurrucada, abrazándose las piernas como si el frío nocturno la hubiera emboscado. Mejor así, mejor que no me vean, pensé, y me limpié los zapatos embarrados en el felpudo y entré a la mansión.

En el vestíbulo reconocí los abrigos del año anterior. Si no metí la mano en aquellos bolsillos tan dócilmente disponibles en el perchero no fue por cobardía, sino por el presentimiento de que debía abandonar aquella práctica poco rentable antes de pasar al próximo nivel, un nivel del cual desconocía casi todo excepto que su máximo exponente era el papá de Ana.

Eufórico por la inminencia de esta nueva etapa, me escabullí en el escritorio y levanté la tapa del Steinway. Inmerso en la más absoluta oscuridad, acaricié las teclas sin hacerlas sonar. Durante esos segundos de éxtasis, me sentí dueño del piano y de la felicidad de mamá. Dejé el Steinway tal como lo había encontrado y, después de andar unos metros por el pasillo tapizado de fotos familiares, entré a la sala.

Debajo de la enorme araña, la mesa estaba otra vez repleta de comida. Esa sala y esa mesa eran sinónimo de banquete. Las caras también me resultaron conocidas. Las mujeres se habían ubicado del lado izquierdo de la mesa rectangular, los hombres del lado derecho. Parecía algo premeditado, aunque yo no recordaba una disposición tan rigurosa la vez pasada.

Mamá se había sentado cerca de la abuela de Ana y quedaba una silla libre junto a ella, pero aquella noche no quería ser el nene de mamá ni ser el único en romper la homogeneidad femenina. Me ubiqué del lado de los hombres, lo más cerca posible del papá de Ana, y me quedé parado en un rincón penumbroso hasta que un asiento se desocupó.

El candelabro de siete brazos ubicado sobre la cómoda ya no me resultaba extraño, tampoco la mezuzá de la puerta de entrada. Tenía nociones básicas sobre los temas judíos y había visitado un par de veces el departamento del madrij, una especie de museo de libros y amuletos sagrados. Muchas cosas habían cambiado en el último año: ya no era un ignorante, manejaba con bastante fluidez palabras como *fajme*, *shule* y *potz*, dominaba el tema de la shoá, sabía quién era Ana Frank y lo que opinaban sobre Jesús...

Maquinaba todo eso mientras devoraba los exquisitos sándwiches de pastrón y escuchaba al papá de Ana hablar con un hombre que me daba la espalda sobre un fideicomiso para un proyecto inmobiliario en Caballito.

—Se entra con un adelanto del treinta por ciento y después las cuotas son una ganga. Ya trabajé con esta constructora y te lo ofrezco a vos porque es algo seguro —dijo mientras le servía otra copa de vino tinto a su interlocutor.

La palabra fideicomiso me cautivó al instante. Supuse que todos los que participaban de los fideicomisos eran personas especiales, tocadas por una varita mágica, la varita del papá de Ana. Debía ser maravilloso pertenecer a ese grupo selecto, pensé hinchándome la panza con gaseosa, a esa fraternidad que se reunía en lugares secretos y planificaba las mejores inversiones para sus miembros.

Al parecer, el papá de Ana era el administrador del fideicomiso: él guardaba la plata de todos y le sacaba el mayor provecho. Lanzó cifras, porcentajes, plazos, y yo estaba cada vez más admirado de su capacidad para manejar y darle coherencia al intrincado idioma de los números, una coherencia que yo no lograba comprender pero sí el hombre que me daba la espalda. Abrumado, asumí que mi futuro en los negocios estaba indisociablemente ligado a las matemáticas, materia que detestaba.

Mi vida siempre había sido cuesta arriba y esa nueva dificultad no era más amedrentadora que las anteriores. Aunque la profesora de Matemática me odiara, aunque fuera un infradotado para las cuentas, esa misma noche me propuse convertirme en uno de los mejores alumnos de la clase, y si para lograrlo tenía que rebajarme a pedirle ayuda al ingeniero, estaba dispuesto a hacerlo.

—Vos vas a la ORT con Ana, ¿no? —me dijo saltando al hombre que me daba la espalda, mirándome directamente a los ojos.

En su muñeca peluda resaltaba el reloj dorado con malla también dorada que, como le iba un poco flojo, sacudía a cada rato para reacomodarlo.

—Sí, señor —respondí sin apartarme de la sagrada ley de hablar lo menos posible.

—No me digas señor, campeón, me llamo Darío.

Se había dirigido a mí, me había llamado *campeón*, me había revelado su nombre (que obviamente ya sabía)... Ese contacto tan intenso como improbable era más de lo que había soñado antes de entrar a la mansión. Aquel comienzo perfecto no se echó a perder con un exagerado interés por mí: él volvió a su fideicomiso y yo a mi Coca Cola.

Por un instante, me sentí orgulloso del camino que había recorrido hasta llegar a esa mesa, a esa silla, a ese hombre... El dios del fideicomiso ya me conoce, me dije paladeando el pastrón, y floté en esa nube de felicidad hasta que empecé a sofocarme porque la anfitriona había decidido incendiarnos con la losa radiante. Al ponerme de pie, mamá me hizo una seña rara, la miré desconcertado, la repitió más enfáticamente y, para su tranquilidad, me acomodé el pulóver antes de salir al jardín.

El cielo continuaba gris, de un gris perturbadoramente luminoso. Bajé los escalones del porche para ir al fondo y visitar la pileta cuando una escena me descolocó por completo y hasta me hizo pensar en retroceder sigilosamente y volver a la casa. En realidad, era una versión más chocante de lo que ya había visto al entrar: replegada en el banco de plaza, en la más absoluta soledad del jardín, Laura parecía distante, desconectada. No sé si esperaba algo o a alguien, pero cuando levantó la cabeza y me vio, yo me convertí en la persona que ella necesitaba en ese momento para salir de aquel trance y no tuve más remedio que acercarme y sentarme junto a ella.

A pesar de su esfuerzo por imitar a la chica alegre y enérgica que solía ser, la noté pálida. De hecho, estaba demasiado delgada para mi gusto, y sus ojos azules y vivaces eran dos esferas plomizas y opacas. Se detenía obsesivamente en sus manos, en el apoyabrazos de hierro, en los pliegues de su vestido naranja, pero a mí no me miraba, evitaba el contacto visual, lo cual era un alivio. Le pregunté por sus clases de canto y me dijo que la francesa la había invitado a un coro donde cantaban los mejores alumnos, le pregunté por el colegio y dijo que le iba fantástico, que sus compañeros eran divinos y los profesores amorosos.

Escucharla contar aquellas cosas fue perturbador. Era evidente que algo malo le pasaba y las pinceladas desesperadas de su mundo perfecto sólo aumentaban el patetismo de la escena. Me costaba ver detrás del simulado entusiasmo, del angustiado tono de voz, de la cara huesuda y los ojos sombríos a la chica que, un año atrás, no había dudado en coronar como la más hermosa que jamás hubiera conocido. Pero sobre todo me costaba encontrar a la Laura criminal, esa que no había dudado en hacer rodar por las escaleras a una compañera del colegio.

Mientras yo seguía el vuelo histérico de una libélula recordando que, según la abuela, las libélulas anticipaban la lluvia, mi estado de ánimo no dejaba de oscilar entre la lástima por el estado actual de Laura y el rencor por la crueldad con que me había tratado durante los primeros meses en la ORT, sin duda, los más difíciles. Cuando la libélula desapareció en la oscuridad del fondo, le pregunté por Ana y dijo que todos habían subido para ver la flamante computadora que el papá de Ana había traído de Estados Unidos. A ella no le interesaban los jueguitos de la computadora, prefería que-

darse sola en el jardín, sin hacer nada. Sonreía fugazmente al final de cada frase, como si quisiera revertir la tristeza de sus palabras con aquel último y forzado gesto, algo que, por supuesto, no lograba.

Se me ocurrió que estaba enferma, podía tener algunas líneas de fiebre. Hice alusión a la losa radiante, a la temperatura agradable del comedor. Afuera hacía un frío húmedo que calaba hasta los huesos, yo tenía un pulóver de lana, ella sólo un cárdigan verde lima de hilo y, en algún momento, noté que temblaba. Sin captar la indirecta o pasándola por alto, opinó que el jardín era más hermoso cuando estaba desierto, que era un privilegio estar en aquel banco sin gente a nuestro alrededor, con los árboles, las flores y la enredadera existiendo sólo para nosotros. El pensamiento sonó desolador. Aunque un tono melancólico teñía todas sus palabras, pude advertir que tartamudeaba menos que de costumbre.

—¿A veces no te gustaría irte lejos, a un lugar donde nadie te conozca? —me dijo tomándome por sorpresa.

—Puede ser —respondí de compromiso.

El lugar donde justamente quería estar aquella noche era ahí, en la mansión del papá de Ana, mi futuro mentor en el mundo de los negocios. El año pasado vine por Ana, este año por el papá de Ana, me dije con cierto descaro. Era injusto que mi alegría se viera opacada por la amargura de Laura y decidí irme, pero cada vez que intentaba levantarme Laura decía algo que me obligaba a permanecer sentado junto a ella. Se la pasó media hora hablándome de su hermana y sus padres. Cuando ya no pude soportar aquella obscena exhibición del idilio familiar, inventé que tenía que ir al baño y la dejé tan sola como la había encontrado.

Un martes de septiembre, lo recuerdo bien porque ese día quedé pasmado al ver a Ana con el pelo planchado, Laura faltó. Ese año Laura nunca había faltado. No quiso ver el desastre que Ana se hizo en la cabeza, le dije cínicamente al madrij y lo hice reír.

En el último recreo, mientras Ana conversaba con sus amigas, la madre de Ana apareció en una de las puertas de la galería y, con la cartera apretada debajo del brazo y paso ligero, cruzó el patio hasta llegar a Ana. Sin rulos es difícil detectarla entre el rebaño, pensé. Me sorprendió ver a su mamá vestida con un discreto traje negro, sin esos escotes provocativos que tanto le gustaban. La apartó cuidadosamente del grupo y, después de una breve explicación, las dos se fueron al aula a buscar la mochila de Ana y desaparecieron.

Esa semana, Ana y Laura no volvieron a pisar la escuela. Mi relación con ellas se había enfriado y apenas nos saludábamos cuando, por casualidad, nos cruzábamos en el patio. Ana había dejado de ser mi principal objetivo, sobre todo después de haber establecido un vínculo directo con su papá. Cuando apareció con el pelo planchado, todo se volvió demasiado claro para mí: su cabellera enrulada, lo único que aún le quedaba de la Ana de Pinamar, también había desaparecido. Sin embargo, el pelo planchado no explicaba la ausencia de Ana ni de Laura. Tampoco me convenció la teoría del madrij de que las dos familias se habían ido de vacaciones a Israel, y lo decía con cierta envidia porque él anhelaba más que nada en el mundo hacer ese viaje al país de los kibbutzim.

El sábado, después del desayuno, mamá me invitó al sofá del living y me preguntó cómo me iba en la escuela con un

tono que delataba una honda preocupación. Supuse que había descubierto lo de mis robos y prevé lo peor.

—¿Conocías a una amiga de Ana llamada Laura? —me dijo de pronto y, al comprender que mamá no sabía nada, me aflojé.

—Sí, ¿por?

—El martes la encontraron en su casa, muerta.

Mamá me abrazó fuerte y se puso a llorar, lo cual me pareció raro porque ella apenas conocía a Laura. Sin contar a papá, del que casi no recordaba nada, esta era mi primera muerte. Una semana atrás había visto a Laura saltar la soga en el patio, una semana atrás a Laura le quedaban sesenta, tal vez setenta años de vida por delante, se iba a casar antes de cumplir treinta, a tener dos o tres hijos, y la muerte era algo tan lejano como la galaxia más lejana.

Su forma de caminar, de saltar, su pelo rubio, su tartamudeo, todo lo que ella era y sería se interrumpió abruptamente el martes en que Ana apareció con el pelo planchado. Me sentí incapaz de llenarme con esa idea tan radical, incluso me pareció absurdo que alguien pudiera morirse un martes. ¿Cómo a una chica de trece años podía pasarle algo así en su propia casa? ¿La maldición que perseguía al pueblo judío desde hacía siglos era la verdadera asesina?

Mamá no pensaba contármelo todo, pero algo la hizo cambiar de opinión. Tal vez consideró que iba a ser peor si me enteraba por otro lado.

—Le sacó un frasco de pastillas a la madre y se las tomó, los médicos no pudieron hacer nada para salvarla —añadió con el rímel corrido por las lágrimas.

Lo último que hizo antes de morir fue robarle a la madre, pensé con una inconfesable satisfacción, como si ese último

acto la hubiera acercado un poco a mí. La vi sola en la cama como dos meses antes la había visto sola en el banco del jardín de Ana, la vi echada y desnuda, con los somníferos viajando hacia el estómago y la cabeza rota de tanto pensar.

No sé qué fue lo último que habrá pensado. Tal vez recordó nuestra conversación en el jardín, la pregunta que me hizo con la fingida altivez de una paciente curada, el *cómo hacés para aguantar tanto...*

O el abismo creado por mi silencio posterior.

Índice

Alef.....	9
Bet.....	29
Gímel.....	37
Dálet.....	55
Hei.....	69
Vav.....	87
Zayn.....	99
Jet.....	111
Tet.....	121
Yod.....	135

